

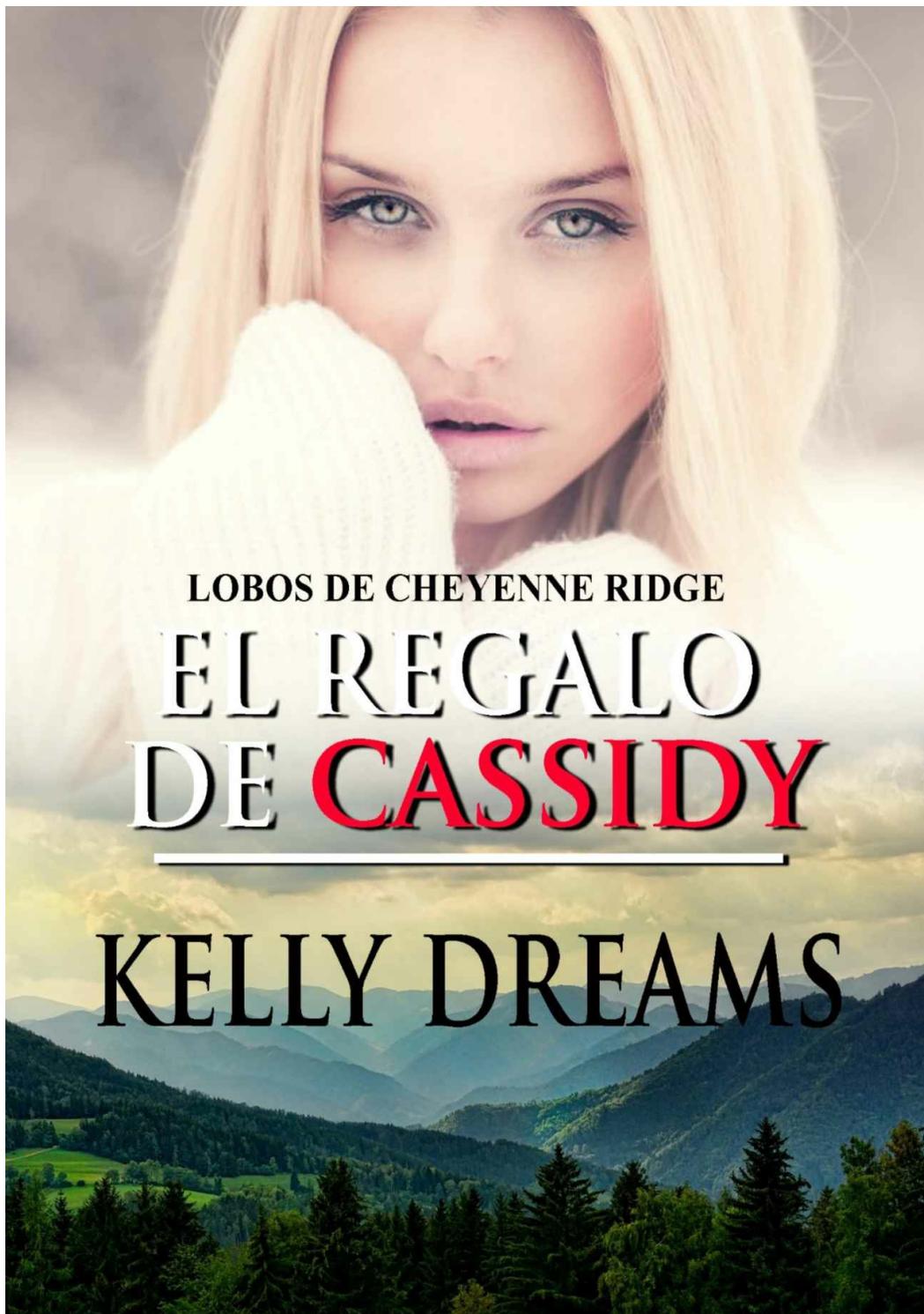


**LOBOS DE CHEYENNE RIDGE**  
**EL REGALO**  
**DE CASSIDY**

---

**KELLY DREAMS**





LOBOS DE CHEYENNE RIDGE

EL REGALO  
DE **CASSIDY**

---

KELLY DREAMS

El regalo de Cassidy

Kelly Dreams

(Serie Lobos de Cheyenne Ridge 2)

# COPYRIGHT

## **Un regalo para Cassidy**

*Serie Lobos de Cheyenne Ridge 2*

© 1ª edición 2019

© Kelly Dreams

Portada: © [www.fotolia.com](http://www.fotolia.com)

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

# **DEDICATORIA**

Dedicatoria del libro

## SINOPSIS

**Cassidy Felon** no ha vuelto a ser el mismo desde el incidente ocurrido un año atrás a una de las hembras del clan felino de *Pine River Mountain*. Ni siquiera el haber podido cobrar venganza ha conseguido calmar su espíritu, en sus sueños sigue apareciéndosele ella, una mujer de pelo rubio blanquecino cuyos ojos parecen capaces de ver en su interior. Ella no podía ser real, sin embargo, la humana que encontró en uno de los refugios de su lado del valle, era exactamente como la había soñado, la misma hembra por la que había suspirado y a la que ahora se encuentra deseando como si no hubiese otra en el mundo para él.

**Bethany Albus** se ha pasado los últimos cuatro años de su vida huyendo de quién es, un fortuito accidente cambió su vida para siempre, desvelando un sexto sentido en su interior que la empuja inexorablemente a cometer toda clase de estupideces, como la que la llevó esa mañana a coger el coche y conducir a través de medio estado para terminar secuestrada por unos estúpidos atracadores en el parking de un supermercado. Lo último que podía imaginarse era que ese rocambolesco viaje la llevaría al lugar en el que debía estar y a los brazos del hombre al que siempre ha estado esperando.

# ÍNDICE

<a href="#"><u>COPYRIGHT</u></a>
<a href="#"><u>DEDICATORIA</u></a>
<a href="#"><u>SINOPSIS</u></a>
<a href="#"><u>ÍNDICE</u></a>
<a href="#"><u>PRÓLOGO</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 27</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 28</u></a>
<a href="#"><u>EPÍLOGO</u></a>

## PRÓLOGO

*Gritos, súplicas, lamentos.* Todo se unía en una interminable cacofonía que le inundaba los oídos. *Oscuridad, frío, soledad.* La negrura era asfixiante, ni siquiera sus ojos felinos podían atravesarla. Y entonces, *el silencio.* La nada lo envolvía, ahogándolo, dejándolo sin respiración.

Cassidy se revolvía en la cama con el cuerpo perlado de sudor, cada músculo en tensión por la pesadilla que lo retenía con garras de acero. Era totalmente ajeno a lo que lo rodeaba, a la soledad de su dormitorio, al silencio de su vivienda emplazada en la ladera del valle con una amplia vista del pueblo bajo sus pies y el serpenteante río. No estaba en *Pine River*, en su pesadilla volvía a estar en medio de las llamas, mirando a los ojos de la misma muerte, dispuesto a enfrentarla y terminar con el dolor que su presencia había traído sobre el clan.

*«Déjalo ir».*

La voz fue como una caricia, como una idea, una presencia calmante, su mente conjuró automáticamente la imagen de Luna, volvió a verla como aquella madrugada, atravesando el bosque a paso lento, herida, ensangrentada, pero viva.

Pero, esta vez no la arropó en sus brazos, no le juró que lo mataría, en esta ocasión ella no tenía la mirada vacía de una víctima, sino la de una guerrera, la de alguien que había atravesado el infierno y había sobrevivido para luchar un nuevo día.

Esta vez ella siguió caminando, alejándose de él, se quedó mirando su espalda, viendo a una niña convertida en mujer, a una presa convertida en cazadora.

*«Déjalo ir».*

De nuevo escuchó esa calidez, sintió esa caricia, se dejó envolver permitiendo que lo calmase, que se llevase con su toque la rabia, el rencor y el dolor, que de algún modo lo anclase a la luz.

Respiró, sobre todo respiró, por fin podía llevar aire a los pulmones, por fin respiraba, el peso en su pecho y el dolor se fueron diluyendo bajo la calidez que lo envolvía.

«Déjalo ir».

Sintió la presión de una mano sobre el hombro, notó su presencia y no dudó en girarse para decirle una vez más que nunca le fallaría. No era Luna quién lo acompañaba, era *ella*, esa presencia que se colaba en su alma, que lo tocaba más profundamente que nadie. No conocía su rostro, no era capaz de situarlo a pesar de verlo una y otra vez. Sus ojos claros, azules como un cielo tormentoso y ese sedoso pelo rubio blanquecino eran su seña, había creído que era Luna, que era su protegida quién lo acompañaba de alguna manera especial, pero no lo era, «ella» era alguien más.

—¿Quién eres?

Una sonrisa, una tierna caricia y cuando estaba a punto de tocarla... se despertó.

Cassidy se quedó mirando con los ojos abiertos el techo de su cabaña, la lámpara en forma de farol emitía un suave brillo sobre la oscura habitación. No necesitaba mirar hacia la ventana para saber que era de madrugada, ni siquiera había salido el sol, podía sentirlo en su propia piel.

Hizo las mantas a un lado, abandonó el lecho y cruzó la casa para salir al porche. Respiró profundamente, empapándose de la noche, se sentó sobre las escaleras y echó mano a la botella de vino que había dejado la noche anterior sobre la mesa de la cocina.

—¿Quién eres? —gruñó, se llevó la botella a los labios y tomó un largo trago—. ¿Quién eres tú?

Paseó la mirada por las luces que salpicaban la ladera de aquella parte del valle, las de las casas del pueblo junto al río que daban hogar al clan felino de *Pine River Mountain*.

No sabía si alguna vez tendría respuesta para esa pregunta, ni siquiera si ella era real o fruto del estrés vivido, pero nada podía quitarle la esperanza de encontrar la respuesta.

# CAPÍTULO 1

Bethany entrecerró los ojos y se mantuvo agachada detrás del coche mientras las balas volaban sobre su cabeza sin orden ni concierto. Cristales rotos, alarmas que saltaban, gritos y carritos de la compra tirados por el suelo, todos los sonidos se superpusieron a lo largo de interminables minutos creando una estruendosa sinfonía.

Si esa mañana le hubiesen dicho que se vería sorprendida en el aparcamiento de un supermercado por un inesperado tiroteo, se habría quedado en casa, habría afrontado como mejor pudiera la absurda proposición de ese tipo y no habría asomado la nariz más allá de la puerta de entrada.

Echó un fugaz vistazo a través de la ventanilla y se quedó congelada al ver cómo un par de ojos se encontraban con los suyos y el cañón del arma que empuñaba el propietario se levantaba hacia ella; la había visto. Se agachó de inmediato, dispuesta a largarse de allí así tuviera que hacerlo a gatas, pero un segundo tipo rodeó el vehículo cortando cualquier vía de escape.

—¡Sube al coche! ¡Vamos!

Su primer reflejo fue tenderle las llaves de inmediato, que se llevasen en el vehículo, cualquier cosa menos tomarla a ella como posible rehén.

—Aquí están las llaves, pueden llevárselo si quieren.

El tipo que la había agarrado por el hombro de su chaqueta de travesía la zarandeó como si fuese un trapo, abrió la puerta del piloto y la empujó con brusquedad al interior. Se giró a tiempo de ver el cañón de esa pistola ahora delante de su cara.

—Sube y pon el coche en marcha —siseó y acercó el arma hasta casi

tocar su frente—, y no se te ocurra hacer ninguna tontería.

—¡Bosco, tenemos que largarnos ya! —escuchó al mismo tiempo que las puertas de su pequeño utilitario se abrían—. Peter está herido.

—¡Esa puta me ha disparado! ¿De dónde sacó el arma? ¡No es más que una cajera!

—¡Pon el puto coche en marcha! —La increpó cerrando la puerta, rodeó el coche sin dejar de apuntarla con el arma, aunque no es que le hiciese falta dado que ya lo estaba haciendo el tercer tipo desde la parte de atrás, mientras su compañero seguía quejándose y gimiendo por la herida. Se subió en el lado del copiloto y señaló la salida del parking—. ¡Conduce, vamos!

El motor rugió con su habitual inconformidad, se abrochó el cinturón a duras penas y pisó el acelerador haciendo derrapar las ruedas durante una décima de segundo.

—A... ¿A dónde...? —No podía articular las palabras, ya no digamos evitar que le temblase la voz.

—Que siga hacia la 97 —le ordenaron desde el asiento de atrás—. Tenemos que salir de aquí cagando leches. Joder, vaya puto desastre. ¡Se suponía que nadie moriría! ¡Joder! ¡Joder! ¡Mierda!

—¡Cálmate! —gritó el copiloto girándose en el asiento, amenazando con el arma a sus propios compañeros. Dios, aquello no pintaba bien.

—¡Esa perra debería estar criando malvas! —gimió el herido, pudo ver cómo se retorció en el asiento a través del espejo retrovisor—. ¡Maldita perra!

—¡Mantén la puta mirada en la carretera! —La pillaron espiando—. ¡No levantes el puto pie del acelerador!

El copiloto se volvió con la misma rapidez y le incrustó la pistola en las costillas provocándole un calambrazo de dolor, se apartó lo justo para liberarse del contacto.

—Haz lo que se te dice y no te meteré un tiro.

Tragó, no respondió, no podía, el miedo se había apoderado de sus cuerdas vocales y no las soltaba.

—Joder, tiene la puta bala dentro, hay que sacársela —dijeron de nuevo desde atrás, pero esta vez tuvo mucho cuidado de no apartar la vista de la carretera. Necesitaba toda su atención para conducir, no era aficionada a la velocidad y pisar el pedal a fondo como lo estaba haciendo no hacía otra cosa que incrementar su nerviosismo.

*Tenía que haberme quedado en casa y enfrentarme a su obsesión. ¡Joder! No puedo creer que haya hecho caso de esas malditas señales. ¡Estoy al borde de la locura extrema! Esto ya no es paranoia o rareza, es estar más allá de cualquier punto rescatable.*

Apretó los labios para impedir que los pensamientos pudiesen cobrar vida a través de su boca, no sería la primera vez que soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza y, en esta situación, eso solo podía conseguir que le metiesen un tiro.

—Tenemos que ir a un hospital...

—¿Has perdido la cabeza por completo? —bramó el copiloto—. En el momento en que pongamos un pie ahí nos echarán encima a la policía.

—¿Y qué coño hacemos? ¡Se va a desangrar!

—Tenéis que sacarme la puta bala —siseó el herido, quién parecía el más interesado en que eso se llevase a cabo—. Buscad una puñetera clínica o lo que sea, tiene que haber alguien en esta parte del puto estado que pueda sacar una bala.

—Coge ese desvío, a la derecha. —La instruyeron desde atrás, palmeando su asiento con fuerza, haciendo que se encogiese con el movimiento—. Sigue por la 97 y acelera, puta.

Apretó los dedos alrededor del volante y se obligó a respirar hondo a

través del miedo y la tensión que la mantenían agarrotada y alerta, lo último que quería era salirse de la carretera y matarse ella misma en el proceso. Echó un nuevo vistazo a través del retrovisor y se encogió interiormente al ver cómo su *secreto* volvía a la vida dotando de un peculiar color la presencia de cada uno de los individuos del coche.

No era algo que pudiese explicarse con palabras, sencillamente ocurría, su sensibilidad aumentaba y empezaba a percibir cosas que otros no percibían, veía aquello que nadie más veía y en ocasiones también llegaba a escuchar murmullos y voces, como le ocurrió esa misma mañana.

Colores intensos y oscuros, rojos, negros, grises... no había ningún tono claro en los halos de luz que envolvían a las personas que viajaban junto a ella y daban color a sus auras. Maldad, peligro, nerviosismo y miedo, eran el cóctel predominante, uno que parecía hacerse más asfixiante por momentos. La muerte rondaba a esas personas, especialmente a su indeseable copiloto. El hombre llevaba la muerte sobre los hombros, teñía sus manos de una manera que solo había visto en los sospechosos a los que se había visto obligada a rastrear para la policía. No había una sola pizca de arrepentimiento, solo determinación y una oscuridad que parecía engullirlo todo.

—¿Qué coño haces! ¿Es que no sabes conducir?

La advertencia llegó con el tiempo justo para que controlase el coche que se había desviado del carril, jadeó comprendiendo que se había ausentado durante unas décimas de segundo; era peligroso que se dejase ir estando al volante.

—Vuelve a hacer eso y te vuelo la tapa de los sesos, zorra.

—Hazlo y terminaremos los cuatro muertos —graznó haciendo esfuerzos por dejar salir las palabras.

Sí, su boca solía ir por libre, tenía un verdadero problema con eso.

—¿Te crees graciosa? —declaró el hombre levantando el arma contra su

frente y apretando el cañón a la altura de la sien—. Limítate a conducir, perra.

—Necesitamos un puto médico —insistieron al mismo tiempo desde atrás, la ansiedad estaba presente en la voz del tipo sentado detrás de ella—. Tío, esto no tiene buena pinta.

—¿Y dónde sugieres que lo encuentre? —Señaló a su alrededor—. Estamos en medio de la puta nada. ¡Tú elegiste esta zona!

—¡Querías un lugar en el que fuese fácil entrar y salir y desaparecer! —Se encaró con él—. ¡Y es lo que te he dado!

—Una pistola... tenía... una puta... pistola...

La voz del herido era cada vez más agónica, la herida que le habían infringido era mortal, lo sabía, su aura no mentía; iba a morir.

—Ella... una clínica... dónde... dónde hay... una clínica.

Sabía que se estaba refiriendo a sí misma, pero prefirió ignorarle.

—Te ha hecho una pregunta, furcia, ¿dónde hay una clínica por esta zona? —La increpó de nuevo su oscuro copiloto.

Le dedicó una sesgada mirada y respondió con dificultad.

—No... no lo sé... —Se las ingenió para articular las palabras en medio del terror que le había atenazado la garganta—. No... no soy de aquí, solo estaba de paso.

Si no fuese por su *secreto*, si no fuese por lo que ese poder obraba en ella, envolviéndola y aislándola al mismo tiempo de las emociones, estaría gritando por su vida, rogando que la dejaran ir y no la matasen.

Su jefe había bromeado a menudo diciéndole que parecía carecer de alma, que verla en medio de una de sus *actuaciones*, como él las llamaba, era como contemplar un témpano de hielo. Su expresión era ilegible, sus ojos se volvían vacíos, carentes de emoción, era como ver a una valquiria avanzando a través del campo de batalla eligiendo a los soldados caídos en combate. El que tuviese el pelo rubio platino, los ojos de un azul tan claro que casi

resultaban grises y la piel pálida, la convertía en algo así como un fantasma entre los muertos.

Sin embargo, Bethany era todo lo contrario a la frialdad que la envolvía cual mortaja en esos momentos, su vida era muy distinta cuando ese poder latente en su interior permanecía dormido, tanto que nadie podía imaginarse que detrás de una seria y eficiente restauradora se encontraba la *Medium* que trabajaba como asesora para el departamento de policía de Williams Lake.

—Creo que... que hay un hospital en *Dawson Creek*, pero está a unas dos horas de viaje.

—Nada de hospitales —gruñó el copiloto con ese tono acerado que le provocaba escalofríos.

—Joder, tío, se está desangrando...

Sí, se moría, lo sabía con tanta certeza como si la muerte se lo hubiese susurrado al oído y, aunque no le gustaba la idea de ayudar a un asesino, tampoco quería ser responsable de la muerte de un hombre, no cuando este viajaba en la parte trasera de su coche.

—Cállate de una puta vez, no me dejas pensar con tanto lloriqueo.

Siguieron hablando, intercambiando frases cortantes, pero ella dejó de escucharlos una vez más. Algo llamó su atención a través de la luna delantera del coche, era algo que solo veía si miraba por el rabillo del ojo, algo que parecía llamarla de manera insistente. Al frente solo había montañas y bosque, la región que atravesaban era conocida por sus lagos de pesca y los frondosos bosques que formaban algunos de sus parques provinciales, sin duda era una área perfecta para pasar desapercibido, tal y como habían comentado los atracadores.

*Cerca. Está cerca. Cerca. Está cerca. Cerca. Cerca. Cerca.*

Las palabras se colaron en su mente con una insidiosa urgencia, no era una voz ajena, pues era la suya propia, como si su propio cerebro hubiese

decidido ir por libre y pronunciase cosas sin sentido.

*Cerca.* Había algo cerca, pensó echando un vistazo a su alrededor. Algo había en esa región, posiblemente el motivo de que esa mañana se hubiese despertado con la imperiosa necesidad de ponerse al volante y conducir hacia el noroeste. Y ahora, después de varias horas de viaje desde Williams Lake, haber sido secuestrada a punto de pistola y obligada a conducir para sus secuestradores, estaba cerca del lugar al que se suponía debía llegar.

Se lamió los labios, apretó con más fuerza los dedos alrededor del volante y volvió a escuchar con nitidez la voz de sus indeseados acompañantes.

—Se está muriendo, Bosco, tenemos que hacer algo, necesitamos...

—¡He dicho que cierres la puta boca!

Bethany se estremeció ante su tono de voz, sintió tal repentino frío que supo, sin necesidad de palabras, que la muerte le había puesto la mano en el hombro. No pudo hacer nada, apenas sí fue capaz de reaccionar cuando el hombre que iba en el asiento del copiloto se volvió y apuntó con el arma a uno de los ocupantes de atrás con una macabra intención.

—¡No!

El disparo resonó al mismo tiempo que su voz, giró el volante con la misma repentina brusquedad con la que pisó el freno antes de volver a acelerar. El coche se desvió, las ruedas resbalaron dejando la asfaltada carretera para precipitarse hacia la pista que se abría hacia su derecha, marcada por una señal que no tuvo tiempo a leer. El cinturón de seguridad la ciñó, arrancándole la respiración y manteniéndola sujeta mientras los demás ocupantes eran lanzados de un lado a otro como si estuviesen dentro de una coctelera. Levantó el pie del pedal apenas un segundo, lo justo para intentar recuperar de nuevo el control.

*Por favor, por favor, no dejes que me mate.*

—¡Maldita zorra! ¡Estás muerta!

Ignorando las ahogadas amenazas, volvió a pisar el acelerador.

—¡Esa puta loca va a matarnos!

Maniobró como pudo con una mano e intentó soltarse el cinturón con la otra, el asesino que iba en el asiento del copiloto se revolvió con una clara intención mortal hacia ella.

—¡Suéltame!

Mordió con saña el brazo que pretendía arrancarla del volante, se inclinó hacia la puerta y puso todo su peso sobre ella al tiempo que apretaba el acelerador al máximo, tiraba de la manilla, empujando y dejándose caer del vehículo en marcha.

Salió despedida, rodó por el suelo, aulló y gimió de dolor con el primer golpe y las sucesivas vueltas que dio con brusquedad sobre el irregular terreno hasta frenar contra el tronco de un árbol. Escuchó el impacto del coche, pero no se molestó en mirar, apenas podía moverse, sentía como si se hubiese hecho pedazos cada uno de los huesos. Luchó por coger algo de aire y, cuando los pulmones le respondieron, se empujó de nuevo, motivada por esa imperiosa necesidad que tomaba el mando en su interior.

*Corre, corre, corre.*

Eso fue lo que hizo, apoyándose en los troncos de los árboles, empezó a moverse, aumentando la velocidad todo lo que el sordo latido en su cabeza y el dolor en cada parte del cuerpo le permitían, avanzó a trompicones, pero sin detenerse. Tenía que huir de allí, tenía que correr.

## CAPÍTULO 2

Bethany no podía seguir, apenas podía conseguir tragar el aire suficiente para no ahogarse, le latía el corazón en los oídos mientras los disparos resonaban a su espalda como cañonazos. Era un milagro que alguno de ellos hubiese podido reaccionar tan pronto después del golpe, ella apenas podía moverse sin gemir de dolor, lo único que la mantenía en movimiento era la adrenalina que el miedo bombeaba por sus venas.

Echó un vistazo por encima del hombro al escuchar el nuevo disparo, no los veía, no sabía cuántos eran sus perseguidores, pero al menos uno estaría dispuesto a hacerla pagar por su jugarreta. Volvió la mirada al frente. Tenía que seguir adelante. Se movió zigzagueando, buscando con la mirada algún lugar en el que poder detenerse a descansar. No podía más, estaba al límite de sus fuerzas, solo el presentimiento de que era imperioso que siguiese adelante impidió que se rindiese.

Desde el lugar en el que estaba ahora podía ver una masa de agua serpenteando a lo lejos, sin duda algún río que cruzaba la zona. Volvió a encogerse ante un nuevo disparo, tropezó, cayendo al suelo, pero volvió a levantarse y no sin esfuerzo.

*Ya viene, ya viene, ya viene.*

La idea se instaló en su mente, el miedo la golpeó, no podía rendirse ahora, necesitaba seguir adelante, poner toda la distancia que pudiese entre ella y quien quiera que la estuviese persiguiendo.

Volvió a moverse, pero apenas pudo limitarse a arrastrarse entre jadeos.

Tenía que estar loca para seguir avanzando sin conocer el terreno, pero el miedo no le permitía hacer otras cosas. Cada pocos pasos echaba fugaces vistazos por encima del hombro esperando verlos acercarse, no sabía qué alcance había tenido el accidente, cómo habrían resultado heridos, pero tampoco tuvo tiempo ni interés para tomar nota sobre ello. Necesitaba alejarse, especialmente de ese enloquecido asesino que no había dudado en acabar con la vida de uno de sus propios compañeros.

Se detuvo lo justo para coger aire e intentar situarse, no conocía la zona y tampoco estaba vestida para protagonizar una escapada por en medio de un frondoso bosque. No había senderos visibles o al menos ninguno que ella reconociese, la luz se iba desvaneciendo poco a poco, el día era gris y la amenaza de lluvia pendía en el aire. Las nubes oscuras que veía entre las copas y a lo lejos no era precisamente un buen presagio, reconocía esos tonos, así como la bajada de temperatura que anunciaba la llegada de una tormenta estacional.

—No, por favor, no te pongas a nevar ahora.

Apretó los labios y agudizó el oído intentando escuchar si la seguían, pero todo lo que podía oír era el latido de su corazón y el de las hojas movidas por el viento.

Siguió adelante, era imperioso que lo hiciera, que no se detuviese, no podía arriesgar su propia vida. Había sido un milagro que hubiese conseguido lanzarse del coche y no romperse el cuello en el proceso, eso y una estupidez de proporciones tan grandes que no había sistema métrico que lo midiese.

El bosque se extendía ante ella como una interminable colina, no sabía sí hacia bien yendo en sentido ascendente, por lo que se había ido desplazando de manera lateral, subiendo y bajando cuando la pendiente se hacía impracticable o la vegetación se volvía más densa. Pronto empezó a ver por debajo de ella y a lo lejos esa serpenteante masa de agua que no podía ser otra

cosa que un río. *Pine River*, lo había visto en el mapa que había consultado antes de salir, un vistazo hacia la zona que la llamaba, a la que debía ir. Recordaba haber visto los indicadores que marcaban zonas de población, nombres de pequeños pueblos o aldeas, incluso había una montaña, un pico con un nombre bastante curioso, *Solitude Mountain, La Montaña de la Soledad*, un nombre adecuado teniendo en cuenta el lugar al que ha ido a parar.

Levantó la cabeza intentando buscar el sol y orientarse de esa manera, nunca había sido buena con todo el tema de las acampadas, pero había conocimientos básicos que hasta ella conocía, por otro lado, dado que lo que la había llevado hasta allí era su *secreto*, no dudaba en que este la ayudaría cuando fuese necesario.

Se apoyó una vez más en el tronco de un árbol y echó un vistazo a su espalda, había subido un buen tramo, tanto era así que no tenía la menor idea de por dónde estaba el coche accidentado. Agudizó la mirada buscando a cualquier posible perseguidor, se mantuvo inmóvil, esperando, pero no vio nada.

*Sigue, sigue, sigue, sigue.*

Su cuerpo acusó esa necesidad que nacía en su mente, que corría por sus venas y la instaba a reaccionar antes de pensar en ello.

*Sigue, sigue, sigue, sigue.*

Se impulsó, dejando el tronco en el que se apoyaba, avanzó a trompicones, con el cansancio haciendo que le temblasen las piernas y los bajos tacones de los zapatos clavándose una y otra vez en algunas zonas blandas del suelo. Agradecía el no haberse sacado la chaqueta, porque el tiempo no era precisamente cálido a esas alturas del año, echó un nuevo vistazo al cielo y arrugó la nariz ante los primeros copos que empezaron a descender entre los árboles.

Apretó los dientes, se arrebujó bien en su chaqueta y continuó con su

tortuoso avance. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había caído al suelo, sus medias, si bien eran gruesas, no eran irrompibles y estaban dispuestas a llevarse por delante toda rama que encontrase por el camino.

—Estoy loca, no hay otra manera de explicarlo, si salgo de aquí buscaré algún centro con bonitas vistas para que me internen —rezongó. Volvió a echar de nuevo la vista atrás, no sabía la cantidad de tiempo que llevaba caminando, pero tenía que ser suficiente como para que los que la habían obligado a conducir, si habían conseguido dejar el coche por su propio pie, se hubiesen puesto en movimiento.

Se apretó el brazo herido, le dolía al igual que la cadera, pero no quería detenerse, ni siquiera quería mirar, sabía que no se había roto nada porque todavía se podía mover, pero el dolor era constante, una molestia que iba a más con cada nuevo paso que daba.

Tras un último esfuerzo en una subida en pendiente, Bethany salió a una pista forestal.

—Oh, gracias, gracias, gracias —gimió, se limpió la cara y estornudó ante los copos de nieve que se habían ido derritiendo sobre su pelo—. Y ahora, por dónde...

Miró hacia un lado y hacia otro, en esa zona el camino cortaba la pendiente y podía seguir bordeando o descender.

—Lo más lógico sería ir hacia abajo, tengo que volver hacia la carretera o encontrar el núcleo urbano más cercano donde pedir ayuda.

Se giró y deslizó la mirada por el camino, pero no podía avanzar, sintió náuseas y tuvo que respirar profundamente para no vomitar allí mismo. Retrocedió como si algo la impeliese a hacerlo, a seguir ascendiendo, le dio la espalda y cojeó en sentido ascendente. La presión y el malestar empezaron a diluirse a medida que avanzaba.

—De acuerdo, sé pillar una indirecta.

Hacía tiempo que había dejado de luchar consigo misma y con ese poder en su interior, sabía que ir en contra de sus propios instintos sólo traía consigo malestar y malas elecciones, algo que lo había aprendido de la peor de las maneras.

No podía permitirse hacer caso omiso de sus instintos, no si quería seguir con vida y encontrar aquello que la había llevado hasta allí.

## CAPÍTULO 3

—Recuérdame qué hago aquí.

Cassidy levantó la cabeza y gruñó al mirar a su alrededor y ver el paisaje nevado que había envuelto el valle tras la nevada caída la tarde noche anterior.

—Te desafió por una hembra y tú lo mandaste a la mierda.

—¿Y por qué no se quedó en ella?

—¿Falta de riego al cerebro? —respondió Chase—. No es precisamente el más listo de todo el clan.

—Desde luego, es el más tonto —suspiró, entonces miró de nuevo a su beta—. ¿Y por qué mierda no la desafía a ella? Obtendría el mismo resultado que conmigo.

—Porque a ella la desafió a su vez Katia.

—Katia, Katia... ¿qué Katia?

Chase puso los ojos en blanco.

—¿Hasta qué hora te quedaste bebiendo ayer?

Se encogió de hombros.

—¿Hasta esta mañana?

—Estupendo, tienes suficiente alcohol en la sangre como para prenderte fuego y que salgas en llamas —bufó su amigo—. ¿Por qué no te doy una cerilla y ya te inmolas tú mismo, *mon ami*?

—¿Eso me evitará tener que hablar con el idiota sin riego?

—Él no quiere hablar.

—Mira que bien, pues ya está, nos vamos cada uno a su casa y listo.

—Menuda tienes encima.

—Todavía camino derecho, creo que no estoy tan mal.

—Cass, estás sentado.

—Pues vaya mierda —chasqueó mirándose los pies—. Joder, busca a Luna y que le pegue una paliza o le rompa los huevos, que se le da de puta madre.

—¿Has vuelto a pelearte con ella?

—Nop. He decidido no pelearme nunca más con esa mujer —aseguró convencido—. Me limito a dejarla hablar, hablar y hablar hasta que se aburre, me manda a la mierda y se va.

—Entonces, ¿por qué has bebido?

—Porque me interrumpió mientras lo hacía y no se fue cuando le dije que se largase —resopló—. No le gustó ni un poquito lo que le dije.

A su mente acudieron al momento los sucesos que habían tenido lugar en el valle seis meses atrás, todavía quedaba en algunas zonas de su territorio y en el del clan lupino el olor a quemado, así como el presente peligro que había amenazado su hogar y a su gente.

Aquella noche había impartido por fin justicia, había enmendado el error cometido hacía ya un año y se encargó de que el traidor a su clan no se levantase jamás de la tumba. No había movido un músculo hasta encargarse de que cada una de las piezas de aquel putrefacto individuo se hubiese convertido en cenizas, hasta que la única víctima de ese demonio viese con sus propios ojos como desaparecía por completo.

Todo había cambiado aquella noche, lo sabía con tanta certeza como sabía que antes o después aquella conversación llegaría.

Luna lo había esperado, la había visto paseándose de un lado a otro por el porche, nerviosa, intentando ocultar el temor que todavía bailaba en sus venas, conteniendo así mismo la rabia.

No había hecho preguntas, pero tampoco eran necesarias, sabía perfectamente que cumpliría con lo que le había prometido; dar muerte al hombre que la había secuestrado y torturado durante dos largos días.

Una mirada, eso era todo lo que Luna necesitaba para entender, así como lo era para él.

—No sé quién está anclado al pasado, si tú o yo —le había dicho ella la noche anterior—. O ambos, pero es hora de dejarlo atrás de una vez. Cassidy, voy a irme, voy a dejar *Pine River*.

No sabía por qué no le había sorprendido, pero así era, los últimos meses ya habían cambiado las cosas y esas semanas no hicieron más que poner un punto final a ese capítulo. Se limitó a escuchar, viendo como la chiquilla que había cuidado, la joven hembra que se había convertido en mujer entre sus brazos, la mujer que le había dado su cariño desinteresadamente, le pedía que comprendiera su necesidad de levantar el vuelo.

—¿Eso es lo que quieres?

Miró a su alrededor y finalmente a él.

—Sí, es lo que quiero —concretó, se lamió los labios y añadió—, lo que necesito por encima de todo. Necesito recuperar mi vida, necesito encontrarme de nuevo a mí misma. Y tú también necesitas espacio.

—¿Disculpa?

Caminó hacia él y le clavó el dedo en el pecho, era mucho más baja que él, pero tenía un aire de guerrera que hacía que su estatura careciese de importancia.

—Hace meses que no has estado con una hembra.

—¿Ahora te preocupas por mi vida sexual? —No pudo evitar enarcar una ceja ante su comentario.

—Acordamos que cada uno se abriría a otras personas —le recordó con las mejillas sonrojadas como manzanas—. Y tú has vivido como un maldito

monje desde... esa noche.

—Y tú como una casta gatita.

Su sonrojo aumentó aún más.

—Eres un arrogante bastardo —insistió clavando su dedo—. Si no te quisiera tanto, juro por Dios que ya habría enviado una legión de mujeres a tu cama.

Sonrió de lado, divertido por sus palabras.

—En ese caso me alegro de que me quieras, Luna, no te haces una idea de lo mucho que me alegro de eso.

Lo miró y él le sostuvo la mirada.

—No bromeo, Cass —aseguró con ese tono que solo utilizaba con él—. Tengo que irme.

—Lo sé, Luna, lo sé —aceptó con un profundo suspiro—. Y no voy a detenerte, cariño, no te detendré cuando sé que es algo que realmente necesitas hacer para seguir adelante. —Levantó la mano y le acarició la mejilla—. Te veo, Luna mía, te veo como no tienes idea, por lo mismo voy a... aceptar tu decisión, pero con una condición.

—¿Qué clase de condición?

—Te daré un año, eso porque me siento generoso, tras ese tiempo, si no has vuelto a casa, pequeña tigresa, te rastrearé y te traeré yo mismo de vuelta —anunció, sus palabras contenían una advertencia que sabía no debía ignorar.

—No puedes guardarme en una urna de cristal toda la vida, Cassidy Felon.

—Motivo por el cual voy a dejarte ir, Luna Di Maio —sentenció—, pero no esperes que lo haga sin preocuparme por ti. Eres parte de mí, Lunita, mi familia, no podrás librarte de mí mientras viva.

Se lo quedó mirando, entonces asintió.

—Un año.

—Un año, Luna —le rozó la mejilla con los dedos—. De verdad espero que encuentres lo que has perdido, que encuentres aquello que te haga feliz.

Rogaba porque así fuese, porque esa mujer encontrase por fin la paz que un hijo de puta le había robado.

—Al menos conseguimos llegar a un acuerdo. —Le dijo finalmente a Chase.

—La dejas ir.

—Es su deseo.

—¿Y el tuyo?

—Curiosamente también —aceptó—. Le prometí a su hermano que me haría cargo de ella y he mantenido mi promesa durante todos estos años. Luna quiere tomar su vida en sus propias manos y no la detendré, no después de lo que pasó. No la encerraré en una urna de cristal, no le quitaré la vida de esa manera.

—Eres un imbécil.

—Lo sé.

—Y ese cachorro está dispuesto a hacerte morder el polvo.

Lo miró.

—Genial, que lo intente y veremos cómo terminamos.

—Por qué no hablo con él e intento arreglar esto, como siempre.

—Eso me parece mejor, pero si se pone impertinente le sacudo.

—Si no fueses mi alfa y mi mejor amigo, te pegaría yo mismo para hacerte espabilar.

—Hazlo después... —le dijo intentando incorporarse—, voy a vomitar.

Y lo hizo, se levantó a trompicones y vació todo el alcohol que había ingerido en las botas del novato.

—De puta madre, jefe, de puta madre.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Mis botas nuevas! —chilló como una mujer.

—*Shh*, no grites, ¿tienes idea de lo que molesta tu voz? —gruñó y se alejó, tambaleándose, para terminar de vaciar su estómago a los pies del tronco de un árbol—. Qué desperdicio, era un buen vino.

El joven gato siseó y empezó a sacarse la chaqueta con una obvia intención.

—Yo que tú no haría eso, chico, borracho y todo, Cassidy te pegaría una paliza y hoy no está en condiciones de contenerse —chasqueó Chase, deteniendo al cachorro.

—Hazle caso, *Junior*, dejémoslo para otro día —chasqueó todavía doblado por la cintura—, o mejor aún, quédate con esa gata. En honor a la verdad, no tengo ni puta idea de quién es.

—¿Cómo demonios puedes ser nuestro alfa?

—Eso me pregunto yo cada día desde que obtuve el puesto. —Hizo una mueca y se limpió la boca con la manga de la chaqueta—. Chase, necesito una botella de agua.

—Vete a beber al río —le soltó su amigo al mismo tiempo que se llevaba la mano al interior de la chaqueta para sacar un teléfono móvil—. Chase. Adelante, Neal.

Lo miró por el rabillo del ojo y vio como su beta perdía ese gesto despreocupado y adoptaba su usual atención.

—Espera —dijo al teléfono y se volvió hacia él—. Es Neal. Han encontrado un vehículo empotrado contra un árbol a pocos metros del desvío hacia *Pine River*.

—¿Otro más? Qué pasa, ¿está de moda estrellar coches en nuestra región y nadie me ha avisado?

—A juzgar por la capa de nieve que lo ha cubierto, no ha sido esta mañana —le fue pasando la información—. Y, lo preocupante no es eso, sino que hay un cadáver en el asiento trasero.

—¿Así que se estrella y la palma?

—Tiene dos heridas de bala —replicó serio—. Y hay un rastro humano internándose en nuestro territorio.

Aquello lo despabiló un poco.

—El *sheriff* de *Cheyenne Ridge* ha recibido aviso sobre el atraco a un supermercado en la tarde de ayer en la zona de Bear Lake —le informó—. Las cámaras de seguridad del interior mostraban a tres individuos. Al parecer robaron un vehículo.

Gruñó, miró hacia el frondoso bosque que se extendía por la montaña.

—¿Ayer por la tarde? ¿Y todavía avisan ahora? —Preguntó, tras la tormenta del día anterior sería complicado que se pudiese conseguir algún rastro—. ¿Y dices que eran tres?

—Tres y el conductor al que cogieron de rehén —explicó—. Suponiendo que el fiambre era uno de ellos...

—Nos deja con tres individuos correteando por nuestro territorio. —Se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó—. Quiero una batida completa de la zona, que todo el mundo esté atento a cualquier persona desconocida. Ponte en contacto con los lobos, que vigilen sus accesos. Y mantened un ojo sobre la policía. Les entregaremos a esos cabrones si están en nuestro territorio, pero no los quiero merodeando solos por el valle.

—Neil, ya has oído.

La respuesta de su tercero al mando le provocó un resoplido.

—¿Cuánto ha bebido?

—A juzgar por la mierda en las botas de *Junior*, toda la botella.

—Callaos de una puta vez y poneos a trabajar —rezongó. Se llevó la mano al pecho, esperando encontrar la cremallera de su chaleco, pero estaba en mangas de camisa—. Uy, parece que me he dejado algunas cositas en casa.

Se encogió de hombros y empezó a desnudarse allí mismo, se quitó la

camisa por la cabeza y se llevó las manos al cinturón.

—¿Qué vas a hacer?

—Dar un paseo para quitarme de encima la puñetera resaca.

Chase se llevó la mano a la cabeza.

—¿Jaqueca? —sugirió con media sonrisa.

—Me produces dolor de cabeza, Cassidy.

Se quitó los zapatos y se llevó las manos al botón del pantalón.

—Sí, bueno, esa parece ser la frase de todo el mundo últimamente.

No tardó ni dos segundos en deshacerse del pantalón y echar a correr, desnudo, a excepción de los calcetines al interior del bosque, en un momento iba a dos piernas y al siguiente saltaba con agilidad felina, equilibrándose con la larga cola, atravesando a toda velocidad la espesura.

## CAPÍTULO 4

A Cassidy siempre le había gustado la nieve, ese manto blanco que lo teñía todo, la paz que ese paisaje parecía traer con ello. Su pelaje se espesaba para la ocasión, se oscurecía, inclusive la parte blanca que bajaba desde el mentón felino y revestía todo el pecho y la barriga. Sí, era el juego favorito de un gato y la pesadilla de un rastreador.

Cualquier posible rastro quedaba oculto, las huellas eran borradas y el paisaje que adoraba se convertía en un marco perfecto para alguien si quería ocultarse.

Había rodeado el vehículo, comprobando el rastro, las profundas huellas impresas en el suelo, en los laterales del camino hasta el lugar en el que se había empotrado el coche.

No había marcas de frenos, el conductor había entrado derrapando, había acelerado durante un tramo antes de estrellar el vehículo a propósito. Ya habían hecho el levantamiento del cadáver, se trataba de uno de los atracadores que hirieron a una persona y mataron a otra. Apenas se habían llevado la recaudación del día, habían dejado el recinto a tiros y habían secuestrado a alguien en el aparcamiento; una mujer.

Ella y los otros dos individuos se habían internado en su territorio, pero no había aparecido ninguno de ellos. La policía quería rastrear la zona, no solía ocurrir que alguien atracase un supermercado y se produjesen bajas en su terreno.

Por mucho que le irritase la presencia de humanos en su territorio, debía permitirles el paso, Elias Trevile, *sheriff* de *Cheyenne Ridge* se encargaría de

mantenerlos bajo control, lo que le dejaba un corto margen de tiempo para que él y los suyos pudiesen rastrear la zona.

Todavía le sorprendía que el accidente se hubiese producido la tarde noche anterior y se diese hoy aviso del suceso. Suponía que la tormenta de nieve tenía mucho que ver.

Agudizó el oído, movió espasmódicamente las orejas y los bigotes, sus ojos captaron al momento un movimiento a su izquierda; un pequeño conejo asomó la nariz.

Se relamió, era algo instintivo, fijó su atención en la caza y se agazapó, el peludo animalito olisqueaba el aire, sin duda en busca de posibles amenazas. Entrecerró los ojos y aguantó la respiración, estaba a punto y...

El conejo dio un salto y otro más, un inesperado ruido a su izquierda lo alertó del peligro, agudizó el oído, se incorporó y se arrastró lentamente, pisando con cuidado para no hacer notar su presencia. Los vio a lo lejos, dos de los miembros del equipo de montaña de la policía patrullaban la zona, sin duda en búsqueda de las tres personas que todavía no habían aparecido.

Desnudó los dientes, volvió a agazaparse y se volvió en sentido contrario, lanzó la cola de un lado a otro y optó por subir hacia la cima del valle. Empezaba a pensar que ninguno había sobrevivido a la tormenta, sin conocer la zona y con una ventisca sobre sus cabezas, no existían muchas probabilidades de pasar la noche en el bosque.

Trotó por entre los árboles, agudizando la vista y escaneando el lugar cuando su fino olfato captó el aroma de leña quemada.

Humo. Había humo por encima de su posición. Olisqueó el aire, agitó la cola como un látigo y saltó a la carrera dejando que el instinto animal lo condujese hasta el lugar de procedencia.

La cabaña del guardabosques estaba habitada, el humo de la chimenea era apenas un hilito, pero suficiente para pensar en un ocupante. Se acercó con

sigilo, comprobó la zona, la ausencia de vehículos y cualquier rastro fresco, se acercó a la puerta, saltó cual gato de una repisa a otra y se levantó sobre las patas traseras para echar un vistazo a través de una de las ventanas.

La chimenea estaba encendida, los rescoldos del fuego brillaban y delante de la lumbre, encogida, envuelta con una tosca manta, descansaba en el suelo una figura humana con un pelo rubio tan claro que se le detuvo la respiración.

—No... no es posible.

Cassidy abandonó su piel felina por la humana, sus ojos, su altura, todo cambió su percepción, pero la imagen que veía a través del cristal persistió como si hubiese salido directamente de su sueño. Acarició el cristal con los dedos, el alcohol debía haberle sentado esta vez de puta madre para hacerle tener tales visiones.

Olisqueó a su alrededor, buscando una explicación para lo que estaba presenciando, pero la nieve parecía haber hecho desaparecer cualquier posible aroma que fuera revelador.

Echó un último vistazo y se deslizó hacia la puerta, el aire frío sobre su piel desnuda le recordó oportunamente que estaba en pelotas, como gato no necesitaba otra cosa que su piel, pero como humano corría el riesgo de congelarse sus partes favoritas si no se ponía algo encima.

Gruñó, el volver a su piel felina no era una opción, pero el perder el tiempo buscando algo que ponerse tampoco, no cuando todo lo que quería era comprobar que lo que había visto por la ventana no era producto de su imaginación.

La puerta no estaba cerrada con llave, empujó lo justo para abrirla y que el calor presente en el interior de la cabaña le acariciase la piel. Tuvo que contenerse para no ronronear, la idea de tirarse delante del fuego y no hacer otra cosa que dormir le resultaba atractivo, pero no tanto como la hembra

que estaba tumbada frente a la chimenea y envuelta en una manta.

No le quitó los ojos de encima mientras olisqueaba la habitación, le llevó un par de minutos encontrar una muda de ropa, un recurso que solían tener a mano, pues sería un poco raro ver paseándose por el bosque a un puma *concolor* cargando una mochila, antes de volver al área de la chimenea dónde ella no había movido un músculo.

Una chaqueta de travesía colgaba de un gancho al lado de la lumbre, un poco más a su izquierda había unas medias gruesas, junto un par de zapatos de tacón llenos de barro y en medio de todo ello, usando una vieja alfombra como colchón y una manta de lana como cobertor, ella descansaba hecha un ovillo.

—Eres real.

Y eso ya era una jodida locura, se acercó y acarició unas hebras de su pelo, respirando su aroma.

—Sí, no cabe duda de que lo eres.

Olisqueó un poco más y se dio cuenta con absoluto asombro que era la mujer que había sido secuestrada, tenía el mismo aroma que el rastro encontrado en el coche.

Miró a su alrededor como si esperase que dé un momento a otro fuese a aparecer alguna amenaza, llegó incluso a gruñir para finalmente volver a ella y acercarse más.

Todo estaba más allá de lo absurdo, su sueño era real y además de estar ante él era la víctima de un atraco.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

Había una travesía a pie de unas cuatro horas desde el lugar en el que había estampado el coche, era imposible llegar hasta allí a menos que bordease todo el camino y cogiese el desvío hacia *Pine River*, pero ella no había ido por el camino, se dio cuenta al volver a mirar la ropa, el barro en sus zapatos, las hojas y la humedad de la nieve. La muy loca había atravesado

el bosque, no sabía si había llegado a cobijarse de la ventisca antes de que alcanzase su mayor potencial, pero así debía ser o no la habría encontrado allí, sino sepultada bajo algún montón de nieve.

Volvió a su lado, se arrodilló y maldijo de nuevo los malditos pantalones, pero ignoró su incomodidad en el momento en que la oyó gemir. Se inclinó sobre ella, apartándole el pelo para ver ahora un rostro suave, de tez muy blanca que hacía una mueca de incomodidad, le acarició la mejilla murmurando las típicas tonterías que le decía a Luna cuando tenía pesadillas.

—Shh, estás a salvo, nada te va a alcanzar aquí, ya no tienes nada que temer, estoy aquí, estoy aquí.

Ella se revolvió, arrugó la nariz, gimió un poco más y abrió los ojos de un azul grisáceo, el mismo tono tormentoso que veía en sus sueños. Esa mirada fija parecía clavarse en él sin verle, como si todavía estuviese en medio de un sueño.

—Estás a salvo. —Fue lo primero que se le pasó por la mente decir.

Ella parpadeó, como si quisiera emerger del sueño, entonces sonrió ligeramente y, para su sorpresa, levantó una mano de dedos largos, le acarició la mejilla y subió hacia su pelo para atraerlo hacia ella.

—Te encontré.

Sin duda esa habría sido su frase si no fuese porque se encontró privado de decir cualquier cosa que tuviese sentido cuando esos labios presionaron los suyos en un inesperado y dulcísimo beso al que no tuvo inconveniente alguno en responder.

Bethany se quedó mirando al hombre que la contemplaba entre sorprendido y divertido, sus dedos, comprobó con horror, se habían enredado en su pelo, manteniéndolo a una distancia lo suficiente cerca como para que

hubiese hecho lo que creía que acababa de hacer.

—Um... yo... esto...

¿Qué demonios acaba de pasar allí? El parecía real, su tacto era real, su aliento era cálido y olía a menta, esos ojos brillaban de una manera única y a su alrededor había un aura tan brillante y extraña que la sacudió por entero.

Era él. Aquello que la había hecho salir de casa esa mañana y conducir hacia el noroeste, era él.

—¿Quién eres?

La manera en que se lamió los labios y ladeó la cabeza, desprendiéndose muy lentamente de sus dedos era hipnótica.

—Esa misma pregunta podría hacértela yo a ti.

Su voz era ronca, masculina y parecía contener un ronroneo al final.

—Aunque creó conocer tu nombre —continuó—. ¿Bethania Roswell?

—Es Bethany, pero sí —asintió, arrugó la nariz y ladeó la cabeza—. ¿Sabías que iba a venir?

Su pregunta lo sorprendió, lo vio en sus ojos.

—Ni siquiera sabía que eras real, gatita.

—Entonces...

El sonido de un disparo hizo eco en la cabaña, se sobresaltó y todo lo ocurrido el día anterior volvió a su mente con extrema rapidez.

Como una película a toda velocidad recordó cómo había sido obligada a entrar en su coche, el trayecto, su decisión de estrellar el vehículo y saltar, los disparos y la necesidad de correr.

Había atravesado el bosque a la carrera, perdida, desorientada, con la única guía de la necesidad naciente en su interior y el insistente empuje de esta de seguir adelante a pesar de la nevada hasta que encontró esa cabaña y pudo resguardarse y descansar.

Un nuevo disparo reverberó, no eran recuerdos, no era producto de su

mente, esos tiros resonaban ahora ahí fuera.

Su acompañante se había levantado dándole la espalda, ladeó la cabeza como si escuchase y se acercó a la ventana. Era enorme, una verdadera montaña enfundada en unos ajustados vaqueros que realzaban un pedazo culo y una ancha espalda perfilada por una simple camiseta verde oscuro con el logotipo de «*rescate en montaña*».

Casi como si supiera que lo estaba mirando se giró hacia ella, su rostro pétreo, con unos vivos ojos verdes que parecían brillar en la reducida instancia, sí su espalda era ancha, su pecho no se quedaba atrás, tenía unas caderas estrechas y unas piernas larguísimas y se movía con una elegancia propia de un felino.

Tenía el pelo rubio revuelto, con mechones más claros y otros más oscuros, una interesante mezcla que encajaba en ese rostro de líneas fuertes.

—La policía está rastreando el valle en busca de los atracadores que sembraron el caos en un supermercado.

—Le disparó, estaba herido... y le disparó —murmuró poniendo en palabras su certeza—. No hay ni pizca de empatía en él, es un monstruo, no quería escuchar su voz y...

Se llevó las manos a los oídos para acallar tanto el disparo que se escuchó a lo lejos como el que reverberó en su cabeza.

Unas manos cálidas, unos brazos envolviéndola y el aroma del bosque la envolvieron un momento después, esa voz ronca cerca de su oído.

—No volverán a acercarse a ti —escuchó su ronca voz al oído, podía sentir la verdad, la absoluta decisión en ella mientras la abrazaba—. Ahora estás segura.

Se dejó ir, estaba tan cansada física y anímicamente que el poder apoyarse en alguien era como un bálsamo para su agotamiento. Lo más extraño de todo es que pudiese confiarse de esa manera a un completo extraño, pero

dado el curso de su vida lo *extraño* era prácticamente lo normal para ella.

*Me has traído aquí por él, ¿no es así?*

La única respuesta que encontró fue una silenciosa tranquilidad en su interior, el nerviosismo, esa inexplicable presión se había ido por completo dándole la respuesta que necesitaba.

—No sé tu nombre.

Notó el roce de su boca contra la oreja.

—Cassidy, mi nombre es Cassidy Felon.

Un inexplicable y tibio calor se aposentó en su estómago, cerró los ojos y dejó que el cansancio se la llevase pues, inexplicablemente, sabía que estaría a salvo con él.

## CAPÍTULO 5

—¿Qué llevas puesto?

Neal se detuvo a su lado, lo recorrió con la mirada y enarcó una ceja.

—¿Intentas emular a John Travolta?

—Para eso le haría falta la gomina y un tupé —aseguró Chase, quien se lo estaba pasando en grande. No había dejado de reírse desde el momento en que se presentó en la cabaña para avisarle que las amenazas habían sido neutralizadas por la policía.

—No le des ideas.

Neal era como un oso, ancho y alto, el que además llevase el pelo largo y rizado atado a la base de la nuca, le daba ese aire de gigante.

Su tercero al mando tenía la paciencia que le faltaba a él, su aspecto tranquilo a menudo resultaba engañoso, pues tenía un genio de mil demonios y cuando lo sacaba hasta a él se le erizaba el pelo.

—¿De dónde ha salido ella?

—Cassidy la ha encontrado en la cabaña del guardabosque.

—¿Cómo diablos llegó hasta allí?

—Caminando.

—Sí, claro, ¿con la ventisca que soplaba anoche en el bosque? —Puso los ojos en blanco—. Es humana, no pertenece a la zona, con lo que dudo que la conozca, ¿y sugieres que ella solita cruzó el valle, haciéndolo campo a través y llegó a la cabaña porque sí?

—No olvides que estrelló el coche, eso sí, antes de tirarse de él en

marcha —añadió Chase con ese tonito de ironía que empezaba a erizarle el pelo—. Elías todavía está flipando con la declaración de la muñequita.

Su gruñido surgió sin previa advertencia e hizo que ambos lo mirasen.

—Lleva haciendo eso desde que me dejé caer por la cabaña.

—Quítate esos pantalones antes de que se te quede voz de castrati —le soltó Neal, chasqueó la lengua—, quizá entonces te llegue el riego al cerebro.

Ignoró su pulla, no estaba de humor para tonterías, Bethania llevaba toda la mañana hablando con la policía, dando explicaciones sobre lo que había ocurrido desde el momento en que se vio sorprendida en el aparcamiento del supermercado hasta que terminó estrellando el coche y huyendo de sus secuestradores.

Estaba agotada y dolorida, se había hecho daño en la caída, tal y como le diagnosticó el médico que había llegado con Elías desde Cheyenne Ridge. La doctora Evelyn era una de los pocos humanos de la zona que sabían de su existencia, había llegado en busca de un lugar tranquilo donde vivir y ejercer su profesión, lejos del bullicio de la ciudad en la que había vivido hasta el momento. Shannon Evelyn le caía bien, era una mujer directa, sin pelos en la lengua y no temía a aquellos entre los que vivía. La respetaba y eso ya era mucho decir dentro del mundo en el que se movía habitualmente.

Las dos mujeres habían pasado un tiempo juntas, nada más llegar a *Pine River*, él exigió que fuese vista por el médico y ninguno de los presentes se atrevió a objetar y quién lo intentó fue rápidamente disuadido; los forasteros no tenían voz o voto en lo referente a sus decisiones.

La chica había salido con un brazo en cabestrillo, le habían limpiado los arañazos y, si bien cojeaba un poco al caminar, parecía tener mucho mejor aspecto.

Lo que más le sorprendió de todo fue que ella se detuviese junto a él para decirle que todo iba bien antes de acompañar a Elías y a los dos policías

del estado a aquella sala.

El que lo hubiesen dejado fuera no le gustaba, por otro lado no es que necesitase estar dentro para escuchar lo que decían unos y otros.

—No vas a conseguir moverle de ahí —aseguró Chase—. No lo hará hasta que esa gatita salga y vea con sus propios ojos que no se la han comido.

—¿Vas a acoger a otra hembra más? —bufó Neal—. Pensé que después de Luna habrías quedado escarmentado.

No se molestó en mirarle.

—Luna ha decidido marcharse.

El gruñido que dejó escapar Chase era un claro indicativo de lo que opinaba su amigo con respecto a lo que habían hablado.

—¿Marcharse de hacer las maletas y largarse? —La mirada del hombre fue de uno a otro.

—Va a dejar *Cheyenne Ridge Valley* durante un año —afirmó poniendo sobre la mesa lo que le había concedido a la muchacha—. Quiere irse, necesita hacerlo.

—Y tú lo has aceptado, por lo que veo. —Parecía realmente sorprendido. Sacudió la cabeza y se frotó el barbudo mentón al tiempo que echaba un fugaz vistazo a su compañero—. Bueno, ya era hora de que ambos dejaseis el pasado atrás y empezaseis a pensar en el futuro.

Lo miró, el hombre, así como su beta, eran perfectamente conscientes de lo que aquel episodio había significado para cada uno de ellos.

—No me dio opción a réplica. —Se encogió de hombros—. Dijese lo que dijese al respecto, habría estado de sobra.

—Por eso le pareció mejor beber hasta el amanecer.

Echó un fugaz vistazo a Chase y gruñó.

—Chivato.

Neal se limitó a poner los ojos en blanco, respiró profundamente y lo

miró sin andarse con rodeos.

—¿Y no te llegó la borrachera que tuviste que aceptar el desafío de un cachorro?

—Yo no acepté nada, ese gato idiota apareció ante mi puerta diciendo insensateces.

—Es un cachorro y lo dominan las hormonas, pero deberías recordar que gracias a él y a sus amigos, descubrimos que ese hijo de puta había vuelto al valle.

Sí, ellos habían grabado aquella reunión y la habían puesto en su conocimiento hacía ya unos meses.

—Tú eras igual a su edad.

Enarcó una ceja ante su comentario. Mientras Chase y él pertenecían a la misma generación, Neal era casi doce años mayor que ellos, lo que lo hacía la voz de la experiencia y de la razón; cuando se dignaban a escucharle.

—Yo era peor —reconoció con una mueca. Siempre había sido un gato revoltoso y a la edad de *Junior* era un terrible elemento que volvía loca a su madre. Según ella, todavía la volvía loca con sus cosas cada vez que iba a visitarla a Toronto. Al contrario que él, a su progenitora le gustaba el ajetreo de la ciudad, allí había conocido a su nueva pareja, con la que llevaba compartiendo su vida los últimos seis años. Su padre había dejado ir a una gran mujer para regresar con su amor de juventud, con el cual compartió los últimos tres años. Una larga enfermedad se lo llevó sin darle tiempo a su primogénito de pasar más tiempo con él.

Y él había sido el único lo bastante desquiciado como para quedarse en *Pine River Mountain* y desafiar al gilipollas que lideraba la manada, un capullo integral que miraba más por sí mismo que por su gente.

Había sido su primer desafío por el liderazgo, uno que habían apoyado Chase y Neal, entre otros, que había ganado no sin esfuerzo, sangre y un

montón de huesos rotos.

Llevaba doce años al mando de aquella comunidad y bajo su mano había prosperado hasta conseguir grandes mejoras.

—Menos mal que con los años has... madurado.

Chase se rio entre dientes.

—Depende del día, *mon ami*, depende del día.

—Bueno, volviendo a lo que nos ocupa, ¿vas a cambiarte o ya te has acostumbrado a esas estrechuras? —Enarcó una ceja cuando lo vio mirar hacia la habitación—. Si no lo ha hecho ya, dudo que piense en salir corriendo ahora. Estará aquí cuando vuelvas caminando sin parecer un cowboy.

—Vete a la oficina y cámbiate —lo empujó Chase—, no dejaremos que la señorita albina se marche sin tu consentimiento.

Gruñó ante el tono de su amigo.

—Su nombre es Bethania.

—Y el tuyo es «*oh dios, estoy muy jodido*» —chasqueó Neal—. Nunca te he visto tan *territorial* con una hembra y, socio, está es humana.

—¿Y?

—Acabas de conocerla, no sabes nada de ella y...

—Ya la conocía —interrumpió Chase mirándole con aire de curiosidad—. Lo que vi en la cabaña cuando te alcancé, no era el interés por una desconocida.

Su mano derecha no era quién era por su cara bonita o su acento cajún, lo era porque sabía desempeñar su labor y era lo bastante inteligente para estar al día con todo.

—Si te lo dijese, no me creerías, ninguno lo haría.

—¿Y eso por qué?

Volvió a mirar la puerta y arrugó el ceño.

—Porque fue su voz la que me indicó aquella noche dónde encontrar a

Luna.

Aquello era un secreto compartido únicamente entre los cuatro y, hasta el momento en que encontró a esa mujer en la cabaña, siempre sospechó que se había tratado de alguna especie de alucinación inducida por la desesperación y la conexión que mantenía con su protegida.

—¿Qué quieres decir con eso?

Miró a Chase.

—Te dije que había escuchado algo, que escuché a alguien diciéndome hacia dónde tenía que ir. —Volvió a mirar hacia la puerta cerrada—. Fue a ella, de algún modo, ella fue la que nos condujo esa noche a Luna.

Y esa ocasión había sido tan solo la primera, tras ese momento, ella había estado presente en sus sueños. Primero su voz, luego su presencia y finalmente sus ojos, su pelo, la imagen de la mujer de carne y hueso que encontró en la cabaña.

—La presencia que sentimos entonces, ese extraño empujón —murmuró Neal entre sorprendido e incrédulo—, ¿fue ella?

Los tres habían sentido algo extraño esa noche, una compulsión que los empujó hacia una zona del terreno que habían peinado una y otra vez sin resultado, sin saber por qué o cómo habían avanzado en esa única dirección para encontrarse finalmente con la figura de Luna abriéndose paso en medio del bosque, arrastrándose hacia ellos como una muñeca rota.

—¿Cómo puedes estar seguro de que aquella compulsión era ella? —jadeó Chase, su mirada iba de la puerta cerrada a él.

—Lo estoy —sentenció.

La mujer que permanecía con la policía dentro de aquella habitación era, todavía no llegaba a comprender como, la única que lo había ayudado a salir de una infernal pesadilla.

Gruñó, no pudo evitarlo, quería atravesar esa maldita puerta y ver qué

estaba sucediendo, si bien podía escuchar su voz, quería verla.

—Están tardando demasiado, ya les ha dicho lo que ocurrió, varias veces.

Chase ladeó la cabeza, escuchando.

—Parecen estar buscando algo más, ¿pero el qué?

La respuesta la obtuvieron al escuchar la pregunta que le hacía uno de los hombres que la interrogaban en esa pequeña habitación.

## CAPÍTULO 6

—Usted trabaja como asesora del departamento de policía de William Lake, ¿puede darnos una descripción un poco más amplia de su trabajo?

Bethany reconocía ese tonito en la voz del policía, lo había oído demasiadas veces a lo largo de su vida, sobre todo entre los compañeros de su jefe. Sabía perfectamente a qué se dedicaba, no era un secreto y ese imbécil quería que lo dijese ella misma para poder burlarse con el resto de los presentes.

Miró a los tres hombres allí reunidos, el aura de dos de ellos era típica, casi anodina, pero la del tercero contenía ese extraño brillo que había visto en Cassidy. El sheriff la miraba con rostro tranquilo, le permitía hablar, sin interrumpirla, limitándose a escuchar, su presencia resultaba reconfortante a la par que amenazadora, mientras que los otros dos policías... Bueno, eran igual de idiotas que los compañeros de su jefe.

Respiró profundamente y respondió.

—He colaborado como asesora externa en algunos de los casos de desapariciones del departamento de policía de William Lake, puede pedirle a mi jefe, el detective Landry, un informe detallado de mis labores —respondió con ese tono profesional que solía darle a su voz solo por joder.

—Como médium, quiere decir.

Enarcó una ceja ante el tonillo del agente.

—Prefiero el término que me da mi doctorado —replicó con frialdad—. Soy Parapsicóloga.

—¿Y qué la ha traído tan lejos de su... jurisdicción? —insistió con ese gesto burlón que era difícil de pasar por alto—. ¿Algún caso... extraño... del que tengamos que ser conscientes?

Puso los ojos en blanco, siempre era igual.

—Estaba de viaje —replicó molesta—. ¿Eso es un delito? Porque según yo lo veo, el delito lo cometieron los hijos de puta que atracaron un supermercado, dispararon contra gente inocente y me secuestraron, obligándome a conducir para ellos, mientras me apretaban una puta pistola contra la sien.

Los miró a los tres, el sheriff parecía disimular una satisfecha sonrisa ante su defensa, mientras que los otros dos policías se tensaban ante lo que sin duda era un obvio toque de atención hacia sus labores.

—Ese hombre le disparó a su compañero, el cual iba herido en el asiento de atrás. —Señaló la foto que le habían puesto sobre la mesa—. Me amenazó una y otra vez, así que perdónenme si, para salvar mi propia vida, decidí arriesgarme y saltar de mi propio coche en marcha.

—El hombre que iba en la parte de atrás, recibió un disparo mortal —habló ahora el sheriff—. ¿Llegó a ver cómo Bosco Adams disparaba sobre él?

Así que sabían perfectamente de quién se trataba, pensó al escuchar el apellido de aquel individuo.

—No, solo escuché el disparo, pero dado que había estado dispuesto a pegarle un tiro en el coche y, que según ustedes, había dos hombres más en el bosque... —Se encogió de hombros—. Bueno, no soy policía, pero no es muy difícil ser coherente con esas pistas sobre la mesa.

Un nuevo insulto que no les sentó bien.

—¿A dónde se dirigía? —continuaron interrogándola—. ¿Por qué se ha...?

La puerta se abrió interrumpiendo sus palabras y él atravesó el umbral

con cara de pocos amigos. Se detuvo a su lado y, sin ni siquiera mirarla e ignorando deliberadamente a los dos agentes, se dirigió al sheriff.

—¿Tienes todo lo que necesitas de ella?

Él sonrió divertido, tamborileó sobre los papeles que tenía delante con los dedos, la miró y asintió.

—Sí. La señorita Roswell ya ha dado su declaración y ha identificado a los atracadores, quienes la obligaron a hacerles de conductora —respondió sin dejar de mirarla—. Le rogaría que se quedase un par de días más, mientras se termina con la investigación.

—Teniendo en cuenta cómo ha quedado mi coche, veo difícil el poder emprender cualquier posible viaje en breve —contestó con palpable ironía—. Supongo que podría quedarme algunos días en el pueblo, después de todo...

—Bethania se quedará en Pine River el tiempo que haga falta —atajó Cassidy dirigiéndoles a los presentes una mirada de advertencia—. Si necesitan alguna cosa más, caballeros, estoy seguro de que el sheriff, así como yo mismo, podremos hacernos cargo de ello.

Dicho eso, se inclinó sobre ella, sus ojos se encontraron mientras le tendía la mano.

—Vamos, necesitas descansar.

Posó la mano sobre la que le tendía y notó al momento ese extraño cosquilleo que parecía despertar algo en su interior, su poder despertó brindándole una ola de bienestar y paz que la sorprendió, pero no era nada comparado con la inesperada necesidad que sintió por él.

Lo supiese o no, Cassidy Felon era el motivo por el que había cogido el coche aquella mañana y se había echado a la carrera.

Se apoyó en él y agradeció que no tirase de ella ni decidiese caminar rápido ya que le dolía todo el cuerpo. Con el brazo en cabestrillo, varias contusiones por todo el cuerpo, con especial inciso en la cadera, se movía

igual que una abuelita.

Nada más dejar la sala a la que la habían conducido unas horas antes para hablar con la policía, se encontró con las miradas entre divertidas y curiosas de dos hombres, pero no estaban dirigidas a ella sino a su acompañante.

Reconocía a uno de ellos, lo había visto en la cabaña del guardabosques, Cassidy debía haber dado aviso en algún momento tanto a sus compañeros como a la policía después de que ella terminase desmayándosele en los brazos.

—Has tardado más de lo que esperaba —comentó el hombre con la complexión de una montaña—. Un par de minutos más y te habría empujado yo mismo.

—Son como sanguijuelas —creyó oír murmurar a su reciente rescatador, echó un vistazo por encima del hombro, hacia la sala que habían abandonado y resopló, al ver como los policías parecían discutir alguna cosa con el sheriff—. Invítales a irse tan pronto Elías haya terminado con ellos.

—¿Siempre tratas tan bien a tus invitados? —comentó buscando su mirada.

—No son mis invitados, son un grano en el culo —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Están fuera de su jurisdicción y eso hace que les joda un poquito tener que lidiar con el Sheriff de la zona.

Echó una fugaz mirada por encima del hombro de vuelta a la sala y se encogió de dolor.

—Estás herida, *cher*, podrán arreglárselas sin ti —comentó el hombre con ese curioso acento cajún. Se giró hacia su amigo y añadió—. ¿Quieres que le diga a Hope que prepare una habitación para... tu invitada?

Asintió y se giró hacia ella.

—Hope es la propietaria del B&B de *Pine River*, es una matrona

agradable y cocina muy bien —le informó, como si creyese que necesitaba que la convenciese—. Cuidará de ti mientras...

Negó con la cabeza y soltó sin meditarlo siquiera.

—Quiero quedarme contigo. —La respuesta brotó de sus labios de golpe, sin pensárselo y pareció coger a más de uno por sorpresa.

—Eso ha sido rápido y directo como una bala.

—No pierde el tiempo.

Sabía que se le estaban encendiendo las mejillas y el brillo de diversión en los ojos de los presentes no contribuyó a aliviar su incomodidad. No se lo pensó, tiró de la mano masculina que todavía envolvía la suya, dio un par de pasos atrás y se encontró con una ceja enarcada a modo de respuesta.

No podía explicarle que sabía que eso era lo que tenía que hacer, que tenía que quedarse cerca de él, pues fuese lo que fuese lo que la había traído hasta allí era o tenía que ver con él.

Y a ella le vendría bien permanecer lejos de William Lake, lejos de los problemas que venían asediándola desde hacía casi tres años.

Se pasó la mano por la sien derecha, resbaló los dedos sobre la oculta cicatriz y se lamió los labios, podía imaginarse lo que debía pasar ahora por la cabeza de Cassidy, lo que su declaración podía dar a entender, solo había que ver la cara de sus amigos para dar testimonio de ello.

—¿Podemos hablar un momento, por favor?

Ladeó la cabeza y emitió algo parecido a un gruñido.

—¿Eso es un sí?

—Si no lo veo con mis propios ojos, no me lo hubiese creído —escuchó el murmullo de uno de los hombres—. Pensé que después de Luna, habría aprendido algo.

—Yo también.

Algo en el tono de la respuesta de su compañero la llevó a mirar en su

dirección y, al encontrarse con sus ojos, en el transcurso de un parpadeo, Bethany vio algo que estaba convencida nadie más vería jamás. Había rabia, dolor y desesperación en la profundidad de esos ojos, un eco emocional que había sentido en algún momento de su pasado más inmediato. Era una huella débil, pero sabía que la había tocado en algún momento y creía reconocer ese instante en particular.

—Eras tú.

El aludido enarcó una ceja ante su enigmático comentario.

—¿Disculpa?

Sacudió la cabeza, bajó la mirada y musitó una disculpa.

—Lo siento, solo, hablaba en voz alta.

Optó por darle la espalda y centrarse de nuevo en Cassidy.

—Um... solo será un momento, por favor.

Esos ojos verdes se entrecerraron sobre ella, entonces levantó la cabeza y dio una orden seca a sus compañeros.

—Chase, Neal —los llamó—, aseguraos de que nuestros invitados vuelven a la carretera principal sin incidentes.

—¿Estás seguro de que puedes arreglártelas solo con ella?

El tono de advertencia en la voz de esa montaña humana la llevó a responder.

—No soy peligrosa.

—No, solo eres —la recorrió muy lentamente con la mirada hasta detenerse en sus ojos—. ¿Médium?

Sus palabras, más que lastimarla, la irritaron. No lo había dicho con ánimo de burla, pero sin duda había algo de prejuicio en ellas. Se obligó a respirar profundamente y respondió lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Tienes suerte de que no sea también una bruja o tu jefe tendría que empezar a buscar un exterminador de ratas.

El grandullón gruñó, pero sus labios se curvaron en una divertida sonrisa.

—¿Siempre tienes respuestas tan ingeniosas?

—Solo cuando me encuentro con alguien que sabe apreciarlas —le soltó en el mismo tono.

—¿Y me has concedido tal honor? —sonrió abiertamente. ¿Estaba coqueteando con ella?—. Me dejas sin palabras.

—Lo veo difícil, sigues hablando.

—Cassidy, a menos que quieras instalar un ring para Neal y la señorita albina, te sugiero que aceptes su oferta de parlamento.

—No soy albina —arrugó la nariz, no era el primero que la tomaba por una.

—Mis disculpas, *cher*.

Antes de que pudiese abrir la boca, notó una mano tras la espalda y un ligero empujón.

—Vamos a hablar.

Cassidy volvió a coger su mano libre, fulminó a los dos hombres con la mirada y acompasó su paso al de ella, permitiéndole moverse despacio y lidiar así con las dolorosas molestias que la recorrían de la cabeza a los pies.

## CAPÍTULO 7

*Pine River* era uno de esos pueblos que no aparecían en los mapas, las distintas casas diseminadas cerca del río emplazadas en la ladera del valle convertían la pintoresca comunidad en un lugar acogedor y cálido, un paraíso para aquellos que preferían la tranquilidad por encima del estruendo de las grandes ciudades.

El aire frío le acarició la cara al abandonar el edificio consistorial, la ventisca de la noche anterior se notaba en los tejados nevados, las laderas teñidas de blanco y las calles que todavía estaban siendo trasegadas por los lugareños que, pala en ristre, se ocupaban de limpiar las aceras y entradas de sus parcelas.

—El invierno ha llegado para quedarse.

Cassidy, silencioso a su lado, la miró. Sus ojos decían todo aquello que callaba su silencio, la curiosidad, la desconfianza, la precaución, esa urgente necesidad. Era un hombre tan complejo y silencioso como ansioso.

—Todavía no, pero llegará y cuando lo haga, envolverá todo el valle. — Deslizó la mirada sobre el horizonte y la miró—. Te acompañaré al hostel, estarás cómoda y cuidada.

—Gracias. —Aceptó apretando su bolso. El bolso había aparecido en el coche, junto con la compra que había hecho en el supermercado. Al menos tenía sus pertenencias personales y podría costearse el hostel durante el tiempo que durase su estancia en la zona—. Y gracias también por lo de ahí dentro.

—Solo buscan hacer su trabajo, pero en ocasiones se extralimitan — comentó sin dejar de mirarla—. Aunque, por lo poco que escuché, eres perfectamente capaz de arreglártelas tú misma.

—He oído demasiadas veces ese tipo de comentarios como para que les haga caso. —Se encogió de hombros.

Se quedaron de nuevo en silencio y no pudo evitar echar un vistazo, él seguía mirándola.

—Debo parecerte una auténtica lunática. —Hizo una mueca—. Siento lo que pasó en la cabaña. Yo... er... no sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—A mí me pareció que lo sabías perfectamente mientras me besabas. Su sinceridad la dejó sin palabras.

—No estoy seguro de conocer el motivo o el porqué de todo lo que está pasando, pero imagino que me lo explicarás en algún momento. —No dijo nada más, comenzó a bajar las escaleras y se quedó mirando su espalda.

—Ni siquiera yo estoy segura de tener una explicación —murmuró más para sí misma que para él, se protegió el brazo lastimado con la mano y suspiró antes de acometer la tarea de bajar las escaleras.

Apretó los dientes con el primer paso, el sordo dolor de la cadera se convirtió en una severa punzada con tan sólo el primer escalón, respiró a través del momentáneo dolor, pero el segundo escalón fue una nueva tortura que la hizo detenerse en seco y gemir.

—Tienes dolor.

No era una pregunta, sino una afirmación y una no muy contenta. Ni siquiera lo había visto volver a su lado, pero allí estaba, un par de escalones por debajo, mirándola como si no supiese que hacer con ella.

—A ti también te dolería si te hubieses lanzado de un coche en marcha y hubieses machacado la cadera en el proceso —replicó sin poder evitarlo—. Malditas escaleras.

—¿Por qué no has bajado por la rampa?

Siguió su mirada hasta la susodicha, abierta a un lado y frunció el ceño.

—¿Porque tú bajaste por las escaleras? —Señaló con un gesto de la mano.

Vaciló, miró el tramo que quedaba por bajar y luego a ella.

—Si te llevo en brazos, ¿te haré más daño?

Le sostuvo la mirada, debía estar hablando en broma.

—No quiero que me lleves en brazos.

—Entonces solo te quedará bajar los peldaños haciendo muecas de dolor con cada paso.

Miró las escaleras, le dio la espalda y subió el escalón que acaba de bajar con un nuevo mordisco que la habría hecho gritar de no estar apretando los dientes.

—La terquedad nunca ganó ninguna batalla, Bethania —escuchó un instante antes de notar como perdía el equilibrio al ser levantada en vilo—, pero sí cabreó a más de un soldado.

Contuvo un nuevo quejido ante el movimiento, se quedó totalmente inmóvil esperando que el dolor volviese con rabia, pero todo lo que sintió fue un perezoso malestar.

—Nadie me llama Bethania.

—Bien, en ese caso seré el primero que lo haga.

Le habría gustado protestar, pero estaba demasiado dolorida y cansada para hacerlo.

—Haz lo que quieras.

No la contradijo, en vez de eso se limitó a llevarla en brazos como si nada, avanzando por los senderos recién limpiados, dejando atrás el consistorio para dirigirse al otro lado del pueblo.

La fría brisa hizo que se encogiese y se apretase contra él, buscando una

calidez que le era desconocida y que sin embargo deseaba.

—¿Qué te ha traído a esta región?

Ni siquiera la miró cuando se lo preguntó, pero la urgencia estaba ahí, una necesidad de conocer la respuesta

—Estaba buscando algo.

*Te estaba buscando a ti*, pensó para sí, una certeza que ahora batallaba con la pregunta, *¿por qué?*

—¿Y lo has encontrado?

—Estoy en ello —musitó más para sí misma que para él—. De momento todo lo que he encontrado es algo de lo que pudiese haber prescindido.

—Has vivido un episodio difícil.

—¿Ahora lo llaman así? —Hizo una mueca, más por el dolor que por sus palabras.

—Estás muy dolorida, ¿la doctora Evelyn no te ha dejado algún analgésico?

Se lamió los labios e intentó relajarse, pero no era algo fácil estando en los brazos de un hombre que le duplicaba en tamaño y la llevaba como si no pesase más que una almohada.

—Sí, pero no quiero abusar de ello.

—No abusas de ello cuando realmente lo necesitas y, a juzgar por la forma en que aprietas los dientes y la rigidez de tu cuerpo, estás pasando un mal rato.

—Eres muy observador.

—¿Crees que podrías caminar los últimos dos metros? —señaló con un gesto de la barbilla el edificio a su derecha—. No hay escaleras. Supongo que preferirías...

—¿Entrar por mi propio pie? —completó por él y asintió—. Gracias.

La posó en el suelo muy delicadamente, en otro momento habría

disfrutado de la sensación de sus cuerpos rozándose, pero estaba tan dolorida que lo único que sentía en esos momentos era dolor.

Le llevó unos segundos conseguir mantenerse derecha y luchar a través de las punzadas que le mordían la cadera y el brazo.

—Respira profundamente, intenta relajar la postura, la intensidad disminuirá pronto.

Siguió sus instrucciones y poco a poco consiguió respirar normalmente.

—Dios, duele como el demonio.

—Necesitas volver a la cama y descansar, no estás en condiciones de presentar batalla —aseguró mirándola desde su altura—. Aunque eres capaz de erigir una buena defensa a pesar de todo.

—Si llega el día en que no pueda defenderme, aunque sea de manera verbal, ese día dejaré de ser yo. —Sonrió de soslayo—. Mi jefe tiene la teoría de que solo me callaré cuando me muera.

—Trabajas para la policía.

—Colaboro con la policía cuando necesitan mi... asistencia. —Se encogió de hombros y el simple gesto la hizo apretar los dientes con el dolor—. Pero trabajo como pintora.

—¿Eres artista?

—Sí y no —dudó—. Trabajo para una empresa que se dedica a pintar casas, ya sabes, rodillo, brocha... Suelo encargarme de los trabajos de precisión, es decir, hacer los murales que encargan de manera artesanal.

—Interesante.

—Sí, claro, muy interesante. —Puso los ojos en blanco, sabía lo que pensaba, porque era lo que pensaban todos. Seguro que ya se la estaba imaginando con buzo blanco, gorra y un rodillo en las manos. Hizo a un lado el pensamiento y señaló la entrada de lo que a todas luces era una casa de dos plantas con ese color blanco que parecía mimetizarse con la nieve que había

amontonada en las esquinas. Se veía que habían limpiado el suelo hacía poco —. ¿Ya hemos llegado?

—Sí, aquí es —asintió y añadió, pasando delante de ella para abrir la puerta—. Y no, no te imagino con mono blanco y un rodillo de obra en las manos, sino con un pequeño pincel, mirando la pared con cara de concentración y quizá, solo quizá, con la punta rosada de tu lengua entre los dientes mientras decides cómo vas a dar forma a tu tarea.

Se lo quedó mirando, pasmada.

—¿Cómo lo has...?

Sonrió, esa sonrisa era arrebatadora y muy sensual.

—Tenías razón, eres muy locuaz —asintió divertido—, tanto que dices todo lo que te pasa por la cabeza sin filtros.

Mierda. Se sonrojó, había dicho aquello en voz alta.

—Vamos, te presentaré a Hope y te conseguiremos una habitación en la que puedas descansar.

Optó por seguir sin decir ni mu, lo mejor sería mantenerse en silencio para evitar meter de nuevo la pata.

## CAPÍTULO 8

—Hope, una habitación con cama amplia en la primera planta, por favor.

—¿No quieres además que tenga vistas al río y un yacusi?

—Mejor una ducha —replicó apoyándose sobre el mostrador—. Bethania no está en condiciones de meterse en una bañera, apenas puede subir un escalón sin echar los pulmones por la boca por el dolor.

—¿Pero, a quién me traes? ¿Es otra de tus obras de caridad? —preguntó la mujer saliendo de detrás del mostrador—. ¡Por todos los santos! ¿Qué le has hecho a la pobre chiquilla?

—Rescatarla de las garras de la policía, pero ya estaba así antes de que lo hiciera.

Chasqueó y salió cloqueando como una gallina, era algo que hacía siempre que ponía ante ella a una gatita necesitada de atenciones.

—Sí, me temo que el señor Felon no ha tenido nada que ver con mi actual condición.

—¿Señor Felon? —Le faltó reírse, pues era lo más absurdo que había escuchado hasta el momento—. Es lo más divertido que he escuchado el día de hoy. Gracias.

—A Cassidy no le gusta demasiado su apellido y tiene de señor lo que yo de ametralladora.

—No sabría decirte, Hope, tu boca dispara que da gusto —se burló él, entonces acompañó a la chica—. Bethania Roswell, te presento a Hope Armonie, o Mamá Hope, como la conocemos por aquí.

—Es un placer conocerla, señora Armonie.

—Llámame Hope o Mamá Hope, querida, aquí no somos tan formales —aseguró la mujer y, de un golpe de cadera, lo apartó de ella para rodearla con gesto maternal y ayudarla a caminar—. Cuéntame que te ha hecho ese pedazo de alcornoque, que ya me encargaré yo de leerle la cartilla.

—Cassidy no ha hecho otra cosa que ayudarme, rescatarme, en realidad —aseguró echando un vistazo por encima del hombro para buscarle—. He tenido un accidente con el coche en el que viajaba...

—Sí, sí, el accidente de coche que está investigando la policía —asintió la mujer y miró por encima del hombro para preguntarle a él también—. Espero que hayáis encontrado a los hijos de puta que han protagonizado el atraco al supermercado del que hablaban las noticias y los hayáis hecho pedazos.

Cassidy la señaló con un gesto, advirtiéndole sobre sus palabras.

—Elías se encargó de uno de ellos y la policía estatal del otro —respondió sin dar demasiados datos al respecto—. Han pagado con sus vidas por sus actos.

Vio como Bethania se encogía un poco, sabía que era consciente de la muerte de los atracadores, pues se lo había comunicado la policía.

—No puedo lamentar sus muertes, pero tampoco las deseaba.

—A eso se le llama compasión, querida, algo con lo que muy pocos humanos cuentan en su haber, no la pierdas.

—No tenía pensado hacerlo.

—Bien, bien —asintió y se volvió por encima del hombro para decirle—. Por cierto, hijo, Prudence quiere que te pases por el centro de acogida tan pronto tengas un momento libre.

—¿Qué ha hecho ahora mi soldado en reserva?

La mujer sonrió, sacudió la cabeza y contestó.

—Tu pequeño soldado, creo que nada, lo cual ya es un milagro por sí mismo.

—Lo soborné para que se portase bien a cambio de llevarlo conmigo a correr un día de estos —declaró con un mohín—. El milagro sería que hubiese hecho lo que le he dicho.

—Si sigues así, antes o después tendrás un problema, Cassidy.

No respondió, tampoco es que esperase una respuesta, dio media vuelta y se dirigió a la chica.

—Tienes que estar cansada y este tonto te mantiene ahí de pie, sin hacer nada, lo primero que debes hacer es descansar para recuperarte —atajó Hope guiándola a través del pasillo a uno de los dormitorios libres de la primera planta—. Ya habrá tiempo para charlar después.

—Hazle caso, su palabra es ley.

—¿Vas a merodear por aquí mucho rato más? —le soltó Hope—. Ya la has traído, así que puedes irte.

Bethany se rio, ladeó la cabeza y se encontró con su mirada.

—Gracias por tú amabilidad.

Hizo un mohín, chasqueó la lengua y solo se detuvo cuando llegaron a la puerta de la habitación mencionada.

—No iba a dejarte sola en esa cabaña después de todo por lo que pasaste para huir —aseguró con sencillez—. Soy Rescatador, ¿recuerdas?

Ella bajó la mirada sobre su pecho y sonrió un poco.

—Bien, gatito de rescate, ¿por qué no te vas a casa, tiras esos pantalones a la basura y te pones algo que no te comprima las ideas? —sentenció Hope—. ¿Qué hiciste? ¿Meterlos en la secadora?

Se limitó a gruñir, empezaba a estar harto de las referencias a los malditos pantalones. Cuando pudiese deshacerse de ellos iba a hacerlos trizas.

—Tenía un poquito de prisa para vestirme —gruñó a modo de

advertencia.

La mujer puso los ojos en blanco.

—Hombres...

No replicó, Hope sabía cómo sacarle los colores si se lo proponía.

—Vete a casa o haz lo que tengas que hacer, Bethany querrá descansar, lo necesita.

Sí, ella necesitaba descanso y él despejarse la cabeza, tenía que encargarse de todo lo ocurrido, comprobar que aquel asunto del atraco y la persecución policial quedaba zanjado y su comunidad podía seguir adelante con su cotidianidad. Solo entonces podría concentrarse en esa mujer y lo que su llegada había traído consigo.

—Te dejo en buenas manos —le aseguró—, si necesitas cualquier cosa, solo díselo a Hope y ella se encargará.

Sus ojos se encontraron, ella parecía debatirse entre decir algo o callar.

—¿Volveremos a vernos?

La pregunta lo cogió por sorpresa, pero no dudó en asentir.

—Lo difícil es que no aparezca por aquí, querida —aseguró la dueña del hospedaje mirándole de soslayo—, lo tengo de recadero.

Sonrió para sí, Hope era una mujer muy ocurrente y lo cogía todo al vuelo.

—Ya tienes tu respuesta.

Asintió, solo eso, pero su mirada decía más que sus labios.

—Gracias de nuevo.

Sin otra palabra se dejó guiar hacia el interior de la habitación, está realmente agotada, le llevaría días recuperarse de aquel episodio, posiblemente semanas, pero mientras estuviese allí, él podría verla.

## CAPÍTULO 9

*Pine River Mountain* se veía totalmente distinto bajo la presencia de la nieve, el pueblo parecía envuelto en una gama de tonos blancos, grises y azules que se alternaban con los colores más vivos de algunos de los edificios. Si bien era una de las primeras nevadas, pronto llegaría el invierno y la vida en el valle pasaría a modo invernal.

Dio la espalda a aquella imagen y entró en casa, tiró de la entrepierna del maldito pantalón y masculló para sí. Estaba harto de la maldita prenda, tanto que no se lo pensó dos veces, desabrochó el botón, bajó la cremallera y se lo sacó con tal saña que podría haberlo destrozado de haber sacado las garras. Siguió con la camiseta, la cual salió volando hacia un lado mientras cerraba la puerta con un golpe de talón.

Necesitaba darse una ducha, despejar la mente e intentar centrarse de nuevo en su día a día. Esa mañana había sido la perfecta continuación a la desastrosa noche que había tenido.

Ladeó la cabeza y olisqueó el aire para hacer finalmente una mueca, no estaba solo en casa, al parecer su compañera de vivienda, la cual le había dejado muy claro que deseaba marcharse, todavía no había hecho las maletas.

—¿Cassidy?

La voz que llegó del otro lado de la casa confirmó los que sus instintos le habían comunicado, ignoró el llamado y avanzó a zancadas a través de los suelos de madera de camino a su dormitorio.

—Cassidy, sé que eres tú...

—Enhorabuena, mi querida Watson —replicó con tono irónico—. Me voy a la ducha.

Escuchó los pequeños y rápidos pasos acercándose, entonces un siseo y el frenazo en seco de la mujer.

—Joder, ¿es que tienes que andar siempre en pelotas?

Se detuvo y se giró lo justo para mirarla por encima del hombro.

—No te escandalices tanto, Luna, no tengo nada que no hayas visto ya —le soltó. Sabía que su tono no era el más amable, pero después del encontronazo de la noche anterior, no tenía ganas de ser civilizado con ella—. ¿Qué haces todavía aquí? Anoche parecías tener mucha prisa por largarte.

Arrugó la nariz, siseó y avanzó hacia él con la misma determinación de siempre.

—No se te ocurra hablarme con ese tonito, Cassidy Felon, no soy uno de tus subordinados —declaró deteniéndose en seco junto a él, sus ojos nunca dejaron su rostro—. Al contrario que ellos, yo te conozco bien y no tengo problema en darte una patada en el culo si la necesitas. Y créeme, Cass, estás haciendo méritos para ello.

—¿Qué mierda quieres, Luna? —chasqueó—. Anoche parecías tenerlo todo perfectísimamente claro.

—Y hoy sigo teniéndolo, aunque no puedo decir lo mismo de ti —lo acusó—. Bebes toda la noche y te emborrachas hasta el punto de aceptar el estúpido desafío de un cachorro. ¿En qué mierda estabas pensando?

—Yo no pensaba en absolutamente nada, de hecho, estaba muy tranquilo durmiendo la mona en el porche cuando apareció ese jovenzuelo dando voces y diciendo estupideces.

—¿Y por qué no lo enviaste a casa?

—Tú mejor que nadie sabes que no tengo muy buen despertar —le espetó, le dio la espalda completamente y continuó hacia el dormitorio—,

pero estate tranquila, tu niñato sigue de una pieza, está claro que tiene una flor en el culo, lo ha salvado una llamada del centro de Rescate en Montaña.

—Y esa es otra, ¿qué demonios ha pasado ahí fuera? —insistió, siguiéndole—. ¿Qué hace la policía en *Pine River*?

—¿Su trabajo? —Se detuvo tras entrar en la habitación, se apoyó en la puerta, inconsciente de su propia desnudez y la enfrentó—. Al parecer el valle tiene imán para los accidentes, pues han vuelto a estrellar otro coche y su conductora, la cual es también la víctima de un secuestro, acabó atravesando el valle, dios sabe cómo, en medio de la ventisca para terminar refugiada en una de las cabañas de guarda bosques.

—¿Es la mujer a la que paseaste en brazos por todo el pueblo?

Puso los ojos en blanco.

—¿Por qué será que los cotilleos son siempre los primeros que llegan a tus oídos?

Mala respuesta, pensó tan pronto vio la acusación en la mirada femenina, pero no estaba de ánimo para ser educado, ni siquiera con ella, especialmente no con ella.

—Eres un auténtico hijo de puta —siseó, pero no dio un paso atrás, no dio media vuelta y se marchó, como esperaba que lo hiciese, empujó la puerta y entró en su dormitorio—. Saca la cabeza del puñetero culo y actúa como el alfa que eres.

Enarcó una ceja.

—Si actuase como el alfa que soy, tú no estarías ahora mismo aquí, en mi dormitorio y hablándome de esa manera, Luna —declaró con lentitud—. Estarías en la calle, gritándole a la puerta mientras me ducho y te ignoro por completo. Y mira, es una cosa que me apetece mucho hacer ahora mismo, así que...

Fiel a su carácter, cerró la puerta tras ella y se apoyó de espaldas.

—La mujer, ¿quién es para ti?

—¿Perdona?

—¿Qué es para ti? —insistió sin dejar de mirarle. Ella le conocía mejor que nadie, habían pasado mucho juntos, había sido la única hembra con la que se había permitido bajar la guardia y ahora, eso pesaba entre ellos—. Perdona que lo diga, Cass, pero no se te puede considerar precisamente el etíope de la caballerosidad, así que, ¿llevar una mujer en brazos? Pensé que estaban de broma, pero entonces... la vi y... Y no podía ser verdad. ¿Quién es?

Resopló, ¿por qué no se habría ido ya si eso era lo que quería? No le gustaban los interrogatorios, no cuando quién los hacía era alguien que podía obtener las respuestas que quisiera voluntariamente de él.

—Todavía no lo sé, Luna, por eso he venido, para darme una ducha, despejarme la cabeza e intentar pensar con claridad.

Su sinceridad hizo que ella abandonase esa pose tensa y se relajase.

—Pero, ¿la conocías?

—No es fácil responder a esa pregunta —aceptó, se pasó una mano por el pelo y le dio una vez más la espalda—. Ni siquiera sé cómo responder...

—¿Quién es, Cassidy? ¿Quién es ella?

—Ella fue quién me llevó hasta ti —declaró con sinceridad, aun sabiendo lo absurdo que sonaba eso—. Esa noche... ella fue quién me condujo hasta ti.

La escuchó jadear, dio un par de pasos atrás y cuando volvió a hablar le temblaba la voz.

—Así que... es ella —musitó—. Tenía miedo de haberlo imaginado, de equivocarme.

—¿De qué estás hablando? —Se giró hacia ella, pero no llegó a verla siquiera por encima del hombro cuando las formas que tan bien conocía se apoyaron sobre su espalda, los brazos le rodearon la cintura, las manos

apoyándose sobre su pecho mientras su rostro lo hacía contra su columna vertebral.

—Anoche volví a escucharla, volví a escuchar esa voz que me mantuvo cuerda entonces, que me ayudó a seguir caminando hasta llegar a ti —murmuró y posó la mano sobre su espalda—. Hay algo que no te dije entonces, que no le dije a nadie...

—No es necesario remover en las cenizas, aquello ya quedó atrás. —Le dijo. Sus brazos se ciñeron un poco más, se pegó a él, buscando el calor que aquel frío le había arrebatado—. Luna...

—Esa noche no solo la escuché, Cass, ella me acompañó desde el momento en que conseguí soltarme hasta que me interné en la noche. —Su voz temblaba tanto como su cuerpo—. Creo incluso que me guio por el bosque. No... no sabía si era una alucinación, si estaba siguiendo un fantasma o qué, entonces os vi a los tres y...

Dejó escapar un fuerte suspiro.

—Pensé que estaban vacilándome cuando me dijeron que te habían visto coger a una mujer en brazos y su descripción —resopló—. Tenía que ser una coincidencia, pero entonces la vi entrar contigo en la de Hope y... Era ella, ese pelo, esa mirada... fue ella la que me sacó de aquel infierno y todavía no sé ni cómo lo hizo.

Sus palabras lo golpearon, se giró en su abrazo, buscando su rostro y encontrando sus ojos.

—¿Cómo es posible? —insistió, sus ojos estaban llenos de lágrimas, del dolor por lo vivido y el alivio por haberlo dejado atrás—. ¿Cómo es posible que sea real?

Esa era una pregunta para la que todavía no tenía respuesta, una que él se había hecho desde el momento en que la había visto y, más aún, desde el momento en que ella lo vio a él y lo besó.

—Tendrás que preguntárselo tú misma, Luna, porque yo no tengo la respuesta —aceptó con total sinceridad—. No la tengo ni siquiera después de haber comprobado que lo es, que está aquí y es muy real.

Ella se pasó la mano por el pelo, alejándose de él, le dio la espalda mientras intentaba recomponerse.

—Y tiene que aparecer justo ahora —murmuró—. Ahora que he decidido continuar, seguir adelante.

Fue a ella y la abrazó desde atrás, notando como temblaba.

—Dime que puedo hacerlo, Cass, dime que soy lo bastante fuerte para seguir adelante —susurró y escuchó la duda, el miedo, pero la decisión que había en su voz—. Que puedo salir ahí fuera y encontrar lo que he perdido.

Respiró profundamente y respondió con total sinceridad.

—Puedes hacer lo que te propongas, Luna, eres una mujer fuerte, valiente y debes seguir adelante, debes encontrar tu propio camino y transitar por él —aceptó besándole la oreja—. Recuerda siempre que yo estaré aquí, que encuentres o no lo que buscas, estaré siempre aquí para ti.

Se giró y lo abrazó, ocultando el rostro en su cuello.

—Has sido el mejor hermano, amigo y amante —le susurró al oído—, si no hubiese sido por ti, habría muerto hace mucho tiempo. Gracias por cuidar de mí, por creer en mí y por quererme, Cassidy y, sobre todo, gracias por dejarme ir.

Correspondió a su abrazo, aferrándola, hundiendo su propio rostro en el pelo de ella.

—Busca tu propia felicidad, Luna, todo lo que te pido, es que busques aquello que te haga feliz.

Se separó de él y sonrió abiertamente.

—Lo haré —le rozó la mejilla con los dedos—. Te lo prometo.

Asintió de acuerdo con sus palabras.

—Y mientras estoy fuera, procura... no andar desnudo por casa, ¿quieres? —Hizo una mueca, pero no se perdió el placer de recorrerlo entero —. Es... perturbador... y puede llegar a crear traumas, créeme, lo sé de primera mano.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Termina de recoger tus cosas, sin vergüenza —la soltó y le dio una palmada en el culo—, y deja de comerme con los ojos.

—Qué presuntuoso —chasqueó y se hizo la inocente—, yo no hago tal cosa.

Recibió un beso en los labios y una caricia en la mejilla.

—Te llamaré tan pronto llegue a mi destino —le aseguró—. Gracias por todo.

Negó con la cabeza, le cogió la mano y le besó la palma.

—Que seas feliz, mi Luna.

## CAPÍTULO 10

Bethany se despertó con una sensación de urgencia, abrió los ojos, desorientada y entumecida, se movió y un rampante dolor la recorrió provocándole un gemido. Se quedó quieta, recuperando el aliento, la habitación estaba en penumbra, la misma en la que la había dejado Mamá Hope después de que Cassidy la hubiese dejado en ese lugar.

No pudo evitar recordar la sorpresa en su mirada cuando lo besó, ella misma seguía sin entender por qué lo había hecho, que la llevó a ceder a tal impulso, pero lo había hecho, lo había necesitado, esa era la palabra.

Esa sensación con la que se había despertado siguió cosquilleándole en la mente, como un insidioso abejorro que zumbaba ante la vista de una suculenta flor.

Cerró los ojos, respiró profundamente y se las ingenió para incorporarse en la cama a pesar del dolor que le provocaba cada uno de los movimientos. Estiró la mano buena hacia la lámpara de la mesilla y dejó que la luz se derramase aumentando la oscuridad. Un botellín de agua la esperaba junto a la medicación que le había dejado la doctora.

Buscó el teléfono y comprobó que se había quedado sin batería, no se le había ocurrido siquiera ponerlo a cargar, estaba tan cansada que todo lo que quería era meterse en la cama y quedar inconsciente.

Al menos había podido recuperar la bolsa con las mudas que había metido en el maletero del coche y su bolso, ambos estaban sobre la silla de la esquina, junto a la puerta del cuarto de baño.

Como si su vejiga se hubiese dado cuenta de lo que había detrás de aquella puerta, sintió la inmediata necesidad de hacer uso de él.

La palabra tortura no se acercaba siquiera a lo que le supuso atravesar la habitación, se sentía como si la hubiese atropellado un camión y el tener que ayudarse de una sola mano tampoco contribuyó a su comodidad. Para cuando terminó y volvió a la cama, estaba tan cansada que solo quería llorar.

No le gustaba sentirse tan impotente e indefensa, estaba lejos del lugar que reconocía como su hogar y todo porque había sentido la imperiosa necesidad de echarse a la carretera y conducir hasta allí; para encontrarlo a él.

Cerró los ojos y respiró profundamente, esa sensación de urgencia seguía presente en su interior, le picaba la piel, hacía que le latiese la cabeza y quisiese... salir de aquella habitación.

Levantó la cabeza de golpe, los ojos clavados en la ventana, ahí fuera había algo, no sabía lo que era, pero estaba ahí, en algún lugar y la llamaba.

Se incorporó y tuvo que morderse el labio cuando sintió una nueva punzada en el costado, parpadeó para alejar las lágrimas e hizo un esfuerzo por arrastrarse hasta la ventana. Apartó las cortinas y pasó la mano a través del empañado cristal.

La oscuridad dominaba la calle interrumpida únicamente por la luz de las farolas que iluminaban los copos de nieve que caían con suavidad tiñéndolo todo de nuevo con un manto blanco.

—¿Qué quieres mostrarme? —musitó recorriendo con la mirada por la oscuridad. Podía sentir como latía, escuchar un latido ahí fuera y entonces, las sombras empezaron a cobrar forma y se encontró pegada al cristal, los ojos abiertos exageradamente mientras contemplaba el ágil y grácil cuerpo de un enorme felino color canela caminando a través de la nieve. Su larga cola se agitaba como un látigo, levantó la cabeza, olisqueó el aire y emprendió un ligero trote que lo llevó hasta la acera contraria. Vio como sacudía el cuerpo

de la cabeza a la cola, deshaciéndose de la nieve que salpicaba su piel antes de echar a caminar.

—¿Es un puma?

No estaba segura de qué clase de fauna se daba por la zona, pero aquel no era un gato doméstico, no con esa envergadura. Se desplazó por el cristal, buscando la mejor perspectiva, acompañó el paso del felino con la mirada mientras desaparecía en las sombras y volvía a emerger con forma humana.

El aire se le quedó atascado en los pulmones, sus ojos se abrieron todavía más mientras veía una figura humana avanzando decidida hacia uno de los edificios más alejados de la calle, para finalmente desaparecer de su vista.

Parpadeó, sacudió la cabeza y negó.

—No he visto lo que creo haber visto.

Estaba agotada, dolorida, los calmantes empezaban a hacer de nuevo efecto, era imposible que hubiese visto lo que acababa de vislumbrar a través de la ventana y, a pesar de ello, esa sensación de urgencia que la había despertado persistía. Ahí fuera había algo, algo oscuro y que rondaba las calles del pequeño pueblo emplazado junto al río y ese algo la había traído hasta aquí.

Echó un último vistazo a la calle, la nieve terminaría cubriéndolo todo durante la noche, el amanecer traería consigo un manto totalmente blanco y, con toda seguridad la imposibilidad de transitar por carretera. Las máquinas quitanieves empezarían con su trabajo invernal, aunque imaginaba que los lugareños ya estaban acostumbrados a las inclemencias del tiempo en la región.

Resbaló los dedos de la mano buena sobre el cristal una vez más, sintió el frío bajo las yemas y ese cosquilleo que siempre la recorría cuando había algún misterio por resolver.

Hubiese visto o no un felino paseándose por las inmediaciones, las

posibles huellas que hubiese dejado desaparecerían antes del amanecer, no quería alarmar a nadie sin pruebas, sabía de primera mano como solía reaccionar la gente a lo que «veía» o «sentía» y no quería que nadie volviese a mirarla de aquella manera.

Respiró profundamente, le dio la espalda a la ventana y cojeó hasta la silla, tenía que enchufar el móvil si quería cargarlo y poder usarlo. No es que hubiese mucha gente con la que tuviese contacto, pero aquella mañana se había puesto al volante dejando tan solo un mensaje de voz a su jefe, diciéndole que estaría unos días fuera y un Wasap al detective, lo último que quería era tener a Landry llamándola cada hora para asegurarse de que estaba de una pieza y *él* no la hubiese seguido.

Se encogió ante el pensamiento de la obsesión de ese hombre, de todo lo que había pasado desde el momento en que esa bala se cruzó en su camino y no pudo evitar estremecerse ante un recuerdo que quería olvidar.

El detective era uno de los pocos que conocían esa parte de su pasado y sabía cuál había sido el costo, quizá por ello le había sugerido participar en algunos de sus casos después de que hubiese presenciado, de forma fortuita, como encontraba a un niño reportado como desaparecido.

Había visitado la ciudad guiada por el mismo impulso que la había conducido hasta aquí, se dejó llevar por sus instintos hasta acabar recalando en una vieja fábrica abandonada dónde lo encontró. Era un niño de corta edad, se había escapado de casa porque escuchó una discusión entre sus padres, los cuales estaban en trámites de separación y no lo llevaban precisamente en buenos términos.

El niño se había marchado, ellos ni siquiera se dieron cuenta de ello y, cuando el pequeño quiso regresar, se dio cuenta de que se había perdido. Al final se había refugiado en aquel lugar, asustado, solo y hambriento.

Aún hoy no sabía qué la había llevado hasta allí, qué había hecho que

cogiese el coche, que condujese a una zona de la ciudad que no conocía y todo para encontrarle a él.

Llevar al chiquillo de vuelta a la comisaría había sido sencillo, no así el explicarles cómo lo había encontrado y dónde, solo la presencia de Landry y el que no hubiese dudado de sus palabras, evitó que la considerasen a ella la secuestradora del crío.

Bethany llevaba ya dos años ayudando a la policía, un poco más de lo que llevaba trabajando para la empresa de pintores con los que trabajaba.

Escribió una rápida respuesta, la envió y dejó el teléfono en silencio mientras cargaba, miró una última vez hacia la ventana y dejó que el cansancio la abrazara y el sueño se la llevase.

Curiosamente esa noche soñó con lo que creía haber visto, un enorme gato color arena caminando hacia ella, con unos ojos dorados que poco después se convertían en los de Cassidy.

## CAPÍTULO 11

*Una semana después...*

—El gran alfa de *Pine River Mountain* escondiéndose de una mujer, ¿me lo vas a explicar?

Cassidy ignoró la pulla de Chase y descargó una nueva caja del maletero del jeep, pasó junto a su compañero y subió las escaleras que habían sido limpiadas de nieve aquella misma mañana. La sal todavía brillaba en las aceras y en la calle, allí donde se había esparcido para evitar que se congelara. Hacía frío, su aliento formaban nubes de vapor al hablar, pero agradecía las bajas temperaturas, así como las nevadas que habían mantenido el valle en la última semana pues le había dado una excusa para romper su promesa y mantenerse alejado de esa mujer.

Sí, la había evitado, había permanecido en su hogar como un gato enfurruñado tras la partida de Luna, no quería ver a esa mujer, no quería enfrentar el hecho de que la hembra que lo había perseguido esos últimos días en sus sueños, estaba al alcance de su mano.

Hacerlo era demasiado peligroso, lo había visto claramente durante aquellos momentos en el consistorio, cuando la arrancó de las manos de los policías y cuando la llevó en brazos. Luna tenía razón, podía ser un hombre de honor, pero nunca había sido un caballero, ni siquiera con ella.

Y ahora estaba allí, a escasos pasos de Bethania, ayudando a descargar

los últimos paquetes que habían llegado para el hogar de acogida en un intento por mantenerse ocupado y alejado de la tentación.

—¿Vas a evitarme a mí también?

—Eso es un poco difícil cuando estás pegado a mi cola continuamente.

—Es parte del trabajo, ya sabes, mantenerme cerca para evitar que te despellejen, aunque a veces te juro que quien quiere despellejarte soy yo — insistió Chase depositando una nueva caja junto a la suya—. Y, puesto que Luna ya no está para irritarte, he hecho mía también esa tarea.

—Se te está dando de puta madre, pero al contrario que a ella, a ti no me va a preocupar desgarrarte la garganta si me cabreas más de la cuenta.

—Eres, literalmente, un gato enjaulado, *mon ami*.

Lo ignoró y salió en busca de otra caja.

—Lo mejor sería enviar a esa mujer al lugar del que quiera haya salido.

Una opción que él también había barajado sólo para cabrearse después consigo mismo por el simple hecho de haber pensado en ello para empezar. No quería que se fuera, pero tampoco se atrevía a acercarse, por primera vez en toda su vida adulta tenía miedo de lo que una mujer podría llegar a hacerle, de lo que ella podía significar en su estructurada vida.

—Con las nevadas que han caído esta última semana es prácticamente imposible salir del valle. Estamos pertrechándonos para pasar los próximos días por si las moscas.

—En ese caso, quizá debieses ponerlo también en su conocimiento —lo pinchó Chase—, ya que ella, al contrario que tú, no se esconde.

Puntualizó sus palabras con un gesto de la barbilla señalando al otro lado de la calle, pero no hacía falta, él ya la había olido. Si bien no estaba a la vista, estaba lo bastante cerca como para sentir su presencia y reconocer su aroma. Luchó con la necesidad de levantar la mirada y buscarla, recogió otra caja del maletero y giró para volver al interior de la casa.

—Cassidy, ¿Aiden ha ido a verte esta mañana?

Levantó la cabeza para ver a Prudence caminando hacia él desde el interior de la casa. Su mirada iba hacia el jeep y vuelta a ellos.

—No, el cachorro no ha asomado la nariz por mi propiedad desde la última vez que lo arrastraste de vuelta.

Arrugó la nariz y ladeó la cabeza.

—¿Estás seguro? —resopló la cuidadora llevándose las manos a las caderas—. Chase, ¿no ha andado tampoco a tu alrededor?

—*Non, cher*, no he visto al cachorro desde hace días —aseguró y se volvió hacia él—. Y eso no es ya de por sí extraño, pasa más tiempo a tu alrededor que en el hogar.

Frunció el ceño. Aiden era un cachorro, no tenía más que seis años y era experto en meterse en líos. Cada vez que se escapaba de la casa de acogida terminaba en su porche, hecho un ovillo en su forma felina o sentado en uno de los taburetes de la cocina con una taza de chocolate en las manos mientras le leía la cartilla. El niño era uno de los huérfanos del clan, uno de los siete acogidos en el seno de la manada felina del valle y que procedían de varias regiones del territorio canadiense.

En los últimos años *Pine River Mountain* se había convertido en una especie de santuario para los de su raza, muchos venían en busca de un lugar en el que esconderse de la vida, otros para encontrar el descanso para los últimos días de su vida y otros simplemente abandonaban a sus familias. Estos últimos eran los peores, no tenían perdón.

Aiden había sido uno de esos niños abandonados, no contaba con más de dos años cuando lo dejaron junto al río, con la única compañía de un oso de peluche y una nota en la que decía que el niño «estaba enfermo».

Nunca había odiado tanto a alguien sin conocerlo como odió a los progenitores de la criatura, unos seres anónimos a los que hasta el momento no

había sido capaz de localizar.

Echó un vistazo a su alrededor, agudizó el odio y miró de un lado a otro esperando encontrar algo que le indicase que el cachorro estaba cerca, posiblemente escondido para huir de la reprimenda de su cuidadora.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Lo metí anoche en la cama, pero esta mañana ya no estaba en ella. — Hizo un mohín—. Ese niño está empeñado en hacer que me salgan canas.

—Habrá ido a jugar al río —sugirió, pensando en los pasos que solía dar y la fascinación que había adquirido recientemente con la nieve—. O estará haciendo hoyos en la nieve...

—¿Y de quien es la culpa de que esté correteando por ahí en vez de estar atendiendo a la escuela?

Dejó la caja en su lugar y se volvió hacia ella. La encargada de la casa de acogida era hermana de Hope, un verdadero ángel con los niños, pero un demonio con los machos adultos. Si le ocurría algo a alguno de sus cachorros correría la sangre, sin importar de quien fuese.

—Vale, vale. —Se limpió las manos en el pantalón y la miró de arriba abajo—. Ya voy, no hace falta que saques el látigo.

Quien dijera que las hembras no eran fuertes y fieras, no conocía a las gatas de su clan, ellas solas eran capaces de levantarse en armas y hacerse con el liderazgo, el que no lo hubiesen hecho hasta el momento era solo una cuestión de respeto por ambas partes.

—Lo guardaré para cuando vuelvas con él, así os sacudiré a los dos — declaró con fiereza—. Te lo juro, gato, esto es culpa tuya.

Miró a Chase quien se estaba conteniendo la risa.

—Hazlo y te lanzo al agua.

El hombre rompió en una carcajada.

—Y eso va por ti también, gato *cajún* —replicó ella—. Id los dos y

traedlo de una maldita vez o usaré vuestras pieles de alfombra.

Tuvo el buen sentido de no decir ni una sola palabra, pero lo que no pudo evitar hacer fue mirar hacia el lugar que había estado evitando hasta el momento para darse cuenta de que ella ya no estaba allí.

## CAPÍTULO 12

Bethania dejó el edificio en silencio, le había visto desde la ventana de la habitación, había sentido su presencia como lo hizo a lo largo de la semana, pero había dejado de esperar que viniese a verla. Fuese lo que fuese que había pasado ese momento en la cabaña había quedado atrás, no era así la perenne sensación de que este era el lugar en el que debía estar, que él seguía siendo el culpable de que eso fuese así.

Se arrebujó en la chaqueta, se encasquetó como pudo el gorro con una sola mano y cojeó lentamente por la acera manchada de nieve. Su aliento atravesaba la tela de la bufanda creando una nube de vapor delante de ella, cada paso era lento, pero seguro. El dolor en la cadera había disminuido, si bien persistían ciertas molestias, podía caminar y, sobre todo, subir y bajar escaleras.

—No te necesito —murmuró pensando en ese hombre. Hizo una mueca y dejó que el aire frío de la mañana la envolviese.

Durante la última semana había empezado a socializar con las personas que se alojaban en el B&B, había encontrado en Mamá Hope una compañía agradable y muy elocuente, era una mujer que no tenía pelos en la lengua y capaz de obtener aquello que deseaba, como lo había demostrado al hacerle prometer que haría un mural en la pared que daba entrada a la recepción.

Por ella había empezado a conocer a cada uno de los huéspedes y a aquellos que, como Neal, solían pasarse para arreglar alguna cosa cuando la dueña de la vivienda lo requería. El hombre la había saludado en cada ocasión

en la que se cruzaron, incluso se interesó por su salud, pero en ningún momento surgió a colación el nombre de Cassidy.

El misterioso alcalde de *Pine River Mountain* o el jefe del *clan* cómo había oído referirse a muchos sobre él, era un hombre ocupado, en continuo movimiento, solía colaborar activamente con Rescate en Montaña, de ahí que hubiese sido él quien había dado con ella en la cabaña.

A juzgar por los comentarios que había escuchado y lo que había averiguado en sus tertulias con Hope, Cassidy era el eterno soltero, el hombre deseado por la mitad de las féminas solteras del pueblo, pero en su vida solo había lugar para una tal Luna.

El relato, sí bien escueto, que le había hecho Hope sobre lo ocurrido a esa chica la dejó en shock y prácticamente sin respiración, la buena mujer llegó a pensar que le había dado un vahído por el dolor, cuando la realidad era que aquel relato había tenido mucho que ver con uno de los episodios más profundos que había experimentado psíquicamente.

—Pobre muchacha, solo Dios y ella saben lo que ha tenido que pasar y lo que eso le ha hecho. —Había dicho mamá Hope.

Pero no eran los únicos, ella había estado allí, de una manera extraña y aislada, había estado junto a esa chica, la había acompañado fuera de aquella oscura celda y de la gruesa voz que la hacía temblar. Había sido un esfuerzo tan abrumador que se había pasado la siguiente semana arrastrándose de un lado a otro.

Nunca había sabido si aquello que había ocurrido era real, si la chica habría conseguido huir y recibir ayuda, ahora no solo lo sabía si no que se había enterado también que él culpable había pagado por sus pecados.

—Cassidy va a sentir su pérdida, han pasado gran parte de la vida juntos y ahora ella decide mudarse a la ciudad —chasqueó—. A él también le haría falta seguir adelante.

Le había preguntado por qué no lo hacía y la mujer se había limitado a encogerse de hombros y cambiar de tema.

Si algo le había quedado claro era que todo el mundo parecía sentir no solo aprecio, sino también respeto por ese hombre, alguien que había mejorado la vida de todos los habitantes del pueblo de alguna manera.

Echó un vistazo a su alrededor, procuró caminar a paso lento, tanto por la nieve como por las molestias que persistían en su cuerpo. Era la primera vez que ponía un pie más allá de la puerta del alojamiento, sus salidas habían sido como mucho hasta la acera, para respirar un poco de aire, ver a la gente trasegando por la calle, antes de volver al interior y alternar el descanso con pequeños paseos.

Por la noche solía sentarse cerca de la ventana, mirando hacia la calle esperando ver de nuevo lo imposible, con el paso de los días había llegado a convencerse que lo que había presenciado no era otra cosa que una alucinación provocada por la medicación y el cansancio. Se había sentido tan tonta ideando todo aquello en su mente que se había abstenido de preguntarle a Mamá Hope sobre las posibles amenazas salvajes de los bosques que pudiesen rondar por el valle.

Se estremeció, el aire parecía dispuesto a envolverla en su abrazo, tirando de ella, empujando en una única dirección, la misma que se abría paso en su mente junto con la necesidad de «encontrar» algo.

Al igual que el día que se había despertado y cogido el coche, esa mañana había dejado la cama con una extraña sensación de necesidad. La habitación se había llenado de murmullos que solo ella escuchaba, su mente había dejado el lugar en el que estaba y se había visto a sí misma en otro lugar, rodeada de nieve, con el agua corriendo frente a ella y la caricia del viento envolviéndola. Había sido solo unos segundos, como una visión emergiendo de un sueño, pero quedó grabada en su mente, junto con la imperiosa

necesidad de alcanzar ese lugar.

No entendía a qué obedecía tal necesidad, no conocía cuál era ese lugar o cómo llegar a él, pero al mismo tiempo siempre era consciente de que aquello no era necesario, que lo que quiera que habitase en su interior la conduciría a donde debía estar.

Se detuvo unos instantes para admirar el pueblo que se alzaba a su alrededor, nunca se había aventurado tan lejos y no tenía la menor idea de a donde se dirigía, pero a medida que bajaba empezó a vislumbrar el río y como este serpenteaba adentrándose dentro del valle.

Durante buena parte del recorrido se sintió como si estuviese caminando en medio de las nubes, sentía una ingravidez extraña, avanzaba sin ser consciente de ello, siguiendo hacia delante hasta que llegó a la linde del río .

*«Escucha».*

Parpadeó ante la idea que pasó por su cabeza, el sonido de la palabra que resonó con tal fuerza que la escuchó en sus oídos con su propia voz.

—Escucha —repitió para sí—. ¿Escuchar? ¿Escuchar el qué?

Un chapoteo, el agua salpicando unos metros por debajo de ella, se giró en esa dirección y entrecerró los ojos sobre la pequeña figura que parecía estar lanzando piedras al agua.

Echó a andar por el sendero que bajaba en aquella dirección y a medida que se acercaba comprobó que era un niño. El pelo rubio revuelto, la chaqueta oscura, la bufanda, unos gastados vaqueros y unas zapatillas que parecían haber sufrido un ataque nuclear destacaban contra el blanco de las laderas nevadas y el tono oscuro del agua.

Una nueva piedra salió disparada por su mano, dio un par de saltos en el agua y se hundió. Se movió para coger otra, pero se detuvo a medio camino, se giró como un resorte y fijó unos enormes e infantiles ojos verdes sobre ella.

No debía tener más de seis o siete años, tenía las mejillas y la nariz

salpicada de pecas y los labios ligeramente blancos por el frío.

Bethany levantó su mano libre a modo de saludo.

—Hola.

El niño hizo algo bastante extraño, levantó la cabeza y pareció olfatear el aire durante unos segundos. Su postura tensa empezó a aligerarse tras un momento, ladeó la cabeza y la miró.

—Eres la señora de la ventana.

Sus palabras la tomaron por sorpresa.

—¿Lo soy?

—Siempre estás en la ventana de la casa de Mamá Hope —insistió el niño con un ligero encogimiento de hombros—. Te veo a veces.

—¿Y cómo es que yo no te he visto a ti?

Se encogió de hombros.

—No estás mirando cuando paso.

Un zasca en toda regla, pensó divertida.

—Soy muy despistada, lo reconozco —sonrió.

El niño siguió con su cara seria, bajó la mirada sobre su brazo y luego la miró.

—Eres la señora que tuvo el accidente, ¿verdad?

Hizo una mueca ante lo de señora.

—Me llamo Bethany —avanzó hasta quedarse frente a él y le tendió la mano buena—. Y tú eres...

—Aiden —dijo su nombre mirando su mano extendida, entonces la tomó como todo un caballero—. Estás calentita.

—Y tú, helado —jadeó, pero no retiró la mano.

Él sonrió mostrando un favorecedor y hoyuelo y la falta de varios dientes.

—Es que no me acostumbro a llevar guantes, siempre los pierdo y luego

la señorita Prue se pasa medio día riñéndome.

Prudence era la hermana de Hope, le había hablado muchas veces de la mujer que gestionaba el hogar de acogida y la labor que hacía con los niños.

—Eres uno de los niños del hogar de acogida.

Sus palabras le borraron la momentánea sonrisa y lo pusieron de nuevo en guardia.

—¿Eres una de esas señoras que vienen a ver a los niños para llevárselos a casa? —le preguntó de pronto.

—Um, nop.

No se fiaba.

—Yo ya tengo casa, Cassidy dice que su casa es también la mía.

No pudo evitar parpadear al escuchar el nombre de ese hombre otra vez.

—Entiendo.

Siguió mirándola con esa extraña intensidad.

—¿Te vas a quedar en *Pine River*?

Ahora fue su turno de encogerse de hombros, el gesto le provocó una punzada en el brazo lastimado.

—Me quedaré hasta que haya hecho lo que he venido a hacer.

—¿Y qué has venido a hacer?

—¿La verdad?

Ladeó la cabeza.

—La señorita Prue dice que siempre debemos decir la verdad.

—Y tiene toda la razón —aseguró—. Pues la verdad es que no tengo la menor idea de que hago aquí, pero ahora que lo estoy, este es el lugar en el que debo quedarme.

—Eres muy rara.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Eso es algo que me dicen mucho —aceptó con una sonrisa—. Pero

dime, Aiden, ¿no deberías estar en la escuela?

Ante la mención de la escuela el niño volvió a coger una piedra y la lanzó al río.

—En *Pine River* no hay escuela.

Parpadeó.

—¿No tenéis profesora?

—Sí, la señorita Prue es nuestra profesora, nos da clases en el hogar de acogida.

—De acuerdo, ¿y cuando asistes a esas clases?

Volvió a callar, su mirada puesta en el río, estaba claro que era un tema tabú para él.

Bethany posó la mirada en el río, los colores la llamaban a plasmarlos en un cuadro, en un mural, aquello era lo que pintaría en el B&B.

—¿Te gusta pintar?

Llamó de nuevo su atención y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Yo pinto —continuó—, de hecho, Mamá Hope me ha convencido para que pinte algo para ella en la pared de la entrada de recepción. ¿Te gustaría ayudarme a pintar?

Aquello lo sorprendió.

—¿Por qué quieres que te ayude?

Señaló su brazo herido e hizo un mohín.

—Me vendría bien un poco de ayuda y tú pareces ser la persona indicada —aseguró con gesto adulto, haciendo que el niño se sintiese importante—. Por supuesto, tendrías que pedirle permiso a la señorita Prue y sería solo después de tus clases.

La miró con el ceño fruncido y casi quiso reír.

—No sé...

—Deberías aceptar la oferta de Bethania, Aiden. —Los sorprendió a los dos—. Es mucho mejor que la que tengo yo para ti.

—¡Cassidy!

La cara del niño se iluminó tan pronto vio al recién llegado, una presencia que, estúpidamente, también la alegró a ella.

## CAPÍTULO 13

Destino, coincidencia, la maldita providencia, ¿cuántas posibilidades había de que se la encontrase allí, en el río, hablando con el niño que había salido a buscar? Hoy llevaba el pelo recogido en una trenza, algunos mechones le enmarcaban la cara, la palidez de su piel parecía contrastar con el color rosado que le cubría las mejillas, una marca de la calidez que había encontrado envuelta entre capas y capas de ropa o quizá por el esfuerzo de caminar hasta allí.

Sus ojos tenían ese tono entre azul y gris de sus sueños, pero al contrario que en ellos, su brillo era real, cada una de sus percepciones eran reales, como la mirada interrogante que le dedicaba.

Avanzó hacia ellos, le sostuvo la mirada unos momentos, reconociendo su presencia y acto seguido se centró en el niño.

En honor a la verdad ni siquiera la había sentido en las inmediaciones, había captado la huella del cachorro de puma, pero no la de esa humana; y no era el único.

Chase estaba un paso por detrás de él y había acusado también la sorpresa por su presencia, habían intercambiado una rápida mirada antes de dirigirse hacia el lugar en el que las dos figuras departían.

Los ojos del niño se posaron en él con su usual alegría, pero en cuanto fue consciente de su expresión, la cara infantil acusó el regaño incluso antes de que hubiese dicho una sola palabra. Agachó la cabeza y se mordió el labio inferior.

—Espero que tengas una buena razón para estar aquí a estas horas y no en casa, preparándote para asistir a clase.

Sabía que había una abierta reprimenda en su voz, en su tono no había rastro alguno de simpatía, era un alfa llamando la atención a un miembro muy joven de su manada y el cachorrito actuó en consecuencia. Cassidy tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír cuando lo vio arrastrar los pies en su dirección, los ojos clavados en las punteras de sus húmedas deportivas las cuales habían visto mejores días.

—¿Te das cuenta de que has dejado a Prue muy preocupada por tu ausencia?

—A ella no le preocupo —musitó en voz baja, encogió esos pequeños hombros y añadió—. Dice que no tengo arreglo y que ya no sabe que hacer conmigo, dice que cualquier día me venderá a un circo. No dejes que lo haga, Cassidy, dile que puedo irme a vivir contigo.

Aquella petición no era la primera vez que surgía de la boca del niño y podía imaginarse perfectamente a Prudence diciéndole al cachorrito que lo vendería al circo; Aiden era capaz de acabar con la paciencia de un santo sin demasiado esfuerzo.

—Ella no va a venderte a un circo, Aiden —añadió Chase, quién le había dejado a él la tarea de lidiar con el niño—. Te devolverían en cuanto se diesen cuenta que no te callas ni debajo del agua.

El niño frunció el ceño y miró a su beta.

—No seas tonto, no se puede hablar debajo del agua, Chase.

—Es una expresión, pequeñajo, quiere decir que hablas mucho.

Esos ojos infantiles volvieron a su rostro y lo miró como si le acabasen de apuñalar.

—Dile que no es verdad, Cassidy, dile que no hablo tanto.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Si hablasen un poco más, dejarías de dormir, cachorro —aseguró y vio como el tono de su voz, ahora mucho más liviano, provocaba un cambio súbito en el niño—, pero no te preocupes, nadie va a venderte a un circo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —corroboró y le arregló mecánicamente la bufanda, le peinó el pelo con los dedos y le guiñó un ojo—. Ahora, dale las gracias a la señorita Bethania por hacerte compañía un rato y prepárate para pedirle una enorme disculpa a Prue si quieres conservar el pellejo.

—¿Me puedo quedar hoy a dormir en tu casa? —Pidió con esa vocecita que pretendía ser escuchada solo por él—. Peter ronca y no me deja dormir.

Chase sofocó a duras penas una carcajada.

—Aiden, Peter tiene tres años.

—Y ronca —aseguró el niño todo lleno de razón—. La señorita Prue no me cree, pero es que ella no duerme en la misma habitación.

—Hablaré con ella y veremos qué podemos hacer para que no tengas que escuchar ronquidos.

—¿No puedo quedarme contigo? La señorita Prue dijo que Luna se había mudado —aseguró el cachorro con ojos suplicantes—. Ahora tienes una habitación libre, podría ser la mía.

La lógica del niño a menudo lo dejaba sin palabras, pero aquello iba mucho más allá, era una nueva petición a algo que llevaba barajando el último año, que la propia Prue le había puesto sobre la mesa.

*«Aiden está poniendo todas sus esperanzas en ti, Cassidy, es un niño y necesita una figura a la que seguir. No es bueno para él que lo alientes, que le dediques tanto tiempo si no tienes en mente algo más estable a largo plazo».*

Su primera directriz era el bienestar de esos huérfanos, no solo los acogían, sino que intentaban darles un hogar permanente dentro del seno de su

raza y, en la medida de lo posible, en su comunidad. Pero no era fácil volcarse en ellos y hacerlo de manera lejana, era incluso más complicado para alguien como él. Los gatos eran dados a la compañía, a las muestras de afecto, a mantener el contacto unos con otros y ese niño llevaba impreso en sus genes esas necesidades que a menudo volcaba sobre él.

Si no tenía cuidado, acabaría hiriéndole como había hecho con Luna, pero alejarse de él había resultado ser tan mala idea como lo era hacerlo de Bethania.

Miró a la chica de soslayo, se había limitado a permanecer en silencio, manteniéndose al margen de un asunto que no le concernía, aunque sus ojos estaban fijos en el niño, como si temiese que él pudiese hacerle daño de algún modo y estuviese lista para intervenir.

—Aiden, ¿esa es la manera en la que debes hablarle al jefe?

El labio inferior del niño empezó a temblar, agachó la cabeza y murmuró un bajito perdón.

—Chase...

—Mira que eres capullo.

Los tres se giraron al momento hacia la voz femenina que había resoplado y soltado aquello en un murmullo.

—Uy, lo siento, solo pensaba en voz alta.

—Sus pensamientos son bastante ruidosos, *madeimoselle* Bethania.

Ella se limitó a encogerse de hombros y aprovechó la coyuntura para recorrer la distancia que los separaba.

—Sí, lamentablemente hay ocasiones en los que mi boca va por libre, al igual que mi cerebro —replicó y se detuvo delante de Chase. La diferencia de altura era tal que ella parecía una pequeña cierva delante de un predador—. Un defecto de tantos que tengo.

Su compañero entrecerró los ojos.

—Señorita Bethania, no debería de hablarle así a Chase, él es el...

Cassidy le tapó la boca con la mano, el niño levantó la cabeza hacia él sin comprender y le habló sin necesidad de palabras; había cosas que debían ser mantenidas en secreto frente a personas que no eran de la comunidad.

—Perdón —musitó contra su mano, entonces cerró los labios y se mantuvo en silencio.

La mujer los miró a uno, al otro y luego al niño.

—Gracias por hacerle compañía. —Se obligó a romper el momentáneo silencio entre ellos—. Aiden tiene la... costumbre de escabullirse de casa y suele venir al río.

Esos bonitos y enigmáticos ojos se encontraron con los suyos.

—No tienes que darme las gracias —negó y sonrió al niño—. No he hecho nada. Solo... nos encontramos mientras daba un paseo, ¿verdad?

—Ella vino caminando, pero le duele.

La sincera e infantil respuesta la cogió por sorpresa, no así al resto de los presentes.

—No, que bah, ya estoy bien —aseguró demasiado rápido, inclinándose hacia el niño—. El paseo ha merecido la pena por poder conocerte, Aiden.

El niño, que estaba pegado a él, se relajó visiblemente, sus palabras habían tenido un significado importante para él.

—Parece que después de todo nadie quiere que te vayas a un circo, amiguito. —Le apretó los hombros sobre los que había descansado las manos tras incorporarse—. Dale las gracias a la señorita Bethania por hacerte compañía.

—Gracias por hacerme compañía, señorita Bethania —dijo el chico obedeciendo al momento.

—Ha sido un verdadero placer, Aiden —correspondió ella con una sonrisa.

—De acuerdo, chico, tú y yo nos vamos mientras Cassidy se encarga de escoltar a Bethany a casa de Mamá Hope —intervino Chase, haciéndose cargo del niño y librándole al mismo tiempo de la única excusa que podría tener para no permanecer junto a ella—. Me alegra ver que ya estás de pie, Bethania, en serio. Cass, te veo en el consistorio.

Sin más, cogió al muchacho, se lo llevó a los hombros y se marcharon entre carcajadas.

—Tu compañero no es nada sutil —le dijo ella cuando los dos se perdieron al subir por el sendero—. No es necesario que te quedes o me acompañes, me encuentro lo bastante bien como para desandar el camino que he hecho sola hasta aquí.

Si le hubiese dado una bofetada no habría sido tan efectiva como sus palabras.

—Gracias por haberme dejado en el *B&B* de Mamá Hope, es una mujer extraordinaria —concluyó con una sonrisa cálida—. No te robo más tiempo, que tengas un buen día, Cassidy.

Verla dar media vuelta y alejarse caminando con esa ligera cojera fue todo lo que necesitó para seguirla.

## CAPÍTULO 14

De acuerdo, llegar hasta el río había sido algo instintivo, se había limitado a dejarse llevar, pero el regreso iba a ser un poco más complicado porque no tenía la menor idea de dónde demonios estaba.

¿Por qué no le sorprendía? No era la primera vez que le ocurría algo parecido, cuando trabajaba con la policía llevaba el GPS activado en el móvil para que pudiesen localizarla, así como para tener un punto de referencia en caso de tener que dar media vuelta.

—Como no, ¿por qué ibas a ponerme las cosas fáciles? —suspiró, miró a su alrededor e intentó recordar el lugar por el que había accedido a esa parte del río.

—¿Necesitas ayuda?

Sabía que él estaba detrás de ella, se había puesto en marcha prácticamente al mismo tiempo, pero no se había dado prisa en acercársele. Se giró y allí estaba, con las manos en los bolsillos, mirándola con palpable curiosidad.

—No, gracias.

Volvió a darle la espalda y optó por seguir avanzando en línea recta.

—Bethania, a menos que quieras darte un chapuzón en el río, te recomendaría dar media vuelta y subir por el acceso.

Se detuvo en seco, masculló algo en voz baja, giró de nuevo y, sin mirarlo, desanduvo sus pasos.

—Me temo que la hipotermia solo sería otro problema más que añadir a

los que ya tengo encima —musitó pasando a su lado—. Gracias.

Escuchó lo que podía muy bien ser un gruñido y, un segundo después, lo tenía caminando a su ritmo.

—¿Te has perdido? ¿Es así como llegaste hasta el río?

—No, no me he perdido.

—¿Y por qué tengo la sensación de no tienes la menor idea de cómo salir de aquí?

Se paró en seco, se giró y levantó la cabeza para mirarlo.

—Se me da fatal orientarme, eso es todo.

Volvió a ponerse en marcha, pero él la detuvo, cogiéndola de la muñeca de la mano buena.

—Es por aquí —le informó, señalando un acceso a su derecha con un gesto de la cabeza—. Si sigues recto recorrerás toda la ribera hasta el aserradero y hay un trecho considerable para llegar allí... cojeando.

No le permitió objetar, la guio con suavidad, llevándola hacia un acceso compuesto por rampas y escaleras de madera. Lo reconoció, pero fue como si lo viese a través de la bruma, cómo si lo hubiese visto en algún momento y ahora su mente lo recordase.

—Te acompañaré hasta la calle principal, desde ahí, deberías de ser capaz de seguir...

—No era necesario que prometieses algo que no querías cumplir.

Las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese detenerlas, ambos se detuvieron ante el primer escalón y tuvo que reunir todo su valor para levantar la cabeza y mirarle.

—No es agradable esperar la visita de alguien que no tiene la menor intención de visitarte.

—Lo siento.

Ladeó la cabeza y negó con la cabeza.

—No, no lo sientes.

*Buscar, buscar, buscar, buscar.*

La idea se asentó en su mente, como si alguien le estuviese susurrando al oído.

—No puedes saber qué es lo que siento o dejo de sentir, Bethania.

*Buscar, buscar, buscar, buscar.*

La misma idea que la había traído hasta ese lugar, la misma necesidad y urgencia volvió a palpitar en su interior, pero también era distinto, una necesidad más cercana.

—Buscar —repitió en voz alta.

—¿Disculpa?

Sacudió la cabeza, dio un paso adelante y empezó a pasear la mirada por los alrededores, había algo que no estaba bien.

—No era el niño, no era solo el niño...

—¿Bethania?

Lo miró, se quedó viendo su propio reflejo en esos ojos verdes que la contemplaban con sospecha.

—Algo va mal —murmuró en voz baja, se alejó de él y desanduvo una vez más el camino volviendo al punto exacto en el que había visto al niño—. Es... es algo más, hay algo más...

*Buscar, buscar, buscar, buscar.*

—¿Qué? ¿Qué tengo que buscar?

La imagen de aquella noche la atravesó como un relámpago, volvió a ver esa figura felina, los enormes ojos dorados y, acto seguido, la silueta humana.

—Cassidy, ¿hay pumas en la región?

—¿Qué?

Se giró hacia él, su rostro había mudado a una absoluta y completa

sorpresa.

—Ya sabes, pumas, leones de montaña, ¿hay pumas en los alrededores de *Cheyenne Ridge Valley*?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—¿Por qué lo preguntas?

Se lamió los labios, sabía que si decía en voz alta lo que había visto la iba a tomar por loca, pero esa sensación seguía presente a su alrededor, una persistente urgencia.

—Vas a creer que estoy loca, ¿vale? O que soy incluso más rara de lo que ya crees que soy. —Se decidió a decirle—. Pero lo vi, esa noche, desde la ventana de la habitación del hospedaje, vi lo que indudablemente era un puma... y entonces, ya no lo era, porque la figura que salió de las sombras era humana.

El rostro masculino empezó a mudar dejando a un lado la sorpresa para terminar en una fría inexpresión.

—No sé explicarlo, me he autoconvencido de que lo que vi no era real. —Se llevó la mano a la cabeza—. Pero, sigo viéndolo, esa sensación no hace más que crecer y no desaparece, fue la que me trajo aquí, hasta el río.

—¿De qué estás hablando?

Su voz se volvió muy fría, levantó la mirada y sus ojos habían adquirido una frialdad sobrenatural que la estremeció.

*Buscar, buscar, buscar, buscar.*

La idea adquirió la intensidad de una y mil voces hablando a la vez, se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos con fuerza y el mundo desapareció a su alrededor durante apenas unas décimas de segundo.

*Alguien corría, se movía a gran velocidad, su perspectiva cambiaba con tanta rapidez que sintió náuseas, entonces todo cambió, un profundo dolor la golpeó dejándola sin aire y sintió la mordida helada del agua. Se*

*llevó las manos a la garganta, no podía respirar, no podía...*

—¡Bethania!

Abrió los ojos de golpe, ante ella estaba el rostro de Cassidy, la preocupación batallando con el miedo, soltó el aire al tiempo que musitaba algo parecido a «*gracias a Dios*» y la incorporaba, pues estaba tirada en el suelo.

—Por dios, no vuelvas a hacerme eso jamás.

Parpadeó un par de veces, la sensación de urgencia se redobló en su interior, extendió la mano hasta envolver los dedos en la tela de su chaqueta y le transmitió.

—Encuétrale, tienes que encontrarle.

—¿A quién? ¿De qué estás hablando? ¿Qué está pasando?

—El río... tienes que seguir el río y encontrarle —insistió, luchando por ponerse en pie a pesar de que su movilidad seguía siendo reducida—. Está en peligro, Cassidy, está en peligro.

—¿Quién? ¿Quién está en peligro?

—Un puma.

Sabía cómo sonaban sus palabras, lo había visto una y mil veces en los rostros de sus compañeros, pero no tenía tiempo para el sarcasmo, las burlas o la incredulidad, necesitaba que él la creyese, que la ayudase a llegar a ese hombre antes de que fuese demasiado tarde.

—Siento que está en el río —insistió y luchó para ponerse en pie—, en algún lugar cerca de aquí. Para ti puede que no tenga sentido, pero tienes que creerme, él...

—¿Dónde? —Si la pregunta la tomó por sorpresa fue por el tono con el que la pronunció—. ¿Dónde, Bethania?

Miró a su alrededor, luchó por dejar a un lado los temblores y el repentino frío que la envolvía, apretó los dientes y dio un par de pasos.

*Buscar.*

*Ayúdame.*

Se echó hacia adelante y, de no ser por los rápidos reflejos de Cassidy, se habría caído de bruces.

—Por allí, sigue el borde del río —señaló con urgencia, estirando el dedo en la dirección que le indicaba—. Él necesita ayuda, por favor... ayúdale.

—No te muevas de aquí. —Su voz fue fría, una orden en toda regla que la dejó clavada en el lugar, viendo cómo se llevaba la mano al bolsillo interno de la chaqueta y sacaba de ella una especie de *walky talky*—. Soy Cassidy Felon, solicito un equipo de intervención en la ladera norte del río, a la altura de *Pine River Mountain*, coordenadas...

Empezó a dar una serie de datos y órdenes, solo entonces volvió a meter la radio en el chaleco y se volvió de nuevo a ella.

—No sé quién eres, Bethany Roswell, pero tengo motivos más que suficientes para confiar en tu palabra.

Con eso la dejó allí y se alejó corriendo por la orilla del río, desapareciendo al poco tiempo detrás de una de las casas del embarcadero para no volver a verle.

—Encuétrale.

No sabía si serviría de algo, si había sido buena idea enviarle a él, pero tampoco era que tuviese muchas opciones al respecto. Se aferró con fuerza a la barandilla del acceso y respiró profundamente, seguía teniendo esa imperiosa necesidad de ir hacia el río, él, quién quiera que fuese estaba allí, en algún lugar y necesitaba ayuda. Solo esperaba que esta llegase a tiempo.

## CAPÍTULO 15

—No sé cómo diablos lo has hecho, tío, pero te debo la vida.

Cassidy posó suavemente la mano sobre el hombre que estaba inmovilizado en la camilla, listo para ser trasladado en helicóptero al hospital más cercano. Era un verdadero milagro que siguiese con vida, más aún que lo hubiesen encontrado, si no hubiese sido por la desesperación que escuchó en la voz de Bethania habría creído que, tal y como había dicho la propia hembra, estaba loca.

—No es a mí a quién tendrás que dar las gracias, Hugh, pero eso puede esperar.

El joven puma era uno de los guardabosques de *Cheyenne Ridge*, al contrario que la mayoría de los miembros del clan, él no vivía en *Pine River*, sino que tenía su hogar fuera del valle. Según pudo explicar, había tenido un accidente con el *quad*, el vehículo había volcado y había salido despedido. En la caída había rodado por la ladera más escarpada que bajaba directa hacia el río dónde el cauce se hacía más peligroso. La fuerza del impacto le había roto algunas costillas y, según le avisaron los sanitarios, era muy posible que una de ellas le hubiese perforado el pulmón. Había pasado toda la noche a la intemperie, con la maldita nieve cubriéndolo todo, era prácticamente un

milagro que siguiese con vida, uno que había sido posible gracias a la intervención de esa mujer.

Si no hubiese visto el horror y la urgencia en los ojos de esa rubita, habría creído que estaba loca o, en su defecto, que el accidente le había afectado más de lo que creía.

¿Y la visión de la que le había hablado? Lo había visto a él, había sido consciente de esa noche, cuando volvió trotando al pueblo y se quedó mirando la ventana, pensando en quién era la mujer que había salido de sus sueños.

Había llegado el momento de enfrentarse a quien quiera que fuese esa mujer.

—Me voy con ellos —lo avisó Neal, que lo había alcanzado tan pronto le llegó el aviso de la central—. Te llamaré cuando lo hayan atendido.

Asintió.

—Cualquier cosa que necesite, solo dispón de ello.

—Vámonos —animó a los sanitarios y, todos a una, levantaron la camilla y se trasladaron rápidamente al helicóptero. En el hospital podrían darle la atención necesaria.

Esperó hasta que el vehículo aéreo se perdió por encima de las montañas, respiró profundamente y adquirió su forma felina. Le había pedido a Chase que recogiese a Bethany y la llevase a su casa, necesitaba hablar con ella y quería hacerlo sin tener los ojos de todo el pueblo pululando a su alrededor.

## CAPÍTULO 16

De todos los lugares posibles a los que podía ir a parar, aquel no había sido uno que hubiese estado en su mente, no en los últimos días, al menos. La cabaña de piedra y madera de dos plantas destacaba a duras penas entre los árboles y los alrededores cubiertos de nieve, era cómo si alguien hubiese trasladado una cabaña típica de una estación de esquí y la hubiese emplazado allí, en lo alto del valle, con unas impresionantes vistas sobre el pueblo y el río a sus pies.

Era un edificio con mucha luz natural proporcionada por los grandes ventanales de la planta alta, el porche elevado sobre los pilares de madera le daban un aspecto de mirador y, solo podía imaginarse las vistas que debían de apreciarse desde esa posición. El conjunto era curiosamente perfecto para la zona y, de algún modo, encajaba con el hombre que parecía ser Cassidy Felon.

Se acercó al hogar que caldeaba la habitación de techos altos del salón, el fuego crepitaba en la chimenea después de que Chase la hubiese encendido para ella. El hombre se movía por la vivienda como si la conociese, lo cual tenía sentido, había sido él quien la había recogido y llevado hasta allí, su voz había tenido un matiz de recelo en todo momento, cómo si no terminase de confiar en ella o, más bien, como si temiese que pudiese abrir la boca y decir algo que lo afectase directamente.

Al parecer, su palpito había sido nuevamente certero, habían encontrado a una persona cerca del río, le había informado, un guardabosques que había sufrido un accidente. Contusiones, una pierna rota y la posible perforación del

pulmón, era prácticamente un milagro que siguiese vivo tras haber pasado la noche a la intemperie, una noche invernal.

La urgencia que había sentido, la que la había puesto en movimiento obedecía a la premura por dar con ese hombre y esta no cejó en su insistencia hasta que llegaron a él. Solo entonces ese tirón en su interior se diluyó como el agua, envolviéndola en una calma total y un agotamiento que apenas le sostenían las piernas.

Se volvió de un lado a otro echando un vistazo al largo y abierto espacio en el que se emplazaba la cocina, el comedor y el salón con esa enorme chimenea de rústica piedra, el mobiliario moderno y de calidad contrastaba con el aire rústico de la vivienda. La decoración era una mezcla extraña, tenía ese típico tono masculino, pero también poseía la típica mano de una mujer en los detalles y la elección de ciertos elementos; aquello sin duda había sido cosa de Luna, la mujer con la que había convivido el propietario de la casa.

Le dio la espalda al fuego, calentándose el trasero, a su derecha, la escalera de barandilla industrial llevaba al piso superior, una puerta de granero colgaba de los raíles permitiéndole ver parte de una nueva sala de estar.

Sintió un cosquilleo en la parte de atrás de la nuca, no se trataba de su don, sino de algo más mundano, más terrenal, la curiosidad propia de la humanidad. Habiendo visto el primer piso, podía imaginarse a dónde llevaba aquella puerta, se acercó a la barandilla, posó los dedos sobre el frío metal y se detuvo al sentir cómo despertaba en su interior, se giró, sabiendo que la puerta principal situada al otro lado de la planta baja se abriría de un momento a otro.

Chase se había limitado a traerla, instalarla en el salón y decirle que esperase, que Cassidy volvería tan pronto pudiera. No era necesario preguntar por qué la había traído aquí y no la había llevado de vuelta al hospedaje, lo

había visto en sus ojos, así como en los del propietario de esta vivienda cuando la dejó junto al río.

El sonido de las bisagras se unió a la voz masculina mientras la puerta principal se abría para dar entrada a su inquilino.

—¿Bethania?

Avanzó, atravesando el enorme dintel que dividía el espacio abierto y separaba el área de la cocina-comedor del salón.

—Estoy aquí.

La puerta se cerró tras él, vio cómo se frotaba las manos un segundo antes de llevárselas a la cremallera de la chaqueta de travesía y así poder quitársela. Tenía el pelo revuelto, ligeramente húmedo y el rostro serio, algo pálido, sin duda por el frío que se había instalado aquella mañana en el valle producto del ambiente invernal.

Dejó la chaqueta en el recibidor y se sacó las botas sin pensárselo mucho antes de pasar al suelo de madera totalmente descalzo. Esos ojos verdes se fijaron por fin en ella, la recorrieron de arriba abajo y terminaron encontrándose con los suyos. No había vacilación ni en su paso ni en su mirada, la cual proyectaba la pregunta que no tardó en traspasar sus labios.

—Quién coño eres, ¿eh? —preguntó y extendió el brazo hacia la puerta—. ¿Cómo es posible que supieses...? —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo has sabido que él estaba allí?

La intensidad de su mirada la quemó, su tono no llegaba a ser agresivo, pero sí contenía cierto grado de urgencia y determinación. Quería una respuesta, estaba decidido a obtener esa respuesta aunque esa no tuviese mucho sentido para él.

—¿Por qué te cueles en mis sueños?

Parpadeó ante esa última pregunta.

—¿Has... soñado conmigo?

Se detuvo delante de ella, ambos frente a frente a cada lado del umbral. La diferencia de estatura era considerable, pero eso no la amedrentaba, sus palabras eran suficiente para que deseara saber más.

—No solo te he visto en mis sueños, tú... tú estabas ahí esa noche — insistió, su voz se tornó dura, agónica, como si el solo recuerdo de aquello lo enfermase—. Fue tu voz, fuiste tú quién me llevó hasta ella... quién sacó a Luna de aquel lugar.

Retrocedió como si la hubiesen golpeado, la ligera pérdida de equilibrio la llevó a pisar mal y el dolor la atravesó como un agujón. Habría terminado en el suelo si él no la hubiese sujetado, atrayéndola contra él.

—Maldita sea —masculló antes de cogerla en brazos y trasladarla en un par de zancadas hasta el sofá—. Esto es una auténtica locura. —La depositó en el sofá y empezó a moverse de un lado a otro, pasándose las manos por el pelo, desordenándose por completo—. ¿Cómo es posible que supieses que estaba ahí fuera? ¿Cómo sabías que necesitaba ayuda? Es probable que le hayas salvado la vida al dar aviso de su situación.

No dijo nada, no sabía cómo responder a eso, nunca lo había sabido.

—Di algo —la increpó—. ¿Quién demonios eres?

Se sobresaltó por la fiereza en su voz y no pudo hacer otra cosa que responder a la defensiva.

—¿Qué quieres que diga?

—¡La verdad, Bethania! —avanzó hacia ella, intimidándola con esa intensidad salvaje, sus ojos parecían volverse más intensos, inhumanos—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido a *Cheyenne Ridge Mountain*?

—¡Por ti! —respondió en consonancia, con la misma desesperación con la que la increpaba él—. Ni siquiera sabía a dónde tenía que dirigirme, solo que tenía que salir y conducir hacia el noroeste. Me encontré con esos hijos de puta en el supermercado y lo único que podía hacer era seguir adelante... Al

llegar a la altura del desvío supe que este era el lugar en el que debía estar, al que debía llegar y entonces apareciste tú en esa cabaña y... y solo lo supe.

Se cubrió el brazo en cabestrillo con el bueno a modo de protección.

—Y lo mismo pasó esta mañana, sabía que debía llegar al río, que alguien estaba en peligro —levantó la cabeza y lo miró—. Es algo que simplemente sé, solo me viene y lo sé.

Le sostuvo la mirada durante unos momentos, podía verlo lidiar con sus palabras, la dicotomía que se estaba produciendo en su interior.

—Mira, sé exactamente como suena eso —lo atajó antes de que pudiese decir algo más—. Sé que no tiene sentido, probablemente pienses que estoy loca y bueno, no te culpo, yo misma cuestiono mi salud mental demasiado a menudo, pero cada cosa es verdad.

Siguió con esa intensidad en su mirada, pero algo cambió en su lenguaje corporal, la tensión empezó a diluirse al igual que la suya propia.

—Dijiste que eras colaboradora especial de la policía —comentó, recuperando lo que le había dicho una semana atrás—. ¿Es esto lo que haces?

—Colaboro con ellos cuando hay alguna desaparición o se notifica algún secuestro —aceptó, se lamió los labios y suspiró—. No siempre puedo serles de ayuda, yo... yo no puedo acceder a... esto... a mi antojo, es... no sé cómo explicarlo, solo sucede cuando llega el momento y ya.

—Ellos dijeron que eras *vidente*.

—Prefiero considerarme a mí misma una psíquica. —Se encogió de hombros—. No tengo ninguna facultad para ver el futuro, ni para ver... cosas que otros esperan que vea, yo solo... siento algo, a veces es solo una sensación, otras... se convierte en algo más físico.

Cassidy abandonó por fin esa mirada intensa, avanzó hacia ella y se dejó caer en la baja mesa de madera que estaba delante del sofá, frente a ella. Incluso así, él seguía siendo una presencia impresionante, era como si se

hubiese metido con un león dentro de una jaula; o un puma.

—Me reconociste al verme —murmuró, sus ojos estaban ahora sobre las manos cruzadas entre sus piernas—. Pensé... pensé que me estaba volviendo loco, tú... tú no eras real, no eras otra cosa que una voz que surgió en mi mente en un momento de extrema desesperación, una figura borrosa que creí ver en el bosque cuando ella... —Se quedó callado, sacudió la cabeza y la levantó, encontrándose de nuevo con su mirada—. ¿Cómo es posible que seas real? Bethania, te he visto, te he oído... y no he sido el único. Tú... tú la salvaste, la sacaste de allí y me condujiste a ella.

A su mente volvieron aquellos sucesos de hacía más de un año, el episodio más intenso y aterrador que había vivido en toda su vida. Recordaba cada una de las emociones, el miedo, la desesperación, las había vivido a través de los ojos de otras personas, se había proyectado a sí misma de una manera que jamás creó posible y que nunca había vuelto a hacer.

Durante mucho tiempo pensó que no eran otra cosa que alucinaciones, que lo que había vivido no era real, pero entonces él había aparecido ante ella en esa cabaña, de carne y hueso, tal y como estaba ahora y no tenía una explicación lógica para ello.

—Te has pasado toda esta última maldita semana metida en mis sueños —insistió él con tal tono de fastidio que no pudo evitar responder de la misma manera.

—Y tú en los míos.

Aquello lo cogió por sorpresa, pudo verlo en la fugaz expresión que cruzó por sus ojos.

—Has estado en ellos desde esa noche de hace más de un año —confesó en voz baja—. Os vi a los dos, os escuché, pero sobre todo a ella. —Se estremeció al recordar esos breves, pero horribles momentos—. No sé cómo ocurrió, cómo se dio semejante conexión, pero sentí lo que ella sentía, vi lo

que ella veía...

—Dios mío.

—No podía dejar que se rindiese, tenía que resistir, tenía que llegar a quien la estaba buscando —aceptó. Había sentido la conexión entre ellos y se había aferrado a ello como un cable de salvación—. Hay algo que me empuja, una coacción que me guía y a la que no puedo resistirme. En ocasiones pierdo hasta la noción del tiempo, no sé lo que estoy haciendo o hacia dónde me dirijo hasta que llego a ese lugar y pensé que esa misma coacción podría hacer que ella corriese, que huyese. —Hizo una pausa para lamerse los labios que notaba repentinamente resecos—. Supongo que fue lo que logré inculcar en ella, porque en algún momento sentí su agitación en la huida, la necesidad desesperada de correr, correr y correr.

Y entonces lo había sentido a él, había sentido su desesperación, su dolor y una rabia inhumana que lo ensombrecía todo. Le había tocado y sintió algo inhumano, algo salvaje y peligroso, una rabia puramente animal, había visto a través de sus ojos durante unas décimas de segundo y supo que era él.

—Te busqué sin saber quién eras, sin saber si me escucharías y esperé que pudieses llegar a ella.

Y fue a través de la muchacha que le había visto por primera vez, esos ojos verdes, su rostro pétreo entonces lleno de preocupación y el pelo revuelto como ahora, húmedo y desgreñado.

—Te escuché. —Sus palabras la sacudieron devolviéndola al presente, a esos ojos verdes fijos en ella—. Y te vi, de alguna manera, te vi allí, con Luna... y luego ya no estabas.

Respiró profundamente, apartó la mirada y buscó hacer lo de siempre, quitarle hierro a todo lo ocurrido.

—No soy peligrosa, ni contagiosa y mi mente va por libre la mayor parte del tiempo —le aseguró con lo que esperaba fuese un tono de voz ligero

y descuidado—. Y, por encima de todo, no soy vidente y tampoco médium, no tengo contacto con los muertos ni nada tan macabro.

Cassidy se llevó las manos a las rodillas y la recorrió con la mirada de forma lenta y premeditada.

—Eres psíquica y te cueles en mis sueños.

—Sí a lo primero y, lo siento a lo segundo, no es algo que haga habitualmente, de hecho, ignoraba que hubieses soñado antes conmigo o que me hubieses visto siquiera para empezar.

—Luna también te vio, ella fue consciente en todo momento de tu presencia, no supo que eras real hasta que... llegaste a *Pine River Mountain* y te vio conmigo.

Asintió.

—Escuché que se había mudado.

—Los fantasmas la han perseguido durante mucho tiempo, ya es hora de que los deje atrás y encuentre su camino.

—¿Tú has podido hacerlo? —respondió por inercia, sabiéndolo aún si no lo había mencionado en voz alta—. ¿Has podido dejarlos atrás?

—Digamos que los míos han empezado a desvanecerse desde que tú estás aquí.

## CAPÍTULO 17

Cassidy no sabía que era lo que iba a encontrarse, en realidad, casi esperaba que la chica se hubiese negado a ir con Chase y hubiese vuelto a el hospedaje de Hope, pero tampoco podía ignorar el alivio que sintió al abrir la puerta y captar al momento su aroma, escuchar su voz cuando pronunció su nombre. Bethany Roswell se había convertido en una enigmática obsesión que solo ahora empezaba a desentrañar.

Dejó sobre la mesa auxiliar una bandeja con sendas tazas de café y unos bocadillos que había preparado en un momento, tendió una de las tazas a su invitada y se dirigió a la chimenea, para alimentar el fuego.

—¿Qué te hizo coger el coche y echarte a la carretera? —preguntó desde su posición frente al fuego, introduciendo un leño tras otro en el hogar—. No es precisamente la mejor época para hacer un viaje.

La escuchó soplar suavemente, sin duda intentando enfriar su bebida.

—Supongo que lo mismo que hizo que estaba mañana dejase el hospedaje y me acercase hasta el río —respondió en tono bajo—. No hay una razón aparente, solo sé que es algo que debo hacer, que hay algo que debo encontrar y me siento compelida a ello. Es como si tuvieses una vocecilla en tu cabeza que te dijese que hacer, tu propia voz en realidad, resulta tan convincente que no piensas, solo reaccionas.

—En la cabaña, cuando me acerqué a ti, dijiste: *Te encontré*. —Era algo que no podía sacarse de la cabeza ya que era la misma sensación que había tenido él, lo mismo que había pensado al verla—. ¿Por qué?

Volvió a dejar la taza sobre la mesa, haciendo un esfuerzo al llevar el brazo en cabestrillo, suspiró y levantó la mirada hasta encontrarse con la de él.

—Porque cuando salí esa mañana, tenía clara una única cosa: tenía que encontrar algo o a alguien —respondió con sencillez—. Cuando me puse al volante solo sabía que debía conducir, que tenía que ir hacia el noroeste. Me

detuve en el supermercado por necesidad, iba a descansar un rato, comer algo y continuar con mi camino cuando esos cabrones aparecieron pegando tiros. No tenía la menor idea de lo que me esperaba, en honor a la verdad, solo quería que me dejaran ir, me daba igual que se quedaran con el coche, solo quería alejarme de la maldad y el horror que los rodeaba, especialmente quería mantenerme lo más lejos posible del copiloto.

Se apoyó contra el respaldo del asiento, levantó la mirada hacia el techo y se quedó contemplándolo pensativa.

—Volvía a sentir esa imperiosa necesidad de seguir adelante, de algún modo me aislé de todo lo que me rodeaba hasta que vi el desvío y, entonces todo se fue al infierno. —Volvió a bajar la cabeza e hizo una mueca—. Correr, eso era lo que tenía en la mente, lo que oía una y otra vez: Correr, correr, correr. No podía escuchar nada más, en mi mente no había otra idea y fue lo que hice, corrí hasta que ya no pude más.

Resopló, como si no pudiese reconciliarse con lo que estaba narrando.

—Sé que recorrí una distancia de más de ocho kilómetros a través de la montaña, o eso fue lo que me dijo la policía, aunque no tengo la menor idea de cómo lo hice. Tampoco recuerdo cómo terminé en esa cabaña aunque sí sé que encendí el fuego y puse a secar mi ropa —resumió con gesto pensativo—. Y entonces, tú estabas allí, te había visto esa noche hacía más de un año, me habías acompañado en sueños y allí estabas, sencillamente tú encajabas en aquella locura. Salí a buscar algo y acabé por encontrarte a ti. Tú eras la confirmación de que había llegado a dónde debía y, después de lo de esta mañana, ya no me quedan dudas. Desde el principio, mi destino fue llegar a *Pine River Mountain*.

Cassidy cogió su taza de café y se sentó en uno de los sillones contiguos al sofá.

—Y ahora estás sentada en el sofá de mi salón —concluyó él

contemplándola una vez más, repasando el tono claro de su trenza y ese indefinido color entre azul y gris de sus ojos—. Y eres de carne y hueso.

—Creo que el hecho de que me haya hecho daño en la cadera y tenga el brazo en cabestrillo es un buen indicador de ello, ¿no?

Sonrió, sus palabras eran ligeras, destinadas a quitarle hierro a aquella trascendental conversación.

—Fui consciente de que eras real cuando me besaste —respondió con lo que pretendía ser la misma ligereza, pero su tono adquirió un matiz totalmente distinto—. En ese momento me di cuenta de que no eras ya un producto de mi mente, sino alguien de carne y hueso que olía deliciosamente bien.

Sus mejillas adquirieron un suave rubor, apartó la mirada y optó por coger un bocadillo.

—¿Y fue esa realidad la que te llevó a ignorarme durante toda esta pasada semana?

No ignoró su acusación, no era la primera que dejaba caer sobre él, pero esta vez había sido muy directa.

—Falté a mi palabra.

—¿Tu palabra significa algo?

—Me gustaría pensar que sí o *Pine River Mountain* se habría ido a la mierda hace mucho tiempo y no sería lo que es hoy —confesó—. Quizá haya hombres para los que el honor no signifique nada, pero para mí y para mi gente, significa la supervivencia.

Dejó su propia taza sobre la mesa y apoyó los codos sobre los muslos y dejó caer las manos sobre las rodillas.

—No sé qué hacer contigo.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. —No pudo evitar sonar irritado, ya que así era como se sentía—. No sé qué hacer contigo, Bethania. No sé qué hacer con alguien

que se suponía era producto de mi calenturienta imaginación y que se ha encarnado en carne y hueso. No sé qué hacer con lo que provocas en mí cuando te tengo cerca, ni siquiera sé por qué te he buscado cada noche, pero lo he hecho, no sé por qué te deseo...

—...te deseo cuando ni siquiera te conozco.

Aquella última frase fue pronunciada a dos voces.

—Es un alivio saber que no soy el único al que han jodido el cerebro.

—Mi cerebro lleva jodido demasiado tiempo, he llegado a la conclusión de que ya no tiene arreglo. —Se encogió de hombros—. Con todo lo que me pasa, no hay neurona que sobreviva.

—¿Cómo haces para mantenerte... cuerda?

—¿Quién ha dicho que lo esté?

—Bueno, sigues ahí sentadita, como toda una dama y no te has puesto a correr de un lado para otro agitando los brazos.

—No podría agitar los brazos aunque quisiera.

—Tampoco le has arrancado la cabeza a ningún pollo.

—Qué asco.

—El pollo está rico.

—Sí, el que compras en la tienda que ya está muerto y no le tienes que arrancar la cabeza.

Se echó a reír, la conversación era tan absurda que se miraron y ambos rompieron a reír.

—De acuerdo, esto va degenerando por momentos, volvamos al principio.

—¿Te doy miedo? —La pregunta fue pronunciada en voz baja, con un tono tan preocupado que ni siquiera la sonrisa que lucía pudo ocultarlo.

—¿De dónde has sacado semejante idea? —La señaló por entero—. ¿Te has mirado en un espejo? Ahora mismo pareces un zorrillo ártico herido.

—¿Un zorrillo ártico?

—Eres pequeña, blanquita, mona e igual de mullida —aseguró guiñándole el ojo—. Vamos, intento sonsacarte una sonrisa, colabora.

Parpadeó como un búho y finalmente dejó escapar una risita.

—Eres ocurrente, lo reconozco, nadie me ha comparado jamás con un zorro.

—Falta de imaginación.

—Sí, estoy segura de que se trata de eso —sonrió y sacudió la cabeza. La tensión había vuelto a desaparecer, así como la preocupación en su rostro—. Gracias, Cassidy.

—¿Por qué?

—Por hacer que esta locura resulte algo normal.

—No has tenido mucha normalidad en tu vida últimamente, ¿no? —chasqueó—. De lo contrario no podrías considerar esto algo normal.

—¿No has escuchado lo que dije? —bromeó ella—. Oigo voces, tengo un GPS sobrenatural que me guía a toda clase de desastres.

—Te ha guiado hasta a mí, ¿te parezco un desastre?

Negó con la cabeza.

—No, tú *eres* un encanto.

—Hablando de cosas que nunca me han dicho antes...

—Has estado en mis sueños durante más de un año, me has hecho compañía, pero no es sino ahora que realmente empiezo a verte, a saber quién eres.

—¿Y quién soy?

—Alguien que podría abrirse camino dentro de mí y arrasar con todo dejándome hecha pedazos. —Tan pronto esas palabras dejaron sus labios se arrepintió de haberlas pronunciado—. Y a esto es a lo que me refería cuando digo que mi boca va por libre. Hablo demasiado. ¿Podemos hacer como si no

hubiese dicho una sola palabra? Borra esa última frase.

—No, no la voy a borrar, es refrescante escuchar a una mujer decir lo que piensa sin andarse con subterfugios —aseguró restándole importancia a la revelación, aunque sus palabras lo habían calado.

—Eres uno de los pocos hombres que conozco que opinan de esa manera.

—Soy un raro espécimen en mí mismo, te lo aseguro.

Esos enigmáticos ojos se encontraron de nuevo con los suyos, había algo que lo llamaba a perderse en ellos.

—Y no es algo que estés diciendo de manera metafórica —comprendió, sabiendo que lo que había visto era lo que tenía ahora frente a ella—. Viniste a verme cada noche, pero nunca cruzaste la calle.

—¿Otra de tus apreciaciones psíquicas?

La elección de palabras era arriesgada, pero no quería aferrar todavía ese cable de alta tensión con las manos desnudas, no hasta estar seguro de que no moriría por ello.

—No —negó sin despegar la mirada de él—. No lo fue, ¿verdad?

—No, no lo fue.

Ya está, las cartas estaban encima de la mesa, la verdad puesta a sus pies, ahora solo faltaba ver si iba a recogerla o la pisotearía como habían hecho otros antes que ella.

Nunca nadie era tan vulnerable como cuando desnudaba su alma, cómo cuando dejaba en manos de otra persona un secreto del que dependía su vida, su propia supervivencia y dejarlo en las manos de alguien a quien solo conocías de verla en sueños, era sin duda el mayor de los riesgos.

—Te busqué después de vagabundear durante horas por la nieve cada noche —admitió en voz baja—. Quería verte, era una necesidad inexplicable que sigue ahí, que me empujaba sin piedad y a la que cada vez me cuesta más

resistirme. Me has preguntado si te tengo miedo, Bethania, no es a ti a quién temo, es esta locura lo que me eriza hasta el pelo de la cola. Porque tengo cola, cuatro patas, unas orejas encantadoras y un pelo muy, pero que muy suave. Debajo de esta piel de hombre existe otra, una que no muestro a todo el mundo.

Ella lo recorrió con la mirada, como si buscara debajo de su aspecto aquello que acababa de relatarle, entonces volvió a encontrarse con sus ojos.

—¿Me la mostrarías a mí, Cassidy?

Le sostuvo la mirada en un intento por encontrar en esos ojos claros la respuesta adecuada.

—Con una condición —ronroneó, literalmente—. Tienes que rascarme detrás de las orejas.

## CAPÍTULO 18

Sí, tenía una larga cola dorada con la punta del mismo tono negro que la parte superior de sus encantadoras y redondeadas orejas, el pelo espeso parecía muy, pero que muy suave y esas cuatro enormes y poderosas patas que avanzaban hacia ella con un andar elegante hacían del enorme felino de más de dos metros y alrededor de setenta kilos un jodido león de montaña; un puma en toda la extensión de la palabra.

El animal balanceó la cola de un lado a otro antes de sentarse sobre sus

cuartos traseros frente a ella y lamerse la rosada nariz dejando a la vista unos dientes nada despreciables. Bethany no podía moverse, ni siquiera podía respirar, su cerebro estaba intentando procesar lo que acababan de ver sus ojos, cómo un hombre se despojaba de su ropa y acto seguido su cuerpo empezaba a cambiar de forma, reordenando los huesos, cubriéndose de piel hasta conformar el peludo gatito que ronroneaba a su lado.

Oh, sí, el felino ronroneaba igual que un gato doméstico, pero era jodidamente más grande, mucho más grande y esos ojos dorados bordeados de negro, no hacían otra cosa que mirarla fijamente.

Tragó, luchó por hacer pasar de nuevo el aire llenando sus pulmones y expulsándolo nuevamente con lo que a todas luces era un gemido. Miedo, un terror nacido del conocimiento de que estaba ante un animal salvaje, excitación, la que sentiría cualquier amante de los gatos ante la visión de algo tan hermoso como ese enorme ejemplar e incredulidad, una que seguía batallando con lo que su cerebro seguía intentando procesar.

—Cassidy.

Un nombre. Su nombre. Era él. No tenía dudas, lo había visto, lo había sabido incluso aun cuando su mera existencia desafiaba toda lógica. Lo vio aquella noche en el bosque cuando lo rastreaba en busca de su compañera, volvió a verlo desde su ventana sabiendo que, aún sin ver su rostro, él estaba ahí fuera y había vuelto a presenciar tal milagro ahí mismo, en el salón de la casa, frente al calor de la chimenea.

El gato se levantó y su largo y sinuoso cuerpo se restregó contra sus piernas haciendo que se pegase más al sofá, la larga cola ejerció como un suave látigo rozándole el pecho y el brazo en cabestrillo y finalmente, hizo lo que cualquier gato —de menor tamaño, eso sí— haría; se subió al sofá.

—Ni se te ocurra subírteme encima que me aplastas.

El puma respondió con un fuerte ronroneo, empujó la cabeza contra ella

y la frotó contra su vientre, sus orejas se movieron espasmódicamente llamando su atención un segundo antes de que recostase esa enorme cabeza sobre el regazo.

*Tienes que rascarme detrás de las orejas.*

Sus palabras volvieron a resonar en su mente, un recordatorio de lo que le había pedido a modo de condición.

—Rascarte las orejas, sí, claro... —No pudo evitar soltar una risita histérica—. Ráscale las orejas a un enorme puma que te aplasta contra el sofá.

Porque es lo que estaba haciendo, su cabeza pesaba una tonelada o quizá fuese el hecho de que ella se sentía inmensamente pequeña al lado de un animal de semejante envergadura. Lo miró desde la cabeza hasta la cola, la cual se balanceaba con pereza y cadencia hipnótica, entonces paseó la mirada por el salón viéndose completamente sola, comprobando una vez más que lo que había presenciado era real, tan real e inexplicable como lo era su propio don.

Respiró profundamente y deslizó la mano libre con sumo cuidado sobre el pelo del lomo, un ronco ronroneo emergió del felino bajo ella y sintió como todo su cuerpo vibraba contra el suyo.

—Dios mío, eres un gato grande.

Su pelo era corto, pero lo bastante espeso como para protegerle del frío y de la nieve y era suave, una textura aterciopelada que se hacía mucho más suave sobre las orejas. Dejó que las yemas de los dedos se deslizaran sobre su cabeza, delineó cada uno de los diseños de color que componían sus orejas y rostro hasta la nariz y se sobresaltó cuando la enorme lengua rosada y rasposa le lamió los dedos.

Se quedó inmóvil durante lo que le pareció una eternidad, entonces dejó escapar otra risita histérica.

—Por favor, avísame antes de hacer eso o me dará un paro cardíaco.

La respuesta felina fue rozar su enorme cabeza contra su estómago presentándole la garganta y el pelo más claro del pecho. Lo vio cerrar los ojos y entregarse con infinitos ronroneos al placer de las caricias.

—Señor, eres precioso —jadeó sobrecogida por el momento, por la experiencia más increíble y maravillosa que había vivido en toda su vida—. No puedo creer que esté acariciando un puma, no puedo creer que me estés aplastando contra el sofá... Demonios, Cassidy, pesas una tonelada.

Como si comprendiese sus palabras, el felino se reacomodó, liberándola un poco de su peso, pero no parecía tener la más mínima intención de abandonar su cómoda posición.

—Puedes entenderme, ¿verdad?

La enorme cabeza se giró hacia ella, esos enormes ojos dorados se clavaron en los suyos y sintió que algo se removía en su interior. Conocía esa sensación, empezó a perder la noción del espacio, su vista se desenfocó ligeramente y en el rostro del puma vio el del hombre, los redondos ojos se volvieron humanos durante un segundo y un parpadeo después todo volvió a su lugar.

—Eres tú, siempre has sido tú —murmuró deslizando los dedos por esas orejas, acariciando el corto pelo de la nariz para finalmente rascarle la suave barbilla blanca haciendo que agitase los bigotes—. Tú eres el motivo por el que tenía que venir a *Cheyenne Ridge Valley*.

El ronroneo del felino se hizo más ronco, más alto, restregó una vez más la cabeza contra su regazo con clara complacencia y entonces se detuvo. La manera en que se incorporó y movió las orejas le advirtió que estaba escuchando algo. Sin previo aviso, el largo y estilizado cuerpo felino saltó del sofá, se sacudió de la cabeza a la cola y avanzó hacia la puerta.

El cambio sobrevino de forma rápida y fluida, tanto fue así que en un momento estaba viendo los cuartos traseros del gato y al siguiente era el

perfecto y desnudo culo de Cassidy el que contemplaba.

—Tenemos visita.

Su voz sonaba algo ronca, giró sobre sí mismo, ignorando por completo su absoluta desnudez y volvió con ella, encontrándola por encima del respaldo del sofá.

—Gracias.

—¿Por qué?

Se inclinó sobre ella, deslizó los dedos por su mejilla, acariciándole la oreja y sujetándole finalmente el mentón.

—Por haber venido a por mí.

Bajó sobre su boca y la besó con una ternura que la conmovió y le removió todo por dentro.

—Es Prudence, Aiden ha debido hacer alguna de las tuyas otra vez —le dijo poniendo de manifiesto que, o bien tenía un oído de puta madre o era adivino—. Tan pronto me deshaga de ella, continuaremos exactamente dónde lo hemos dejado.

Le dio un último beso, recogió la ropa que había desechado previamente, se puso rápidamente los pantalones y la camiseta, tiró a un lado el jersey y caminó de nuevo hacia la puerta de entrada justo a tiempo de escuchar sonar el timbre.

## CAPÍTULO 18

Cassidy todavía estaba analizando lo que acababa de pasar ahí dentro, en su salón, cuando escuchó el timbre de la puerta y fue a abrir. Había captado el ruido de la scooter que solo podía conducir hasta allí una mujer, no le había quedado otro remedio que abandonar la sesión de mimos y volver a su piel para atender a la recién llegada.

Bethania estaba presente en su mente, ahora más que nunca, tenía su sabor en la boca, su mirada maravillada grabada en la mente y no podía hacer otra cosa que saborear el inesperado momento.

Ella lo había aceptado con la reserva y el temor a lo desconocido, pero sin la histeria y negación que habría esperado en una humana.

Pero claro, ella no era solo una humana, su propia vida se movía en aguas extrañas, surcaba el día a día en una balanza en la que se daban la mano el misterio y lo inexplicable. Había llegado hasta allí buscándole y ahora podía decirse que lo había encontrado.

No había mentido al decirle que no sabía qué hacer con ella, su presencia lo había descolocado por completo, se sentía atraído por una hembra que solo había existido en su mente, que, secretamente, siempre había considerado suya a pesar de lo absurdo que era reclamar un sueño.

Pero ella era real, la sentía real y estaba dispuesto a demostrarle a su vez que él también lo era.

Abrió la puerta sabiendo ya quién estaba del otro lado, se mantuvo un par de pasos atrás y recibió a su inesperada visitante.

—Hola —lo saludó. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío, se sacó la bufanda, el gorro y sacudió las botas—. Perdona que me presente en tu casa y sin avisar.

—No tienes que disculparte, Prue, siempre estoy disponible, ya lo sabes —la recibió—. Vamos, pasa, si has subido hasta aquí debe ser importante.

—Sí, es... se trata de Aiden. —La mujer se quedó callada de golpe, él cerró la puerta y vio que Bethania se había levantado y estaba en el umbral—. Lo siento, no sabía que estabas ocupado. Debí haber llamado primero, yo...

—No te preocupes —avanzó hacia ella y señaló a su invitada—. Es Bethania Roswell, se aloja con Hope.

—Ah, la chica del accidente.

—Esa sería yo, sí —aceptó la aludida—. Eres la hermana de Hope, Prudence, ¿no?

—Sí.

—Hope me habló de ti.

—Espero que solo fueran cosas buenas.

—Siempre.

—Es un placer conocerte —aceptó mucho más relajada, entonces se giró hacia él—. Creo que he interrumpido algo, así que, ¿qué te parece si te pasas... cuando puedas por el hogar y...?

Miró a una mujer y luego a la otra, sonrió y sacudió la cabeza.

—Si tiene que ver con Aiden, puedes decírmelo ya, Bethania lo conoció esta mañana —le aseguró y miró a la implicada—. Sentaos a la mesa, haré café.

Las invitó al área de la cocina, la isla tenía unas cuantas sillas que hacían de aquel uno de sus lugares de reunión informal favoritos.

—¿Por qué no os dejo charlando y me voy? —sugirió de pronto Bethany—. Se ha hecho tarde, tendría que volver al hospedaje y...

—¿Andando? —sugirió divertido y chasqueó—. Lo veo un poquito lejos y con demasiada nieve, que no es que no puedas hacer dos kilómetros a pie, pero... no quiero tener que volver a rescatarte dado tu... peculiar sentido de la orientación.

Su rostro blanco empezó a ganar color.

—¿Qué te parece si subes y te pones cómoda en el salón? También puedes contemplar las vistas que hay del valle desde la galería, te aseguro que no hay un lugar igual en Cheyenne Ridge Mountain desde el que se vea todo el pueblo y el río.

El brillo que apareció en sus ojos cuando mencionó la palabra galería lo hizo sonreír.

—Sube las escaleras, atraviesa el salón y sal por las puertas francesas —le indicó el camino—. Si quieres volver al hostel, te llevaré yo mismo.

Asintió, se disculpó con Prudence y desapareció en el piso de arriba.

—No pierdes el tiempo...

Se giró al escuchar el murmullo de la mujer.

—Es... muy distinta a Luna, a pesar de ser las dos rubias.

—¿Estás criticando mi gusto en mujeres?

—Eso no entra dentro de mis competencias.

—Entonces, ¿por qué detecto cierta crítica hacia mi vida privada?

—Porque esa vida privada incluye, aún si no te has dado cuenta todavía, un niño pequeño que está completamente prendado de ti.

Y aquel era el motivo por el que había subido hasta allí, pensó con un suspiro.

—¿Qué ha hecho ahora ese cachorro? —preguntó—. Lo envié de vuelta con Chase, se suponía que tenía que dejarlo sentadito en su pupitre.

—Y eso fue lo que hizo, literalmente —aseguró poniendo los ojos en blanco—. Tu beta es un poquito... extremo cumpliendo órdenes.

—Es Chase.

Sacudió la cabeza.

—Pero no se trata de eso, Cassidy.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Sacó un papel doblado del interior de la chaqueta, lo desdobló y lo giró hacia él, de modo que pudiese leerlo.

—Los Colton quieren adoptar a Aiden.

La noticia lo cogió por sorpresa. Si bien siempre había sido consciente de la existencia de dicha posibilidad, había visto demasiadas veces como el niño rechazaba cualquier intento de acercamiento de parte de extraños.

—Podría ser una muy buena oportunidad para él, los Colton son una pareja encantadora, Sherry es muy maternal y parecieron llevarse muy bien con Aiden cuando estuvieron aquí el mes pasado.

Sí, había conocido a la pareja un mes atrás, pertenecían al clan felino de Alberta, la hermana de Susan se había casado con un miembro de su clan, de ahí que viniesen de vez en cuando de visita. Pero lo último que había imaginado era que estuviesen decididos a adoptar a uno de los chicos del hogar de acogida.

—¿Qué dice el cachorro?

Ella suspiró.

—Todavía no se lo he dicho, no pude al ver su carita alegre mientras me pedía permiso para quedarse a dormir contigo —dejó escapar un nuevo suspiro—. ¿Quieres decirme de dónde sacó la idea de que, ahora que ya no está Luna viviendo contigo, él puede ocupar esa habitación y evitar que te metas en problemas?

—¿Yo meterme en problemas? —Le causó gracia.

—Cass.

Levantó las manos, sabía a qué se refería.

—Esto se me está yendo de las manos, ¿no?

—Ese niño te idolatra, Cassidy, te ve como una figura paterna y está rechazando cualquier posibilidad de formar una familia porque tiene la esperanza de poder ganarse tu corazón.

—Ese granuja hace tiempo que se lo ha ganado, Prue.

—Lo sé, chico gato, por eso he subido hasta aquí —declaró con seriedad—. Iba a proponerte algo, pero ahora... ya no estoy tan segura de que sea una buena idea.

Su mirada hacia las escaleras le dejó clara cuál era su principal duda, pues era el mismo impedimento que le había puesto después de lo de Luna.

Las cosas habían cambiado mucho en ese último año, él no era el mismo, todo lo ocurrido a su alrededor había afectado a su vida y a la de aquellos que lo rodeaban.

—Aiden necesita un hogar estable, una unidad familiar —continuó ella con toda la delicadeza que le era posible—. Y tú no estás en condiciones de darle eso ahora mismo.

Directo al centro de la diana, pensó con cierta ironía. Era la realidad, una que esa última semana había visto delante de sus propias narices. Si no podía siquiera arreglar su propia vida, ¿cómo iba a solucionar la de los demás?

—¿Qué quieres que haga?

Extendió la mano sobre la superficie de la isla y le cubrió la suya.

—Qué me apoyes en esto, es lo mejor para él.

Asintió.

—No tienes que convencerme de ello, al igual que tú, solo quiero lo mejor para esos niños.

—Lo sé —le aferró la mano, entonces se la soltó y señaló con un gesto de la barbilla hacia el piso de arriba—. ¿Y ella? ¿Cómo es que siempre

acabas dando refugio a todo animalillo herido?

Hizo una mueca ante tal símil.

—Bethania es mucho más que un animalillo herido —aceptó—. Has debido de escuchar ya lo que le ocurrió a Hugh.

—Sí, pensaba preguntarte también por eso, ¿qué le pasó a ese mentecato?

Sonrió para sí.

—Estaba haciendo su ronda y tuvo un accidente con el quad, se despeñó, se rompió una pierna y varias costillas, una de ellas le perforó el pulmón —levantó la cabeza hacia el techo—. Ella fue quién dio la voz de alarma, sabía que estaba allí fuera.

—¿Ah sí? Pero, ¿cómo...?

—No es algo que tenga una fácil explicación, sencillamente, lo supo y eso le salvó la vida a Hugh.

—Pero, ella es humana, ¿no? —Levantó la barbilla y olfateó el aire—. A menos que se me haya atrofiado el olfato, juraría que es humana.

—Lo es, pero también es algo más —aceptó, hizo una mueca y añadió—. Sabe lo que soy, lo supo incluso antes de que... digamos, le hiciera una pequeña demostración.

Parpadeó como un búho.

—¿Y no le ha dado vueltas la cabeza con esa *pequeña demostración*?

—Aparentemente tiene estómago para las cosas más bizarras. —Se encogió de hombros—. Es... Bethania es mucho más de lo que cualquiera puede ver a simple vista, mucha más de lo que pensé en un principio.

Dejó escapar tal silbido que le dolieron los oídos.

—Oye...

—Joder, Cassidy, tienes muchos más problemas de los que yo pensaba. Arrugó la nariz y enarcó una ceja, ella, por su lado, sacudió la cabeza.

—Debí haberte llamado por teléfono —chasqueó y se levantó, recogió el papel y lo devolvió al interior de la chaqueta—. Está claro que no he venido en el mejor de los momentos.

—Últimamente parece no haber un solo jodido momento bueno, Prue.

—Pues ya va siendo hora de que los encuentres, gatito, por tu bien y por el de *Pine River Mountain*, ya es hora de que saques la cabeza del culo y espabiles.

Dicho eso, le palmeó el brazo y ambos se dirigieron al exterior, dónde ella había dejado su moto. El viento frío de primera hora de la tarde los envolvió recordándoles que el invierno estaba a las puertas.

—Hablaré con Aiden y le explicaré cómo están las cosas —le informó antes de ponerse el casco y abrochárselo—. Si acude a ti, por favor, ayúdame y hazle ver que es la mejor oportunidad que tiene.

Asintió.

—Lo haré.

Se subió a la moto, la puso en marcha y desapareció por el camino de la entrada dejándolo solo con sus pensamientos. Una nueva ráfaga de aire frío lo envolvió, pero ahora traía consigo un particular aroma, cerró los ojos y aspiró, se giró y levantó la cabeza para ver a Bethania en la terraza, mirándole con una calma tan absoluta que lo tranquilizó también a él.

*Te buscaba a ti.*

Sus palabras resonaron una vez más en su mente.

—Ya me has encontrado.

## CAPÍTULO 19

Bethany no podía dejar de mirarle, no podía dejar de pensar que ese hombre, ese ser humano, había estado apenas hacía una hora dentro del cuerpo de un puma, un gato salvaje, un felino al que había acariciado y rascado las orejas.

Se estaba despidiendo de la mujer, si bien no podía escuchar sus voces desde allí, su lenguaje corporal hablaba por sí solo.

El motor arrancó y ella se marchó, Cassidy se giró y levantó la cabeza en su dirección, juraría que pronunció algo antes de entrar de nuevo en casa.

Le dedicó un último momento de atención a las hermosas vistas y volvió al interior, al calor de la casa en el mismo momento que él atravesaba el umbral.

—¿Qué te han parecido las vistas?

—Es más bonito de lo que me había imaginado.

—Es mi lugar favorito, por eso decidí establecerme aquí.

—¿Cómo el rey de la montaña?

—El gato de la montaña, más bien.

Un sutil recordatorio, su mirada la tanteaba, buscando su reacción.

—No, no sé qué esperas que diga.

—No hace falta que digas nada, el que sigas aquí ya dice mucho.

—¿Solo porque no me puedo ir andando?

—Creo que te habrías ido igualmente si de verdad lo hubieses querido

—aseguró—. Lo habrías hecho desde el principio y no me refiero a hoy.

Avanzó lentamente, con esa gracia suya, quedándose a la distancia de un

brazo.

—Quizá lo hubiese hecho si creyese que te burlabas de mí cuando te hablé sobre... eso.

—Bethania, hoy has salvado una vida...

—En realidad, lo salvaste tú, yo solo te dije que mirases en aquella dirección —suspiró—. Soy como una brújula ciega, siento algo, sé indicar la dirección, pero ignoro lo que hay allí hasta que ocurre.

—¿Siempre es así?

Se encogió de hombros.

—Unas veces es más fácil que otras, en ocasiones no puedo ni elegir, es como si algo más decidiese por mí, me empujase a seguir... No encuentro las fuerzas para negarme, quizá porque sé que en la meta se encuentra algo a lo que debo llegar.

—¿Desde cuando tienes esos... presentimientos?

—Es más que un presentimiento, es una llamada —corrigió, entonces puso en palabras algo que no le había dicho a nadie más—. Empezó justo en el momento en que me morí.

Cassidy enarcó una ceja ante su respuesta.

—Pues para ser un cadáver, estás de puta madre e incluso hueles bien.

—¿Debo responder a eso?

—Me sorprendería si pudieses hacerlo.

Se echó a reír, ni siquiera entendía el motivo, pero se rió.

—Eso es, así está mucho mejor —aseguró dedicándole un guiño—. Estabas demasiado seria.

—Tienes respuestas para todo, ¿no?

—Para la gran mayoría. —Se encogió de hombros—. Cuando tienes a todo un pueblo llamando a tu puerta pidiendo esto y aquello, al final aprendes a dar respuestas de todo tipo.

Lo miró.

—Pine River, su gente, son... ¿cómo tú?

—Tenemos de todo, como en botica —contestó—. Pumas, algún felino de otra casta, humanos y los pulgosos de Júpiter al otro lado del río.

Sacudió la cabeza.

—¿Pulgosos?

—*Cheyenne Ridge*, el pueblo al lado del río, en el valle, son lobos.

Se quedó sin palabras. Una cosa era escuchar algo y otra verlo.

—Lobos.

—Sí —asintió—. Ya sabes, los parientes menos inteligentes de los perros.

—Juraría que se los considera más inteligentes.

—A ese lado del río, no. —Se encogió de hombros—. Pero no tienes que preocuparte de los habitantes del valle, ninguno mordemos... Bueno, no tanto como para dejar marcas duraderas.

—Creo que necesito un momento para procesar todo esto.

—Lo estás haciendo muy bien —aceptó—. Ni gritas, ni te da vueltas la cabeza. Para mí eso es todo un logro.

—Estoy poniendo todo mi empeño en ello, créeme. —Volvió a mirar por la ventana—. Ella no te ha traído buenas noticias, ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

Lo miró, su aura había cambiado ligeramente, su actitud despreocupada era una fachada. Algo lo había afectado y seguía haciéndolo.

—Tu expresión cambió, estás un poco más tenso, hay sutiles cambios en tu forma de hablar y de estar ahí de pie.

—Eres muy observadora —declaró—. ¿Qué más crees que ha cambiado?

Le sostuvo la mirada y ladeó la cabeza.

—No mucho más, no permites que cambie nada más.

Sonrió de soslayo.

—Increíble, llevamos charlando apenas una hora y me has retratado como si me conocieses de toda la vida.

—Solo soy observadora.

—Y precavida.

—Así es como sobrevivo.

—Ya seríamos dos.

Se quedaron en silencio, entonces Cassidy chasqueó.

—Aquí estoy, diciendo tonterías, cuando lo que me apetece es volver a besarte.

—¿Y esperas una invitación?

Se rio.

—No sería yo si esperase tal cosa, además, saben mejor los besos robados.

Sí, sin duda sus besos sabían muy bien. Se dejó llevar, disfrutando de su calidez, se apoyó en él y estaba a punto de sentarse en el sofá cuando se escuchó el timbre de la puerta.

Se separaron y se miraron.

—Tiene que ser una broma.

—Es el timbre.

Este sonó de nuevo y llegó acompañado de una voz masculina.

—¡Cassidy! ¡Sé que estás ahí dentro! No puedes seguir evitándome. ¡Te exijo que des la cara!

Ella lo miró.

—¿Debo preguntar?

Su respuesta llegó en forma de gruñido.

—Después, ahora voy a matarlo.

## CAPÍTULO 20

—¡Te desafío! —insistió Junior—. ¡Y esta vez no puedes reusarte! ¡Me lo debes!

Respiró profundamente y dejó escapar el aire, contó hasta diez y bajó una por una las escaleras de la entrada.

—Dime una cosa, alma de cántaro, ¿quieres morir? —Se detuvo delante de él, cruzándose de brazos.

—No he venido para eso...

—*Tshh* —levantó un dedo—. A preguntas cortas, respuestas igual de cortas.

—Pero...

—Sí o no. Nada más —lo avisó—. Volvamos a la primera. ¿Quieres morir?

—No.

Asintió.

—¿Te parece que tengo ganas de perder el tiempo?

—No.

Asintió de nuevo.

—¿Has hablado con esa hembra?

—Por supuesto, ella...

—Sí o no.

—Sí.

—¿Te dijo en algún momento que yo le había dicho que estaba invitada a

mi casa?

—No, pero...

—¿Me has visto con ella?

—No.

—¿Y entonces por qué coño te estoy aguantando una semana después, si esa hembra ni siquiera me interesa y no tengo el más mínimo contacto con ella?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Sí, genio, esa gata no ha puesto sus patas en esta casa en su vida.

—¿No la rechazaste por Mina?

—¿Quién coño es Mina?

—La chica de la panadería.

—Ni idea.

—Pelirroja, bajita, con ese acento tan mono...

—¿La gatita irlandesa?

Asintió.

—Ni siquiera conozco a esa mujer.

—¿Mintió?

—¿Hola? Es una gata, ¿cuándo no mienten?

—Pero ella me juró...

—No quiero ser grosero, pero joder, Junior, que se ha pasado por la piedra a media comunidad.

—Pero dijo que tenía algo contigo...

—No en esta vida.

—¡Será perra!

—Gata.

—Voy a...

—¿Llorar?

—¡No!

—En ese caso no eres un caso perdido.

—Soy un imbécil.

—Eso no te lo discutiré.

—Será mejor que vuelva a casa.

—Y esa es la mejor idea que has tenido en años.

Resopló y se volvió, se le había acabado la paciencia, si venía alguien más a interrumpir, lo mataría, enterraría su cuerpo en el bosque y adiós problemas.

Atravesó el salón, prácticamente saltó hacia las escaleras y subió los peldaños de dos en dos, la deseaba, era una necesidad que ya rayaba la desesperación y estaba más que dispuesto a ponerle remedio aquí y ahora.

Nada más traspasar el umbral se encontró con sus ojos, las puertas francesas se cerraban a su espalda.

—¿Va todo bien?

Gruñó, la recorrió con la mirada sin ningún pudor, relamiéndose de anticipación, dejando clara su intención.

—Lo irá tan pronto te tenga desnuda y en la cama.

Avanzó hasta reducir al mínimo la distancia entre ambos, le acunó el rostro con las manos y le devoró la boca sin más rodeos.

Bethany se quedó sin aliento, no se podía decir que ese hombre se anduviese con rodeos, su beso fue directo, dominándola con vigor y firmeza, tomando posesión de su boca de una manera que la hizo temblar. Su lengua parecía dispuesta a invadirla, explorando la húmeda cavidad, su sabor era dulce e, indudablemente, sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Extendió su mano libre sobre su pecho para aferrarse a algo en ese mar de sensaciones. Su calor, la firmeza de los músculos que notaba bajo la camisa y esos brazos, que ahora le ceñían la cintura apretándola contra él, le daban una aproximada idea de cómo estaba constituido ese hombre.

Ladeó la cabeza, cambiando de posición, dejándose arrastrar en el frenetismo del momento, disfrutando de la pericia de su boca y la dureza del cuerpo masculino avasallando el de ella.

No hubo necesidad de palabras, no era el momento para inoportunas preguntas, solo de sentir.

Notó como sus pies dejaban de tocar el suelo y, un momento después, su trasero aterrizaba sobre una superficie plana, probablemente la mesa que había visto cerca del área de la biblioteca. Se presionó contra sus muslos, instándola a separar las piernas y darle acceso, ella accedió obnubilada por la urgente pasión que se había encendido entre ellos y gimió cuando él profundizó el beso.

Sus caderas se abrieron paso entre sus piernas, la tela de los vaqueros se frotaba contra la suavidad de sus *leggings* a medida que se apretaba más y no había equivocación posible en el duro bulto que notó apretado contra su pelvis; su excitación era palpable y no hacía sino encender la suya propia.

Él dejó su boca unos instantes, mordisqueándole la barbilla hasta llegar al lóbulo de su oreja mientras una mano grande y fuerte resbalaba por su costado hasta ahuecar un pecho a través del material. No pudo evitar gemir, como tampoco el resbalar la mano por su torso hasta envolver el brazo alrededor de su cuello. Se permitió acariciar el suave pelo rubio con los dedos, torpe y tímida al principio, pero ganando más confianza al escuchar el ronroneo que emergía de su garganta y retumbaba contra su propio cuerpo allí dónde estaban conectados.

La manera en que moldeaba su pecho y jugaba con el pezón por encima

de la tela la estremecía, su boca contra la garganta, justo en ese punto debajo de la oreja la enloquecía y terminó gimiendo. La palpitante necesidad entre sus piernas se convirtió en un sordo dolor, se abrió más a él, rozándose contra la dureza que encerraban sus pantalones vaqueros con la esperanza de que él se apretase más contra ella.

—Me parece que alguien tiene hambre —escuchó su voz ronca, matizada por ese ronroneo que parecía haberse instalado dentro de ella. Dejó su garganta solo para encontrarse brevemente con sus ojos y volver a asaltar su boca con fiereza, cada caricia de su lengua sobre la suya iba acompañada de un movimiento de sus caderas, de su henchido sexo atrapado dentro de los pantalones rozándose contra su cada vez más húmeda entrepierna.

Sabía que estaba mojada, sentía los pechos llenos y pesados, esa insistente palpitación en su sexo volviéndola loca, el ruego estaba al borde de sus labios, pero se obligó a retenerlo. No recordaba haber deseado jamás de esa manera a un hombre y allí estaba, derritiéndose por uno que era mucho más que eso.

Gruñó en su boca, el sonido resbaló por su garganta, tragándose, sus caderas se movían contra ella en una clara imitación de la cópula, la fuerte presión de su pene frotándole el clítoris incluso a través de la ropa fue suficiente para que su necesidad aumentase, poniéndola más caliente y haciéndola perder cualquier pudor.

—No pares —La súplica abandonó sus labios incluso antes de que pudiese pensar en lo que había dicho, correspondió a sus besos con la misma hambre feroz con la que él se conducía.

Su respuesta vino en forma de gruñido, abandonando su pecho y dejándola parcialmente huérfana de su calor cuando se separó lo justo para poder deslizar una mano entre sus cuerpos y, a base de tirones, arrancarle los *leggings* y las bragas, bajándolos hasta los tobillos.

—Esto nos sobra. —Su voz era más ronca que nunca, entre irritada y necesitada, podría haberla asustado de no ser porque sus caricias seguían siendo igual de tiernas que lo habían sido hasta el momento—. Fuera botas y todo lo demás.

Oyó como dichas prendas caían con un golpe sordo al suelo, sintió el aire frío acariciándole las piernas y la humedad de su ahora expuesto sexo un segundo antes de que sus manos calientes recorrieran la longitud de sus miembros y se aferraran a sus caderas, sus dedos descendiendo hasta apretarle los glúteos mientras su boca volvía a reclamar la suya.

—Te voy a quitar el cabestrillo, no quiero que te hagas daño.

Sus palabras resultaron tiernas en medio de la pasión, notó sus dedos desenganchando la cinta y el momentáneo alivio que suponía no cargar con su brazo. Sus dedos le acariciaron el brazo herido, depositó un beso sobre su hombro y volvió a su boca al tiempo que se presionaba aún más contra ella.

Bethany envolvió las piernas alrededor de sus muslos, la tela del pantalón rozándose ahora contra su piel desnuda le produjo un escalofrío de placer, quería acercarse más, sentirle de nuevo conectada a ella, pero Cassidy tenía otros planes a juzgar por dónde se movían ahora sus manos.

Intentó protestar, decirle que quería esas caricias más abajo y no sobre su vientre, en ascenso a sus pechos, pero él no se lo permitió, envolvió los dedos en su pelo y gruñó ante su intento por desafiarle. Le comió la boca, dejándola prácticamente sin respiración y a su merced, obligándola a rendirse incluso antes de presentar batalla.

Gimió arqueándose contra él, diciéndole sin palabras qué era lo que necesitaba y la respuesta que obtuvo fue el golpe de varias cosas impactando contra el suelo, del cristal haciéndose añicos un segundo antes de que la empujase hacia atrás, instándola a apoyar la espalda sobre la superficie dura de la mesa. Descendió sobre ella sin romper el contacto de sus bocas,

manteniéndola tumbada con el peso de su cuerpo y sus muslos pegados a sus piernas.

—Por favor... —consiguió dejar salir un hilo de voz cuando rompió el beso en busca de aire.

La acarició con la nariz, frotando el rostro contra el suyo como un gato que busca caricias, ronroneando de placer mientras deslizaba una vez más la mano entre sus cuerpos y unos dedos fuertes y seguros empiezan a acariciarla. Su toque la hace gemir, jadea contra su boca, un quejido, una llamada de atención, Bethany ya no sabe ni lo que es, todo lo que quiere es a él.

—Me encanta cómo te mojas por mí —gruñó él, las yemas de sus dedos llegando ahora a su clítoris—, lo caliente y húmeda que estás. Tu aroma me vuelve loco, Bethania.

Él era quién la estaba volviendo loca, pensó, quería sentir su piel, quería tenerle contra ella sin nada que los separase, pero Cassidy se estaba haciendo de rogar. Gimoteó cuando la besó una vez más, resbaló de nuevo su mano por el pecho masculino y tiró de la tela en un silencioso ruego. Quería arrancarle la maldita camisa, quería que se quitase los pantalones y la tomara, quería que la hiciese suya y calmase ese palpitante dolor entre sus piernas; lo quería más que ninguna otra cosa.

—Ya, gatita impaciente, ya. —Se rió contra sus labios, se los lamió y, finalmente se separó para despojarse de las capas de ropa que sobraban.

Lo miró a través de las pestañas, la forma en que sus músculos se ondulaban a medida que se movía despojándose de las prendas le secó la boca, escuchó más que vio cómo abría la cremallera del pantalón, el crujir de la tela al desprenderse de sus piernas un segundo antes de que esta cayese al suelo y ese cuerpo de piel dorada y caliente se cerniese de nuevo sobre ella.

Estaban piel con piel y la sensación era indescriptible, su cuerpo ardía de necesidad, le envolvió las caderas con las piernas, cruzó los tobillos sobre

esas duras y prietas nalgas y se mordió los labios al sentir ahora su duro pene desnudo contra su estómago.

—Sabía que debajo de toda esa calidez y dulzura había algo más — ronroneó él llevando de nuevo la mano entre sus cuerpos, sus dedos encontrándose con ese botón hinchado y obteniendo una inmediata respuesta.

Su cuerpo se arqueó contra el suyo, tensándose de anticipación, podía sentir como el orgasmo crecía en su interior con cada caricia, pero entonces Cassidy retiró la mano y, antes de que pudiese protestar, la gruesa corona de su pene presionó contra su sexo empezando a penetrarla.

Bethany se mordió el labio inferior al sentirle, echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando su boca se posó en su cuello, mordisqueándole la piel al tiempo que empujaba hasta estar completamente alojado en su interior.

Alzó las caderas para acercarse más a esa deliciosa tortura y gimió una vez más cuando se retiró, creando una maravillosa fricción que amenazaba con volverla loca. Sus músculos vaginales se contrajeron alrededor del grueso eje con la siguiente penetración, él no era suave, le clavó los dedos en la cadera, manteniéndola dónde deseaba para empujar en ella y no podía hacer otra cosa que jadear y disfrutar de aquella loca tortura. No quería suavidad, no ahora, no con él, esto era lo que necesitaba, se dio cuenta, lo que siempre había buscado y se entregó por completo a ello.

Se aferró a sus hombros, buscó su boca y correspondió con ardor a sus besos, sus caderas la fijaban sobre la mesa, cada movimiento le provocaba una nueva punzada de placer al punto de que llegó ser insoportable y alcanzó el orgasmo.

Gritó en su boca, aferrándose a él mientras golpeaba en su interior, incrementando el ritmo para finalmente rugir, literalmente, mientras se derramaba en su interior.

Bethany se quedó allí, aturdida y jadeando, su cuerpo completamente

laxo bajo esa montaña de hombre, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por abrir los ojos. Él la miraba, también jadeante, su respiración le hinchaba el pecho, sus ojos tenían un brillo distinto, sobrenatural, pero en ellos parecían darse la mano la pasión y la absoluta satisfacción.

—¿Qué tal está tu brazo?

La pregunta la noqueó, parpadeó como un búho y deslizó la mirada sobre este, el cual estaba pegado a su cuerpo, libre del cabestrillo. No había vuelto a pensar en él, en realidad, ni siquiera sabía por qué no le dolía dado el ejercicio.

—¿Ahora es cuando te preocupas?

Sus labios se curvaron en una enorme sonrisa de dientes blancos. Cassidy se movió y lo sintió resbalar de su interior, la intimidad le produjo un inmediato sonrojo. Pasado el momento de obnubilada pasión, empezaba a sentirse avergonzada.

—Me he preocupado por cada centímetro de ti en cada instante de este dulce interludio —replicó bajando sobre su rostro, le acarició la mejilla con los dedos y también los labios.

—Bonitas palabras —musitó en respuesta.

—Hay más de dónde vinieron esas.

Sin previo aviso, la recogió de la mesa y la levantó en brazos, en el instante en que estuvieron de nuevo piel contra piel sintió y escuchó ese característico ronroneo felino retumbando en su pecho.

—¿Cómo lo haces? —preguntó, posando la mano del brazo bueno sobre el plexo solar—. Ronroneas como un gato.

—Es parte de lo que soy, mi morfología es un poquito diferente de la de un humano medio. —Se encogió de hombros—. Tengo mejor vista, mejor oído y un olfato bastante fino.

—Así que las cualidades felinas también las compartes en esta... er...

¿encarnación?

Esa sonrisa perezosa y traviesa le llegó a los ojos, bajó la boca sobre la suya y la besó suavemente.

—Hay muchas cosas que comparto con esta... encarnación, como tú la llamas, algunas son... de lo más divertidas. ¿Quieres comprobarlo?

Se mordió el labio inferior, sus pícaras palabras la sonrojaban, algo absurdo dado lo que acababa de pasar entre ellos.

—Esto también me gusta de ti —comentó sin esperar respuesta—, ver cómo te sonrojas, como ese tono se extiende por todo tu cuerpo. Eres tan blanquita... No puedo esperar a ver cómo se extiende de nuevo ese rubor mientras te poseo.

Tragó, no pudo evitarlo, ese hombre era más que directo, era como un torpedo.

—Mi vida parece irse a la mierda una y otra vez —Sacudió la cabeza y resopló—, y sin embargo, sigo viva.

—Es como mejor estás, la vida te sienta de puta madre.

Sus palabras y el tono en que fueron pronunciadas le arrancaron una sonrisa.

—¿Estás intentando hacerme reír?

—Yo no hago intentos, *Beth*, yo lo consigo.

Beth, era la primera vez que lo oía y le gustaba.

—Eres un fanfarrón.

Enarcó una ceja y deslizó la mirada con descargo sobre su cuerpo desnudo.

—Veamos si sigues manteniendo eso una vez salgas de mi cama.

No le dio lugar a objetar, bajó de nuevo sobre su boca y la devoró.

Horas después, agotada y saciada, a punto de dormirse en los brazos de su amante, tuvo que admitir que Cassidy tenía razón, lo que se proponía lo

conseguía y de qué manera.

## CAPÍTULO 21

*Una semana después...*

El olor a pintura empezaba a convertirse en un perfume habitual en la recepción del hospedaje de Hope, casi tanto como el encontrársela a ella llena de pintura y los pinceles en las manos. Había comenzado el mural dos días atrás, por fin le habían quitado el cabestrillo y podía volver a disfrutar de cierta autonomía. Si bien todavía no podía utilizar el brazo con total independencia, el placer que sentía al volver a coger un pincel solo era compatible con los momentos que había compartido con Cassidy. El hombre no solo era caliente, sensual y un amante ocurrente, la última semana la había sorprendido invitándola a comer, pasando tiempo con ella por el solo placer de hacerlo. Había aprendido sobre su papel en la comunidad de *Pine River Mountain*, cómo había llegado a obtener ese puesto y todo lo que cambió en el pueblo bajo su mando. También veía, día a día, como la gente se abría a ella, como si el hecho de que gozase de la confianza del jefe fuese de por sí una garantía.

Su relación era íntima, cercana, palpable para cualquiera que estuviese dispuesto a mirar, no se había molestado en ocultar lo que había surgido entre ambos, si bien se conducía educado y con esa típica picaresca suya en público, no disimulaba su atracción por ella y lo que había entre ambos. Hasta el momento, Bethany solo había encontrado amabilidad, cortesía e incluso

alguna mirada divertida en la mayoría de las personas, pero también había probado en propia piel lo que opinaban algunas mujeres sobre ella y su seducción.

Estaba claro que Cassidy era el soltero más codiciado de Pine River y no les hacía mucha gracia que una extranjera viniese y hubiese atraído su atención.

A quién no sabía cómo calificar era al segundo de Cassidy, Chase, el cual parecía examinarla en cada oportunidad que tenía como si no se fuese completamente de ella. Había algo en su presencia que la mantenía fuera de equilibrio, una tristeza que parecía luchar siempre con la rabia que habitaba en su interior y que ocultaba bajo una oportuna máscara.

Cada vez que estaba cerca de ella se sentía atraída hacia él como un imán, sintiendo una necesidad abrumadora de mantenerse cerca; no era nada sexual, no la atraía de esa manera, era algo para lo que todavía no tenía respuesta.

Dejó caer el pincel en el bote de disolvente, lo agitó para limpiar los restos de la pintura y lo secó.

El mural empezaba a tomar forma, había hecho un boceto preliminar en papel y, tras la entusiasmada respuesta de Hope, lo había replicado a escala. Solo le faltaba empezar a aplicar color de modo que quedase plasmada su idea.

—Buenos días, *cher*.

Levantó la cabeza al escuchar el peculiar acento de Chase, no venía solo, Prue le acompañaba, aunque apenas se detuvo lo justo para saludarla como cada mañana y seguir en busca de su hermana.

Esa semana había sido complicada para Cassidy, al fin había comprendido el motivo de la visita de la mujer y no podía dejar de pensar que algo no iba bien con ese asunto.

El pequeño Aiden se negaba a mirar al puma, pero su aura hablaba de otra cosa, de una motivación infantil que la ponía nerviosa. El enfado infantil, tenía más preocupados a los adultos que al niño, al parecer había aceptado ver a esa pareja que estaba interesada en adoptarle, pero no podía evitar sentir que algo no iba como debería.

Y no era solo por el niño, desde que había hablado con su Landry y la había puesto al día de los avances de todo, no podía quitarse de encima esa incómoda sensación.

Hizo a un lado sus pensamientos y miró al hombre.

—Buenos días, si buscas a Cassidy, no está aquí.

Él soltó un resoplido en forma de risa.

—Acabo de estar con él en el consistorio —le indicó—, está lidiando con unos asuntos y me envió a mí en su lugar.

Sabía que era un hombre ocupado, un mediador sereno para los inconvenientes de un pueblo como aquel. Lo había comprobado desde el primer momento y eso también jugaba a su favor, ya que lo convertía en alguien en equilibrio, sin la necesidad controladora que conoció en el pasado.

—¿No deberías estar ayudándole?

—Cass puede encargarse solo de sus propias cosas.

—Al igual que yo —respondió ella—. Así que, ¿qué te ha traído hasta aquí? Tengo claro que no soy tu persona favorita en el mundo.

—Dejémoslo «en el valle», pero tranquila, he conocido ardillas más molestas que tú.

—¿Me has llamado ardilla?

—Cariñosamente.

—No te lo crees ni tú, *mon ami*.

—Intento ser educado y amable.

—No necesitas fingir conmigo, no hay necesidad.

—No hay fingimientos por mi parte, *cher*, ambos somos conscientes de que nos... soportamos... por la persona que tenemos en común —aceptó, se acercó al mural y se lo quedó mirando—. Y solo por eso estoy aquí...

Lo miró, ese hombre decía más con su silencio que con sus palabras.

*Irse, irse, irse.*

La idea surgió en su mente, sintió el calor en su interior y supo que se refería a él.

*Lejos... Vida... Continuidad.*

Un sinfín de emociones e ideas que surcaban más allá de su mente.

—Quieres irte...

Las palabras surgieron como un murmullo de su voz.

—Así que, después de todo, ves más allá de lo que cualquiera sabe.

Sus palabras la tomaron por sorpresa, levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

No dijo nada, no había querido decirle a nadie más que poseía ese extraño don.

—¿Sabes que él lleva más de un año soñando contigo? Llegué a pedir, más veces de las que recuerdo, que fueras real, que te aparecieses en su camino...

—Sé que he estado en su mente como él estuvo en la mía.

Se quedó mirándole en silencio.

—Y también estuviste en la de ella —continuó—, la... salvaste, de alguna manera.

Bethany sintió algo, era él, sus emociones, lo que había en su interior y lo comprendió.

—Luna —pronunció su nombre—. Es ella.

La fulminó con la mirada.

*Irse, irse, irse.*

—Quieres ir tras ella.

Entrecerró los ojos.

—Ella... te pertenece.

Era una seguridad, un vínculo que iba más allá de lo que su mente humana podía entender, algo sobrenatural que los unía, como si ambas almas fuesen una sola una vez y ahora tuviesen la necesidad de volver a unirse.

—Es extraño, pero una realidad.

Lo vio relajarse un poco.

—Eres tal y como dijo Cass, una caja llena de enigmas —añadió—, no me sorprende que haya decidido quedarse a tu lado.

Se lamió los labios y se dejó llevar una vez más por sus sensaciones.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Sus palabras lo cogieron por sorpresa.

—Ya lo hiciste, mucho más de lo que cualquiera hubiese sospechado en ese momento, al mantenerla con vida —le dijo—. Solo por eso, estoy dispuesto a aceptarte como la elección de Cassidy.

—Um... qué amable de tu parte.

Sonrió.

—Amabilidad es mi segundo nombre, *mon cherri*.

—Y de apellido, sarcasmo.

Se carcajeó.

—Me gustas, Bethany, eres una mujer extraña, pero eso mismo hace que encajes en *Pine River* —señaló el mural—. Y si consigues hacer algo decente en esa pared, posiblemente me gustes un poquito más.

Cogió el pincel y lo tendió.

—¿Quieres aportar tu primera pincelada?

Miró el pincel y luego a ella.

—Yo soy más de martillo y cincel, *cher* —aseguró divertido—, te dejo

a ti el bisturí.

Dicho eso dio media vuelta, dispuesto a irse ahora que había obtenido lo que quiera que hubiese venido a buscar.

—¿Se lo dirás a Cassidy? —preguntó deteniéndolo.

—Cuando llegue el momento, sí, lo haré.

Porque Chase se iba a marchar, lo sabía con tanta seguridad como que el cielo era azul.

—Y por cierto —se detuvo—. Vine a decirte que ha llegado una visita a *Cheyenne Ridge*. Elías lo ha traído a *Pine River* y ha estado reunido en el ayuntamiento con Cass. Un tal detective Landry.

Se le quedó mirando, abrió la boca y volvió a cerrarla mientras un escalofrío le bajaba por la columna. Si Landry había conducido hasta allí, sin haberle dicho ni una sola palabra, tenía que ser por algo importante. El nerviosismo que llevaba sintiendo toda esa semana cobró sentido.

## CAPÍTULO 22

—Cuando dijiste que te habías perdido en el valle, lo decías en serio. ¿Tienes idea de lo difícil que ha sido dar con este lugar?

Ni hola, ni qué tal estás, aquel era Landry, detective del departamento de búsquedas y secuestros. A sus cuarenta y tantos resultaba un hombre tan interesante como Cassidy, pero al contrario que el policía, el puma tenía un magnetismo animal único que hacía que no quisieras dejar de mirarle.

—Tenemos que hablar, han pasado algunas cosas que necesito...

Levantó la mano e hizo una mueca, tenía que tener cuidado con ese tipo de movimientos.

—Espacio.

La preocupación de Cassidy la enterneció, lo dijo con tono amable, manteniéndose en un segundo plano para no enturbiar el momento.

—Sí, gracias —asintió y miró al detective—. Sí, tenemos que hablar, pero primero respóndeme a algo. ¿Él sigue en la cárcel?

El imperceptible gesto en su lenguaje corporal fue suficiente respuesta.

—Si me lo permite, señor Felon, me gustaría hablar en privado con Bethany.

—Por supuesto, les dejaré y...

—No —negó, deteniéndole—. Quédate, Cassidy, por favor.

—¿Es lo que quieres?

—Sí.

—Bethany...

Fulminó al detective con la mirada.

—Si vas a hablarme de ese hombre, quiero que él esté presente —sentenció y miró a su amante—. Te dije que había muerto, pero no cómo ocurrió. Recibí un disparo aquí. —Se tocó una zona, más arriba de la sien, dónde asomaba una cicatriz—. La bala, milagrosamente, no me mató y no me afectó de manera absoluta. Sí, estuve muchos meses en coma, pero cuando desperté, lo más absurdo de todo es que pregunté por la mujer a la que iba dirigida.

—Era la esposa de un importante hombre de negocios —explicó el detective.

—El culpable fue apresado y juzgado, sigue pudriéndose en la cárcel y dudo que salga nunca de ahí —explicó ella—. El problema es que todo ocurrió en unos almacenes propiedad de un poderoso empresario que cree que puede comprarlo todo con dinero, incluyendo a la mujer que regresó de entre los muertos.

—Se hizo cargo de los gastos, quería tapar todo para que su firma no se viese salpicada por un asunto tan turbio, entre otras cosas porque el tipo que disparó trabajaba en su empresa. Y lo consiguió, mis superiores lo taparon todo.

—Seis meses en coma, una bala que debería haberme matado y... lo que sea que me traje de vuelta.

—Bethany...

—Él está al tanto de todo.

El poli resopló, empezaba a comprender que no eran simples conocidos.

—El caso es que él se ha «obsesionado» conmigo, cree que soy una especie de mesías o algo y que el haberme «salvado» le da derechos sobre mí.

Se lamió los labios.

—Lo que comenzó como una amable oferta, como la necesidad de ayudar a alguien herido, fue cobrando otras dimensiones con el tiempo al

punto de que se presentaba en el hospital, hablaba con los médicos, controlaba mi vida, como si tuviese derechos sobre mí. Le estaba agradecida, sí, pero durante esos meses... algo cambió en mí y, digamos, que ese algo empezó a advertirme. Sabía que no podía depender más de ese hombre, que no era sano. Hablé con Landry y me sacó de allí.

—Pensamos que se acabaría, pero en lugar de ello continuó asediándola, se metió en su trabajo, coaccionó a sus jefes, a todos excepto a mí, claro —aseguró el detective.

—Le han puesto órdenes de alejamiento porque me acosaba, su presencia era continua, llegó incluso a sobornar y coaccionar a cualquier hombre con quién me viese, con quién me citase, a veces, creo que incluso el que desaparecieran era cosa suya.

—Que lo intente conmigo y verá que bien le va.

Sonrió ante su defensa.

—El último año parecía que se había dado por vencido, dejó de llamarme, de acercarse a mí, pero entonces, hará cosa de un par de meses, se presentó su esposa, la mujer por la que yo me llevé una bala y me dijo que tenía que ocultarme, que él estaba obsesionado conmigo, llegó a decir que la mataría...

—Dos días después la señora Miller se ahogó en el lago —completó el detective—. Había testigos, todos coincidían que había sido un accidente.

—Así que, además de acosador, piensa que es un asesino.

—Llevo los últimos doce meses intentando dar con las pruebas que lo encierren, pero ya se sabe que el dinero mueve montañas de mierda.

—No hay nada que diga que él lo hizo, hay informes de que la mujer tenía depresiones continuas y, las palabras que me dijo, no fueron tomadas en cuenta. —Se encogió de hombros—. Además, su coartada era infalible, porque había estado fuera de mi casa, pidiéndome a gritos que lo escuchara.

Aceptando su obsesión por mí y diciéndome que no volvería a acercárame.

—Juramento que cumplió hasta una semana antes de que aquí, la señorita, se esfumase de la faz de la tierra —apuntó el detective—. —Se publicó un enorme anuncio en el periódico en el que decía que el empresario de éxito James Miller contraería matrimonio con la señorita Bethania Roswell. Daba la hora de la boda y el lugar, solo había un pequeño problema, que la novia no estaba para nada dispuesta a participar en esa boda.

—Y ese mismo día marcado en el calendario, cogí el coche, me detuve en el aparcamiento de un supermercado, fui secuestrada y terminé aquí contigo.

—Ese tipo está loco —gruñó Cassidy—. ¿Cómo es posible que siga en la calle?

—Porque no hay nada en firme contra él, solo unas cuantas denuncias por acoso —declaró Bethany con un encogimiento de hombros—. Y ha sido lo bastante astuto para liberarse de todas ellas.

Cassidy gruñó.

—Si se le ocurre asomar la nariz por el valle, no tendrá tanta suerte —aseguró, la miró de soslayo y volvió su atención al detective—. Debo suponer que al haber venido personalmente es porque tiene idea de dónde está ahora.

—Así es —aceptó—. Al parecer, la señorita aquí presente, salió en un noticiario local, alguien filtró el vídeo de seguridad del aparcamiento a la prensa.

—Así que tiene una idea aproximada de la región por la que anda.

—Exacto —asintió—. Dado el absurdo anuncio que publicó, me preocupa lo que puede hacer si llega a dar con ella.

—Si sus recientes movimientos no son suficientes para probar lo zumbado que está, nada lo logrará —aseguró entre dientes—. Lo que ha padecido Bethany hasta el momento no es vida, es necesario que se termine y

pueda ser libre.

—Soy libre —corrigió ella—. Ni un chalado con ansias nupciales va a privarme de mi libertad.

—Me encargaré de que así sea —murmuró Cassidy, mirándola a los ojos—. Y hasta ese momento, tú te vienes a casa conmigo.

Sonrió, no pudo evitarlo, ella se iba cada día a casa con él, pero acababa de dejarle claro a la policía quién era ella para el jefe de *Pine River Mountain*.

—De acuerdo, en ese caso me pondré de acuerdo con el sheriff Elias para mantener un ojo puesto en la zona en caso de que aparezca.

—¿Eso significa que te vas a quedar?

—Llevo demasiado tiempo detrás de ese hijo de puta, esta vez caerá sí o sí.

Ambos hombres se miraron y ella vio como ambos tenían la misma idea.

—En ese caso, lo mejor será buscarte alojamiento —añadió llamando su atención—. Te gustará el hospedaje de Hope.

## CAPÍTULO 23

—Así que, ¿estás con él?

Bethany levantó la cabeza y la ladeó para ver el perfil de Landry. Se había mantenido en un poco habitual silencio, sin duda buscando la mejor forma de hacerle las preguntas que tenía en mente.

—Empezaba a preguntarme si ibas a decir algo al respecto.

Dejó escapar un sonido divertido y la miró de soslayo.

—No era muy difícil discernir que había algo entre vosotros dada la forma en la que te miró desde el mismo instante en que llegaste —declaró divertido—. ¿Tiene idea de la clase de mujer con la que se está envolviendo?

—¿Lo sabes tú después de tanto tiempo?

Sus labios se extendieron en una irónica sonrisa, chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano.

—Hay cosas que simplemente prefiero dejar pasar, preguntas que es mejor no hacer y, mira por dónde, hasta el momento me ha funcionado realmente bien —aseguró—. Deberías sugerirle que haga lo mismo.

Le devolvió la sonrisa.

—Es posible que él sea el hombre que mejor entienda todo lo que me rodea. —Se encogió de hombros—. Tenemos... una historia en común desde hace tiempo.

La miró.

—¿Venías a verle a él?

Negó con la cabeza.

—¿No acabas de decir que hay preguntas que es mejor no hacer?

Se detuvo y estiró la mano, deteniéndola también.

—Te esfumaste sin decir ni una sola palabra y entonces recibo un wasap diciéndome que te han secuestrado en el área de Bear Lake, que estrellaste el coche y estás recuperándote de las heridas en un pueblecito en Cheyenne Ridge Valley —le recordó con total sarcasmo—. Por no mencionar que, días después, te veo aparecer en las noticias, en la grabación de una cámara de seguridad y, si yo te he visto, está claro que él también lo ha hecho.

Respiró profundamente y asintió, deslizó la mirada por la calle principal, mirando de un lado a otro cómo si él fuese a aparecer de un momento a otro.

—Si ha tenido la osadía de publicar las amonestaciones de vuestro matrimonio en un periódico y enviarte el vestido de novia a casa, ¿qué no estará dispuesto a hacer ahora que te has dado a la fuga?

—No me he dado a la fuga —frunció el ceño—. En ningún momento tuve intención o interés de aceptar su oferta.

—Tú lo sabes, yo lo sé, pero ese cabrón todavía no se ha dado por enterado.

—Lo hará —murmuró—. Este es el último alto en el camino.

—¿Una de tus intuiciones?

Era más que una intuición, era una certeza, como la que la había llevado hasta *Pine River Mountain*, algo estaba a las puertas de ocurrir y sería definitivo. Para bien o para mal, lo que ocurriese a partir de ese momento, sería también el final para ese episodio de su vida.

—Podríamos llamarlo así —respondió echándole una fugaz mirada—. Ambos lo conocemos, sabemos de lo que es capaz, no se detendrá, no después de haberle dejado plantado en el altar. ¿Qué ironía no? Siempre es la novia la que queda plantada y esta vez ha sido el novio.

Hizo una mueca y echó un vistazo atrás, hacia el edificio que habían

abandonado.

—¿Y él? —preguntó, no le pasó por alto el tono dubitativo en su voz—. ¿Por qué no le dijiste nada? ¿Confías en ese hombre? ¿Qué sabes exactamente de él?

—Le confiaría mi vida —declaró totalmente convencida de ello—. Si no le hablé de lo sucedido es porque no pensé en él. —Se encogió de hombros—. Estas dos últimas semanas han sido... como un oasis en medio del desierto, Landry, no he tenido que mirar por encima del hombro, no he tenido que preocuparme de nada que no fuese recuperarme...

Y había sido por Cassidy, porque él había inundado su mente borrando todo lo demás, él la había mantenido protegida, con ese puma se había sentido tranquila, querida y cuidada, no existía el miedo a su lado. Por una vez en los últimos tres años, había sido realmente libre y no había estado sola.

—Confío en Cassidy, me gustaría que tú hicieses lo mismo —pidió—. Si ese hijo de puta se acerca a *Cheyenne Ridge Mountain*, sé que él es la mejor baza que tienes para capturarlo y encerrarlo por fin para siempre.

Se la quedó mirando durante unos segundos y finalmente asintió.

—De acuerdo, confiaré en Felon —aceptó y hablaba en serio—. Si algo he aprendido a lo largo de estos últimos años en los que has estado a mi alrededor, es que nunca te has equivocado en tus instintos. Pero te lo advierto, si ese hombre te hace daño, si te hace llorar una sola vez, le daré tal paliza que no lo reconocerán en su querido pueblo.

No pudo evitar sonreír, aquel era el detective que conocía, el hombre que se había mantenido a su lado durante su estancia en el hospital, quién se había convertido en un extraño familiar con el que siempre podía contar. A su modo, Landry, había sido prácticamente un padre o un tío para ella y ambos lo sabían.

—Yo que tú no diría eso delante de Hope —le aconsejó con una sonrisa

—. Podría darte una cama de clavos en vez de un buen colchón.

—Lo tendré en cuenta —aceptó correspondiendo a su sonrisa—. Ahora, cuéntame qué narices has estado haciendo en este lugar durante las últimas dos semanas.

## CAPÍTULO 24

—Me malcrías, ¿tienes idea de lo mucho que me gustan las palmeritas de chocolate?

Hope sonrió dejando la bandeja sobre el mostrador de la recepción.

—Solo espera que alguien que ambas conocemos huelga el chocolate, estará aquí antes de que cante un gallo.

—¿Alguien ha dicho palmeritas de chocolate?

—¿Qué te había dicho?

Bethany se giró al mismo tiempo que la campanilla de la puerta se balanceaba al abrirse, Cassidy prácticamente olfateaba el aire y sus ojos brillaron en el preciso instante en que vio los dulces sobre el mostrador.

Resbaló la mano por su espalda, le dedicó un guiño cómplice y fue directamente a besar la mejilla de Hope, una sutil maniobra para robar una palmera y llevársela luego a la boca con un bajo ronroneo de felicidad.

—Eres incorregible.

Él se señaló a sí mismo.

—¿Quién yo? Pero si soy el gatito más angelical de todo el valle.

No pudo evitarlo, se le escapó una risita ante tal flagrante declaración.

—Lo siento. —Se disculpó tan pronto se giró hacia ella—. Fue... una miga.

—Si tú eres el gato más angelical, entonces yo soy la reencarnación de Marilyn Monroe.

—Sí, ya puedo ver el parecido, Marilyn Hope —aseguró él con ese tonito divertido que siempre empleaba con la mujer. A lo largo de esa última semana le había quedado claro que había mucha gente que quería a ese hombre y no le sorprendía, Cassidy podía mostrarse tan serio y fiero como lo había hecho en el consistorio o burlón y juguetón como lo era ahora con Hope. Ella también había visto otro lado de él, uno tierno y pícaro que parecía exhibir solo en su presencia—. Aunque tú eres mucho más guapa, ¿y esas curvas? Esa Monroe no te hace sombra.

La mujer aceptó los halagos con su habitual estoicidad, pero el sonrojo en las mejillas y esa diminuta sonrisa que le curvó los labios decía mucho sobre lo que estos habían hecho en ella.

—Gato zalamero —chasqueó y la señaló—. Dedícale esos halagos a Bethany, ¿has visto ya la maravilla de mural que está creando?

El comentario lo llevó a levantar la mirada y fijarse en el dibujo que empezaba a cobrar forma bajo las distintas gamas de colores, ladeó la cabeza a un lado, luego a otro y se volvió lo justo para decirle.

—Mis ojos son más anaranjados que verdes en forma felina.

Parpadeó, no supo que decir ante semejante apreciación, especialmente porque no le había dicho a nadie que el puma que aparecía en la pintura, semioculto en el nevado paisaje, era él.

—He ahí la manera en que el alfa felino del valle saca a pasear su ego —remató Hope—. ¿Por qué no sacas también la cola ya puestos y le dices lo que te mide?

Ambos se giraron ahora hacia la mujer y, Bethany no pudo contenerse, se echó a reír.

—Lo has arreglado, Hope, de verdad que sí.

—Eres un gato pervertido.

—Solo con las mujercitas que se merecen dicha perversión —declaró sacando pecho y echándole una furtiva mirada risueña antes de volver a encararse con la mujer. Ambos disfrutaban enormemente de esa peleilla verbal—. Pero tú sigues resistiéndoteme... Y ya sabes lo mucho que me gusta que me lo pongas difícil.

Hope cogió la bandeja de las palmeritas, la levantó y se la puso prácticamente en las manos.

—Toma, llévatelas, pero comparte con Bethany.

—¡Sí, señora! —Sonrió como el gato que se había comido toda la crema, sus ojos brillaron de esa manera tan especial y se giró hacia ella—. Vámonos antes de que se lo piense de nuevo y nos deje sin palmeritas.

—¿Puedo quitarme antes la bata y guardar las cosas?

La recorrió con la mirada, se relamió y se llevó al momento una palmerita a la boca, pegándole un mordisco.

—Te espero en el coche, coge lo que necesites para pasar la noche —le dijo ahora ya serio—. Te quiero bajo mi techo hasta que esto se solucione.

Tanto sus palabras como el tono de voz utilizado llamaron la atención de la propietaria del hostel.

—¿Hay algo que deba saber?

Cassidy se adelantó, su rostro había perdido ese gesto travieso y hablaba como el líder del clan felino instalado en esa parte del valle.

—Es posible que tengamos pronto algún indeseado visitante en el valle —comentó—. Alguien que podría estar tras las huellas de nuestra Bethania.

La mirada de Hope cayó sobre ella, sabía que quería preguntarle, pero aquel no era el momento, antes tenía que hablar con él y dar respuesta a las muchas preguntas que debían haberse gestado en su mente desde el momento en que Landry puso esa parte de su pasado sobre la mesa.

—Te esperaré en el coche —le dijo ahora con mayor suavidad, se volvió hacia Hope y sonrió—. Y gracias por las palmeritas, Hope, nos las zamparemos esta noche con un buen café.

La campanilla de la puerta volvió a sonar tan pronto salió por la puerta, solo entonces se permitió suspirar.

—¿Él no lo sabía?

Negó con la cabeza.

—Desde que le conocí, todo lo que ha habido en mi cabeza ha sido él —confesó en voz baja—, y dado quién y qué es, mi cerebro ha estado haciendo horas extra. Es algo que quise olvidar, es algo que quiero olvidar, pero al parecer, no podré hacerlo hasta que desaparezca por completo de mi vida.

La mujer suspiró, dio la vuelta al mostrador y le posó la mano en el hombro.

—Habla con él, Bethany, no he visto a Cassidy tan feliz con una mujer cómo cuando está contigo —le aseguró mirándola a la cara—. Me gustaría que esa felicidad perdurase, para ambos.

Sonrió y asintió.

—Es lo que voy a hacer —asintió—. Tan pronto me quite esta bata y recoja algunas cosas, es lo que voy a hacer.

No le llevó mucho tiempo cambiarse de ropa y coger algunas cosas, salió por la puerta con el tintineo de la campanilla a su espalda y cruzó la calle para subirse al jeep de su amante.

—Perdón por hacerte esperar.

Negó con la cabeza, encendió el motor y arrancó.

—¿Te has comido todas las palmeritas?

Sus labios se curvaron entonces y soltó algo parecido a un resoplido, volvió a negar con la cabeza, pero esta vez respondió.

—Están todas en la bandeja, sé que eres tan amante del chocolate como

yo —aceptó y la miró de reojo antes de concentrarse en la carretera. No había más que unos minutos desde el pueblo a su casa en coche, pero era un camino sinuoso que solía hacer lentamente—. ¿Por qué no me hablaste de él?

La pregunta fue formulada con curiosidad más que a modo de reproche, él no le estaba echando en cara nada, simplemente quería saber.

—Porque lo borré de mi mente desde el momento en que me subí al coche y salí en tu búsqueda. —No había necesidad de adornar la verdad—. Entonces todo se precipitó, terminé aquí y encontré que no tenía que preocuparme de mirar por encima del hombro, que no tenía que dar explicaciones sobre quién soy o lo que hago, ni evitar hablar con la gente... Podía volver a ser yo.

Guardó silencio durante lo que le pareció una eternidad, pero que no fueron más que unos pocos segundos.

—Una bala —la miró de reojo, dividiendo un instante su atención entre la carretera y ella—. Te dispararon.

—Ya te dije que me había muerto.

Gruñó.

—Pensé que era una broma. En ningún momento dijiste: Fue un accidente, estuve en coma y me dieron como clínicamente muerta durante unos minutos porque me metieron una bala en la cabeza. —Estaba enfadado, su voz se había hecho más profunda, con un tono salvaje—. Podrías no haber despertado, podrías haber muerto, maldita sea.

La rabia en su voz la tomó por sorpresa, cedió a sus instintos y le puso la mano en el hombro.

—Pero no lo hice, no podía, tenía que encontrarte —dijo con suavidad.

Gruñó una vez más, enfilando ya hacia el camino que llevaba a su casa. No tardaron en llegar a la entrada, aparcó el jeep junto a la entrada y apagó el motor.

—¿Quién es él para ti? —preguntó—. Ese detective. —Ahora la miró de soslayo—. ¿Qué es para ti?

Se giró en el asiento para quedar frente a él.

—Pues es mi jefe y también un buen amigo —declaró sin más—. ¿Por qué?

Arrugó la nariz y pareció olfatear el aire.

—Huelas a él —rezongó y abrió la manilla para bajar del coche—. Y no me gusta que huelas a él.

—¿Qué huelo a él? —repitió sin entender nada. Abrió su propia puerta y bajó, rodeando el coche para darle alcance. Él ya caminaba hacia la entrada a paso firme—. Cassidy, espera.

Se detuvo en seco, entonces dio media vuelta y caminó hacia ella como un gato.

—No quiero que huelas a él, no quiero que huelas a ningún hombre que no sea yo.

Lo miró, parecía un niño enfurruñado, de algún modo, uno jodidamente inexplicable, aquello le parecía incluso mono y la calentaba por dentro. Ese gato era un hombre muy directo, tanto dentro como fuera de la cama y con ella parecía haber adquirido un nivel de territorialidad que la confundía y asustaba.

Él gruñó de nuevo, se pasó una mano por el pelo y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Joder, mierda, lo siento, Bethania, sé que eso ha estado fuera de lugar —dijo maldiciendo en voz baja—. Es mi parte felina, es jodidamente territorial. Eres libre de estar cerca de quién quieras estar.

Ladeó la cabeza, él estaba nervioso, angustiado y al mismo tiempo intentaba hacer lo que creía era lo correcto. Lo miró, vio más allá de lo que cualquiera veía a simple vista, esa aura tan mística que lo envolvía, que

proclamaba quién y qué era y sacudió la cabeza. Este era Cassidy, no era humano, no completamente, tenía una parte felina, peligrosa y esa parte siempre formaría parte de él.

—Me alegra que pienses así, porque quiero estar contigo —murmuró, aquella era la única verdad que sabía con certeza—. Siempre he querido estar contigo y, con cada día que paso a tu lado, ese deseo se hace más y más fuerte. Ya no... ya no veo mi vida de otra manera.

Él la miró entonces con tal expresión de anhelo, que lo supo, Bethany lo supo sin lugar a duda. Lo amaba, probablemente lo había amado siempre incluso cuando todavía no le conocía.

—Te quiero, Cassidy —confesó en voz alta—. Creo... No, sé que siempre te he querido... y ahora que te he encontrado, todo lo que quiero es quedarme junto a ti.

Toda la tensión que lo había acompañado desde que abandonó el hospedaje se diluyó en ese momento, dejó caer los hombros e incluso suspiró de alivio.

—Dios, nena, ha estado a punto de darme un infarto —aseguró caminando hacia ella—. Te lo juro, si tuviese que dejarte ir, lo haría, pero te llevarías mi corazón y todo lo que soy contigo. —Se detuvo frente a ella, le cogió el rostro entre las manos y la miró con tal ardor que su cuerpo reaccionó al momento, siempre lo hacía—. Sé que no estás acostumbrada a lidiar con un felino, con alguien como yo, que puedo ser un verdadero dolor en el culo la mayor parte del tiempo y bastante intenso, pero...

—Cass, me gusta que seas intenso. —Una vez más su boca fue por libre—. Al menos en ciertos momentos.

Captó su mirada, sus labios se curvaron y esa picaresca dio paso a algo más ardiente. Sus ojos adquirieron esa intensidad sobrenatural y su cuerpo reaccionó en consecuencia. Apretó los muslos y sintió que el aire de la

habitación empezaba a escasear.

—Tu sinceridad y esa carita sonrojada siempre me meten en problemas, Bethania —aseguró, su voz contenía un bajo ronroneo—, porque cuando te veo así, tan... inocente, solo puedo pensar en corromperte.

Se lamió los labios y él le acarició la mejilla con los nudillos.

—¿Me dejas corromperte un ratito? —ronroneó, ladeó la cabeza y la miró fijamente—. Di que sí, anda... He pasado un momento jodidamente malo, quiero que huelas a mí, quiero tenerte solo para mí.

—Es un poquito difícil decir que no cuando me miras como si fuese un helado y estuvieses deseando lamerme.

Sonrió, mostrando sus blancos dientes.

—¿Y tú quieres que te lama?

La manera en que lo dijo, la mirada en sus ojos, se quedó sin aliento y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Sí, por favor? —se mordió el labio, entonces añadió—. Oh... porras, ¿lo ves? Ya te dije que mi boca va por libre.

—Y a mí me encanta que lo haga, amor mío, tu boca me tiene totalmente fascinado —declaró mirando sus labios—. Quiero besarte, Bethania, quiero hacerte el amor, te quiero rápido y salvaje ahora y lento y suave, después...

Ese tipo de declaraciones nunca le habían parecido tan sexys y calientes como hasta ese momento, nada en la vida la había preparado para Cassidy Felon, pero en eso radicaba también lo interesante de su encuentro, de su amor por él, que nada era predecible.

—Sí a todo, pero, ¿podemos entrar primero? —señaló su hogar—. No es por nada, pero yo no tengo una manta de pelo como la tuya y no quiero congelarme.

Sus ojos se entrecerraron y, antes de que pudiese evitarlo o protestar, la había cogido en brazos y la llevaba con paso firme hacia la casa.

No estaba segura de cómo llegaron al dormitorio, pero se encontró atravesando la puerta con él, besándole, gimiendo en su boca y riendo al mismo tiempo que la empujaba hacia la cama.

—Te deseo, Beth, mucho —le mordisqueó la oreja—. Quítate la ropa, quiero sentirte, quiero que huelas a mí y solo a mí.

Le sostuvo la mirada unos segundos, entonces empezó a desabrocharse los vaqueros, bajándoselos por los muslos, sintiendo como se le ponía la carne de gallina, aunque el frío nada tenía que ver con ello. La necesidad burbujeaba en su interior, la intensidad aumentaba a medida que la mirada masculina recorría su cuerpo, esperando a ver qué era lo próximo que hacía. Se quitó las botas haciendo presión de un pie contra otro, las hizo a un lado y procedió a quitarse completamente los pantalones que quedaron rápidamente olvidados junto con los calcetines, el suéter y la camiseta en un montón. Ahora estaba prácticamente desnuda a su mirada, a excepción del conjunto de lencería que apenas la cubría.

Un bajo gruñido emergió de la garganta masculina un segundo antes de que la imitase y se quitase alegremente la ropa. Verle en toda su desnuda gloria era un espectáculo en sí mismo, ese hombre había nacido para caminar desnudo por la vida, sin más prendas que su propia piel y ese magnífico cuerpo por el que ya se derretía.

—Quítatelo todo.

Gimió interiormente ante la voz profunda y gutural que emergió de la garganta de Cassidy, se llevó las manos al cierre trasero del sujetador y se lo quitó, entonces continuó con las braguitas hasta quedarse totalmente desnuda. Se sentía hinchada, tan mojada que prácticamente podía notar sus jugos resbalando por la cara interior de los muslos y él mirándola de esa manera no ayudaba un ápice a mantener ni una pizca de dignidad.

Estaba lista para él, lo deseaba con una intensidad que la asustaba, pero

sabía que ese hombre que estaba ante ella, que ya avanzaba con una mirada ardiente y sexual, cuidaría de ella hasta el fin de sus días.

Tiró de ella hacia su pecho, enredó los dedos en su pelo, aferrándose con fuerza y la besó, su pene duro y caliente anidado contra su estómago, rozándose contra ella mientras la obligaba a retroceder, haciendo que tropezase con sus propios pies hasta quedar contra la pared.

La soltó, pero solo para tomar posesión de sus pechos con una mano y resbalar la otra entre sus piernas, alcanzando su hinchado clítoris y haciéndola gritar al pellizcarlo entre los dedos. Oleadas de intenso y puro placer la atravesaron como un relámpago, cada terminación nerviosa cobró vida y su mente dejó de funcionar correctamente en cuando un par de duros y largos dedos la penetraron.

—Quiero oírte gemir —le dijo al oído, su voz ronca, tan sensual que se mojó aún más. Se apartó lo justo para mirarle a los ojos y lo que vio en ellos, más que asustarla, la encendieron aún más. Su espalda se presionó completamente contra la fría pared mientras las grandes manos resbalaban ahora a su culo, se lo masajearon antes de auparla sin esfuerzo, abriéndola completamente para él, posicionando su pene contra su húmedo sexo para hacerla bajar sobre él, penetrándola profundamente y arrancándole el primer gemido.

Cerró los ojos ante la ardiente sensación, echó la cabeza hacia atrás, apoyó la nuca contra la pared y gimió.

—Buena chica.

Se retiró hasta casi la mitad antes de volver a enterrarse profundamente en ella, sus dedos se clavaban con fuerza en sus caderas, sujetándola a la altura y en la posición que quería, follándola duro y rápido, justo de la forma en la que ansiaba ser tomada por él. Le dio lo que quería, gimió desesperada mientras sus hombros presionaban contra la pared y la boca masculina

descendía sobre su cuello, mordisqueándola, succionándola cómo si quisiera marcarla.

La montó sin piedad, entregándose a ese salvaje desenfreno tan natural en él y del que tendía a contagiarse, apretó los muslos, se aferró a él con fuerza y lloriqueó desesperada cuando su cuerpo empezó a construir su propia liberación.

—Déjate ir, gatita mía, te tengo.

Volvió a salir de ella casi por completo, la levantó, cargando con todo su peso y la penetró de nuevo, con fuerza, hundiéndose en su interior desencadenando con ello que ambos alcanzasen el clímax.

—¡Cassidy!

Gritó su nombre mientras temblaba a su alrededor, aferrándose a él cuando todo su mundo amenazó con hacerse pedazos. No le sostenían las piernas, la cabeza le daba vueltas y no quería separarse del enorme cuerpo masculino que la envolvía.

Ni siquiera sabía cómo terminaron en el suelo, pero allí estaban minutos después, abrazados, intentando recuperar la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó ella, rompiendo el silencio, incorporándose lo justo para encontrar sus ojos.

—Mi dulce Bethania, eres el mayor regalo que me ha dado la vida, uno que estoy dispuesto a conservar durante toda la eternidad —murmuró sonriente—. Sí, amor mío, estoy mejor que bien. Estoy en el mismísimo cielo.

Sonrió y dejó escapar un complacido suspiro.

—Bien, porque a mí también me gusta ese lugar.

## CAPÍTULO 25

Bethany se despertó con una sensación de sofoco, abrió los ojos de golpe y se quedó mirando fijamente la oscuridad. El calor de Cassidy la envolvía como una manta, pero no era suficiente para alejar el frío helado que la recorrió por dentro.

*Oscuridad, oscuridad, oscuridad.*

La palabra resonaba en su interior como un latido, con cada segundo que pasaba el ritmo de ese latido aumentaba, subía de intensidad y lo sofocaba todo a su alrededor. Jadeó en busca de aire, se escurrió del abrazo de su amante y dejó la cama en una desesperada necesidad por recuperar el aliento.

Bethany sentía una urgencia atronadora, recogió una prenda del suelo, lo primero que encontró y se la puso mientras abandonaba la habitación y avanzaba por el pasillo hacia las puertas francesas del salón.

El aire frío de la noche la recibió junto a unos copos de nieve, las luces exteriores de la casa estaban encendidas y reflejaban los diminutos copos que volaban hacia las sombras.

—¿Beth?

La voz de Cassidy surgió a su espalda, no había tardado más que unos segundos en darse cuenta de que había abandonado su lecho. Siseó algo en voz baja y avanzó hacia ella.

—Cielo, vas a congelarte.

No se inmutó, avanzó por el resguardado balcón, su mirada escaneando los alrededores cómo si pudiese ver más allá de la oscuridad que dominaba el valle. Se limpió un par de copos de nieve de la cara y agudizó sus sentidos. Ese latido persistía, se hacía cada vez más fuerte y la necesidad de echar a correr empezaba a dominarla por completo.

—¿Bethania? ¿Qué ocurre?

Sacudió la cabeza, su pelo claro voló en todas direcciones, se giró hacia él y vio la preocupación en su rostro.

—Algo... algo no va bien —declaró, volvió a mirar hacia la oscuridad y se aferró con fuerza a la madera de la barandilla cuando los temblores empezaron a recorrer su cuerpo—. Tengo que ir, hay algo ahí fuera... tengo que ir... Tengo que ir...

Pasó frente a él como un vendaval o al menos ese fue su intento, pues él la agarró del brazo, deteniéndola.

—Beth, para —la frenó—. Dime qué ocurre.

Sacudió la cabeza una vez más, la ansiedad empezaba a invadirla, el miedo hacía presa en sus nervios.

—No lo sé, todavía no lo sé, pero tengo que ir... —intentó zafarse de su agarre—. Hay algo ahí fuera, me necesita...

Se quedó callada cuando una ola de frío la atravesó una vez más, se estremeció, rodeándose con los brazos y escuchó algo, como un bajo gimoteo a lo lejos.

—¿Bethania?

Abrió los ojos de golpe, la fuerza de sus dedos sobre su desnudo brazo la sacó de ese extraño trance.

—El bosque, hay alguien herido y atrapado en el bosque... —murmuró, levantó la cabeza y se encontró de nuevo con esos ojos verdes—. Tenemos que ir, necesita ayuda.

—De acuerdo, gatita, vístete mientras aviso a Chase.

La seguridad en su voz la tranquilizó, se esforzó por hacer a un lado la nerviosa y desquiciante urgencia que tenía de salir de la casa y regresó al dormitorio para vestirse. Cassidy se movía a su alrededor con el teléfono pegado a la oreja, hablando y dando órdenes mientras se vestía con rapidez.

—Bethania, no des un paso más.

Giró la cabeza, deteniéndose en el umbral de la puerta para verle apuntándola con un dedo.

—Tengo que ir.

—No sola —gruñó, era un orden y no admitía lugar a discusión—. Chase, pasa a la radio, canal 8.

Cortó la llamada, devolvió el teléfono al bolsillo y avanzó directamente hacia ella.

—No vas a salir ahí fuera sola, no con la nevada que está cayendo y en plena noche —repitió reuniéndose con ella—. Si hay alguien atrapado y en necesidad de ayuda, se la daremos, pero no te arriesgaré.

—Cassidy... —Abrió la boca para recordarle que no era la primera vez que hacía algo como aquello, había levantado tantas veces a Landry de la cama que, Claire, su esposa, había llegado a dar media vuelta y volver a dormirse al saber que era ella la que estaba al teléfono.

—No —la atajó y señaló la puerta—. Haz lo que tengas que hacer, pero mantente a mi lado en todo momento.

Dejó escapar el aire que ni siquiera sabía que había estado reteniendo y asintió. Él no solo no había cuestionado sus palabras sino que había dado inmediata respuesta a su urgencia. No le pedía que se quedase atrás, solo que le permitiese protegerla y, sí, podía vivir con ello, podía pasarse toda la vida al lado de ese hombre sabiendo que nunca cortaría su libertad.

—De acuerdo —aceptó saliendo delante de él—. Hay que darse prisa, es... siento miedo, angustia y una urgencia que no me deja respirar y viene de la oscuridad.

—¿Puedes ser un poquito más concreta en las directrices?

Enarcó una ceja.

—No soy una brújula ni un GPS.

Cassidy recogió la radio de la entrada, arrancó su chaqueta de travesía de la percha del colgador y le pasó la suya, añadiendo una bufanda y guantes.

—Póntelos —le dijo abriendo la puerta de la entrada.

El aire helado le golpeó en el rostro, unas volutas de nieve se colaron en la casa mientras salían al porche y él cerraba tras ellos.

—Derecha o izquierda, Beth —preguntó abrochándose la cazadora para comprobar después la radio—. Chase, ¿estás ahí?

—Estoy aquí. —Se oyó la respuesta a través del altavoz—. Tengo a Neal conmigo.

Levantó el dedo del botón de la radio y la miró.

—Tú diriges, amor.

Se mordió el labio inferior y miró a su alrededor, su mente era un caos, el corazón le latía a toda velocidad y el aire frío le cortaba la piel del rostro. Se obligó a respirar profundamente y dejar que lo que había vuelto con ella del otro lado la guiase una vez más.

*Frío, frío, frío, frío.*

Se estremeció como si ese frío la calase hasta los huesos, tuvo que apretar los dientes para no tiritar, las piernas se movieron prácticamente solas, el viento la azotó con fuerza, agitándole el pelo, tirando de ella en una única dirección.

—Por allí —musitó al tiempo que levantaba la mano y señalaba una dirección—. Tiene frío... mucho frío... y está oscuro.

—Chase, hacia el oeste, deja el quad en la carretera y subid la montaña.

—Te contactaré antes de cambiar.

No esperó, avanzó a trompicones, la necesidad de seguir adelante era tan acuciante que no antes de que se diese cuenta de lo que estaba haciendo había dejado el lado de Cassidy para adentrarse corriendo en la oscuridad.

*Frío, frío, frío, frío.*

Se estaba congelando, el miedo lo invadía todo, la oscuridad lo rodeaba y solo podía rogar que alguien fuese en su ayuda.

*Vamos en camino, vamos en camino.*

El pensamiento nació en su mente y lo lanzó a través del hilo que la conducía, como había hecho más de un año atrás con Luna. No sabía si funcionaría, ni siquiera entonces lo supo, pero puso toda su voluntad y calma en ese pensamiento.

El viento parecía reducirse a medida que avanzaba hacia la noche, sumergiéndose en la oscuridad, el haz de la linterna bailaba por delante de ella permitiéndole ver por dónde iba, las ramas de los árboles la resguardaban de la nevada que caía sobre su cabeza, pero caminar a través de un suelo cubierto de nieve resultaba agotador y no le permitía correr a la velocidad que debía.

Un borrón de pelo dorado saltó delante de ella, deteniéndola en seco, los ojos felinos se clavaron en ella al tiempo que emitía un rugido que, a todas luces, debía ser el equivalente a un *«cuando volvamos a casa, te voy a poner sobre mis rodillas y darte una zurra»*, agitó la cola como un látigo y avanzó hacia ella hundiéndose en la nieve. El instintivo miedo se abrió paso a través de sus venas, pero lo hizo a un lado recordándose así mismo que el puma que tenía ante ella no era un animal salvaje, sino Cassidy, su Cassidy.

Extendió la mano con gesto tembloroso y suspiró cuando el gato resbaló la cabeza bajo esta en un gesto de cariño y comprensión.

—Corre. —Las palabras dieron forma a la idea que le llenaba la cabeza, que dominaba sus sentidos y la empujaba a seguir y seguir sin pensar en nada más—. Está ahí fuera, en algún lugar por delante de nosotros... Está oscuro y siente frío...

Esos redondos ojos felinos la miraron una vez más, entonces giró sobre sus patas traseras y empezó a dar pequeños saltos a través de la nieve,

mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar que ella le seguía.

Avanzaron sin descanso, los pulmones empezaron a arderle a los pocos minutos por el esfuerzo, pero se obligó a seguir. La necesidad la empujaba, el miedo que sentía corriendo por sus venas era como una adrenalina que le daba energía para seguir adelante y no pararse a pensar en su propia condición física.

Sabía que lo estaba retrasando, ella no tenía la gracilidad ni la fuerza del enorme gato naranja que iba frente a ella, pero todavía no tenía una indicación clara de a dónde debía dirigirse.

*¿Dónde estás? Por favor, dime dónde estás para que podamos llegar a ti.*

Oscuridad, frío, su cuerpo tiritaba, no había otra cosa ahí fuera que la soledad y una necesidad absoluta de... *Cassidy*.

Se detuvo en seco, abrió los ojos desmesuradamente y jadeó llevándose las manos a la cabeza.

—¡Cassidy! ¡Es Aiden! ¡Aiden está ahí fuera! ¡Es el niño!

El gato se detuvo en el acto, levantó la cabeza y soltó un brutal rugido que hizo eco en toda la ladera del valle, pronto recibió respuesta, la intensidad hablaba de un felino adulto, sin duda sus camaradas los cuales habían dejado el quad en el camino y se habían adentrado en el bosque con la misma forma que él.

—¡Vete! ¡Sigue adelante, está en algún lugar por encima de nosotros! ¡Vete!

Él iría mucho más rápido sin ella, podría cubrir más distancia y encontrar al niño.

Un millar de preguntas le pasaron por la mente, la necesidad de seguir adelante se hizo incluso más acuciante y volvió a ponerse en movimiento.

¿Qué hacía el niño en el valle de noche? ¿Cómo había terminado allí

cuando se suponía que estaba con esa familia de acogida?

*Cassidy. Casa. Cassidy. Casa.*

La idea se filtró en su cabeza, tan clara como si se la estuviesen murmurando al oído, una motivación, una emoción, el deseo de un niño que no conocía otra cosa que el abandono.

—Ya llega, Aiden, pronto estará contigo.

Continuó avanzando a través de la nieve, los músculos de las piernas le ardían y apenas podía sentir ya los pies, pero no podía detenerse, no lo haría hasta saber que su compañero o cualquiera de los otros habían llegado hasta el niño.

Apretó los dientes y se movió a través de la nieve cada vez más espesa, jadeó cuando perdió el equilibrio alguna que otra vez viéndose obligada a levantarse tras cada caída, pero no cejó en su empeño.

Se apoyó en un árbol para recuperar algo de aliento y sintió de nuevo esa ola de urgencia acariciando cada una de sus terminaciones nerviosas una vez más antes de empezar a diluirse muy lentamente.

Un poderoso rugido atravesó la oscuridad y se hizo eco en todo el valle, el nudo de nervios que se había hecho en su estómago se diluyó y no pudo hacer otra cosa que dejarse caer contra el tronco hasta terminar sentada sobre la nieve. Las lágrimas que le surcaban las mejillas derritieron el frío allí por dónde bajaban, le dolía todo el cuerpo, pero no importaba, nada importaba ante la sensación de alivio que la recorría y apaciguaba su don; Cassidy había encontrado al niño.

## CAPÍTULO 26

Bethany luchó para ponerse en pie, no era una buena idea quedarse a descansar sobre la nieve, no cuando tenía los pies tan fríos que casi ni los sentía. Deslizó el haz de luz de un lado a otro intentando buscar alguna roca elevada a la que subirse o algún sendero por el que avanzar, pero lo único que había a su alrededor eran sombras y nieve.

—De acuerdo, Bethany, ya sabes cómo funciona esto, tienes que seguir moviéndote para que Cassidy te encuentre y saque tu culo helado de este lugar —se dijo a sí misma—. También me vale Chase, ya puestos...

Consiguió dar un par de pasos hacia su izquierda, la nieve era tan espesa que cada paso que daba se hundía hasta la rodilla, deslizó el haz de luz de la linterna sobre la nieve para acceder a una zona más practicable e iluminó una figura enorme saliendo de entre los árboles. Con el pelaje de un tono mucho más oscuro que el de Cassidy y el rostro más claro, un enorme puma avanzaba en su dirección sin demasiado esfuerzo, sus ojos dorados se fijaron en ella mientras una enorme y larga lengua rosa emergían de su boca dejando a la vista unos desarrollados caninos.

El temor fue inmediato, la incertidumbre batalló con la esperanza de que el recién llegado fuese alguno de los chicos gato de *Pine River Mountain* y no un gatito salvaje de esas tierras. Cassidy le había dicho que había animales salvajes en la región, no solían verse mucho en invierno, pero haberlos los había.

—Um... ¿hola? Dime que eres alguien a quién conozco, porfa —musitó sin quitarle los ojos de encima al enorme felino—. Y si no lo eres, por favor, por favor, por favor, no me comas. Te puedo dar indigestión.

El gato se relamió una vez más y empezó a ronronear a medida que se

acercaba a ella y le daba un latigazo con la cola a modo de saludo. Entonces le dio la espalda y empezó a caminar para detenerse a los pocos pasos y mirar hacia atrás.

—De acuerdo —jadeó, el estar ante un gato de esos todavía la hacía ver estrellitas—. Dado tus buenos modales, estoy casi convencida de que ese es tu culo peludo, Chase.

El puma agitó la cola y le dio la espalda para ponerse de nuevo en marcha.

Seguir a un gato enorme a través del bosque en la oscuridad no era la manera en la que había esperado pasar aquella noche, su idea estaba más cerca del cuerpo caliente y desnudo de Cassidy, de sus manos sobre su piel y su boca en aquellos lugares en los que sabía hacerla muy, pero que muy feliz. Y sin embargo, allí estaba, siguiendo una cola marrón terminada en un anillo negro que se movía con increíble gracilidad.

Se cayó varias veces, un par de ellas terminó con la cara enterrada en la nieve y ya la última tuvo que hundir las manos en ese precioso y suave pelaje marrón para poder salir porque se había quedado atascada. Estaba convencida que su acompañante felino se lo estaba pasando bomba con su torpeza, de echo estaba a punto de preguntárselo cuando reconoció la cabaña de madera que apareció ante ella unos metros más adelante.

—El refugio.

Alguien había encendido el fuego, podía oler el humo desde allí y había resplandores que bailaban en las ventanas. No se lo pensó dos veces, apuró el paso, enterrándose con cada nuevo avance hasta que consiguió alcanzar la entrada.

—*Mon die...* eres la cosa más torpe que he visto en mi vida.

La inesperada voz masculina la hizo saltar, se dio la vuelta y se encogió al ver que sus suposiciones habían sido las correctas. Chase acababa de

adoptar forma humana y, en honor a la verdad, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para apartar la mirada y no apreciar lo que sin duda era un magnífico cuerpo masculino en pelotas.

—Si llegas a caerte una vez más de cara contra la nieve, podrías haberte convertido en un muñeco de nieve —chasqueó y señaló la cabaña—. Cassidy está dentro con el niño, el cachorro se cayó en una grieta y era incapaz de salir, lo que hiciste hoy... Lo que hiciste la otra vez, no sé cómo o qué eres, Bethany, pero... gracias.

Parpadeó, escuchar a ese hombre darle las gracias era algo que no esperaba.

—Volveré a *Pine River Mountain* para avisar sobre lo ocurrido —le dijo y señaló la cabaña con un gesto de la barbilla—. Ve con ellos, tu familia te necesita.

Un ligero escalofrío la recorrió, pero no sabía si era por escuchar la palabra «familia» o ver cómo ese hombre desnudo le presentaba un perfecto trasero antes de adoptar de nuevo esa forma felina y marcharse de allí.

Hizo a un lado el peregrino pensamiento, ya tendría tiempo de examinarlo más tarde y avanzó hacia la construcción de madera. Suspiró de alivio al subir al hall frontal y abrió la puerta recibiendo al momento el calor del fuego que ya había empezado a caldear el habitáculo. La imagen que vio ante la chimenea sería una que quedaría por siempre grabada en su mente.

Un enorme puma de pelo dorado estaba tumbado en el suelo frente al hogar y entre las patas delanteras sostenía un cachorro al que no dejaba de lamer. A Bethany se le encogió el corazón, avanzó lentamente y solo cuando la madera crujió bajo sus pies, la enorme cabeza del felino se levantó para mirarla unos segundos. En sus ojos vio lo que jamás un humano vería en un rostro animal, dolor, desesperación, alivio y agradecimiento.

Cassidy volvió a la tarea de calentar al cachorro que tenía junto a él,

siguió con sus lametones mientras el gatito temblaba, haciendo unos ruiditos en respuesta.

—Gracias al cielo —musitó y permitió que todo el cansancio y el estrés la venciese. Se dejó caer allí mismo de rodillas, el gesto hizo que el puma levantase al momento la cabeza e hiciese ademán de moverse—. No, estoy bien, no te preocupes. Ocúpate de él.

Él le sostuvo la mirada, como si dudase sobre qué hacer, pero finalmente volvió a la tarea de lamer al gatito.

Se quedó allí unos momentos, mirándolos, para finalmente darse cuenta de que estaba tiritando y que seguiría haciéndolo si no se quitaba la ropa. Luchó para sacarse las botas, la chaqueta e incluso la bufanda, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para arrancarse, literalmente, del cuerpo la camiseta y los pantalones que estaban tan tiesos que era un verdadero milagro que no se rompiesen. Dudó unos segundos sobre lo que hacer con la ropa interior, pero los temblores que le recorrían el cuerpo y le hacían castañear los dientes, la decidieron.

Arrancó la manta del sofá y se envolvió con ella, deambuló descalza por la habitación, sintiendo calambres con cada paso que daba hasta que consiguió una segunda manta que extendió frente a la chimenea, junto a los felinos.

—Si no te importa, os voy a hacer compañía hasta que dejen de castañearme los dientes, ¿vale?

Cassidy la miró a través de sus ojos felinos mientras se acomodaba, incluso hizo que ese suave ronroneo que había escuchado al acercarse a él aumentase de decibelios mientras seguía con su tarea de calentar al gatito.

—Es precioso —musitó admirando el pequeño gato tan diferente del adulto, al contrario que él, el cachorro tenía manchas y la cola a anillas—. Me alegro tanto de que estés bien, Aiden.

Como si comprendiese, el cachorro abrió los ojos y la miró unos

instantes antes de volver a cerrarlos y acurrucarse entre las patas felinas del macho que lo protegía.

Sabiendo que aquel no era el momento de hacer preguntas, se envolvió bien en la manta y se acercó a ellos, lo que también era acercarse al fuego. Se tumbó y se frotó los pies uno contra el otro en un intento por entrar en calor.

—Recuérdame que la próxima vez que salga ahí fuera con nieve, lo haga con unas buenas botas —murmuró, se acurrucó, haciéndose un ovillo en sí misma y cerró los ojos—. Y puede que también necesite unas orejeras.

Un gruñido resonó en la pequeña estancia, abrió los ojos de golpe y vio al puma ponerse en pie, había cogido al cachorro por el cogote y se trasladó junto a ella, tumbándose de nuevo de modo que pudiese darle también calor mientras seguía con el cuidado del pequeño puma. El gatito volvió a abrir los ojos, la miró y emitió algo parecido a un gruñido. El macho no dudó en reprenderlo al momento con uno propio, entonces volvió a lamerlo haciendo que el pequeño volviese a ronronear.

—Qué pena no tener una cámara ahora mismo a mano —musitó para sí—. Porque lo veo y no me lo creo.

Sacudió la cabeza y sacó una mano de debajo de la manta para tocar el suave y caliente pelo del puma adulto. Él la miró y continuó con su autoimpuesta tarea, las palabras de Chase le volvieron entonces a la cabeza «tu familia te necesita».

—Mi familia —musitó para sí, sonrió, sacudió la cabeza y cerró los ojos manteniendo la mano en el pelo del puma.

## CAPÍTULO 26

Cassidy no podía dejar de mirar a Bethania, acurrucada frente a él, con el cachorro entre los dos, dormía por fin plácidamente. Pasó la mirada de la mujer al niño, Aiden había recuperado su forma humana una vez se hubo tranquilizado y entrado en calor, las manitas pegadas a su pecho, como si tuviese miedo de que lo abandonase otra vez.

Cuando había escuchado las palabras de su compañera, cuando esta había pronunciado el nombre del niño, el mundo se le había caído encima. Durante una milésima de segundo pensó que era imposible, que el cachorro no podía estar allí, pues estaba a cientos de kilómetros de distancia, pero la desesperación en la voz femenina, la urgencia con la que se había movido desde el momento en que lo dejó plantado en el porche y se adentró sola en el bosque, tenía que obedecer a algo.

Había rugido llamando a sus compañeros, solicitando su asistencia y había corrido a través de la nieve todo lo rápido que había podido, buscando con la mirada, necesitando atrapar un rastro en el aire hasta que por fin lo encontró.

Nunca había sentido tanto miedo como en el momento en que olió al cachorro, la culpa lo inundó todo y solo podía pensar en dar con él y arreglar las cosas, que alguien le diese la oportunidad de hacer lo correcto. Jamás debió dejarle ir, jamás debió permitir que lo separasen de él, era su hijo y no se perdonaría que le ocurriese algo.

Cuando lo encontró estaba en el fondo de una zanja, demasiado estrecha y profunda para que él pudiese salir por sí mismo, estaba atarecido de frío y

lloriqueaba llamándole.

*Papá, papá, papá.* No Cassidy. Cuando lo había escuchado, le había llamado *papá*.

Sacarlo de la grieta fue un angustioso trabajo, por suerte, aquella parte del valle estaba preparada para toda clase de eventualidades y sus compañeros aparecieron en el momento justo con todo lo necesario.

Envolvió al niño con un brazo, apretándolo contra él y le acarició el pelo a la dulce rubita que dormía junto a ellos. Ella le había devuelto la vida de más formas de las que podía imaginarse, Bethania era un regalo, pero no solo para él, sino para todo *Pine River Mountain*, uno que no iba a dejar que nadie le arrebatase.

—Te quiero, Betha, te quiero tanto... —suspiró y le acarició el pelo al niño—. Solo espero que tú puedas querernos también a los dos.

Había muchas preguntas que hacer, muchas explicaciones que dar, pero era hora de que se enfrentase a sus propios miedos e inseguridades haciendo lo correcto. Ese niño era su hijo y no volvería a irse a ningún sitio. No dejaría que Aiden volviese a ponerse en peligro de esa manera. Por dios, ese cachorrito había tenido que atravesar cientos de kilómetros para llegar hasta allí, solo dios sabía qué clase de cosas podrían haber podido pasarle.

¿Cuándo se había escapado? ¿Por qué esa familia de acogida no se había percatado de ello? ¿Sabrían que se habría ido? ¿Lo estarían buscando? Demasiadas preguntas, pero las respuestas tendrían que esperar hasta mañana, hasta que pudiese llevar a las dos personas que más quería a casa y asegurarse que ambos estuviesen a salvo.

—Vas a hacer que me salgan canas antes incluso de que alcances la adolescencia, hijo, espero que Bethania decida quedarse con nosotros y echarnos una mano —musitó acariciándole el pelo al niño, entonces hizo otro tanto con su dormida mujer—. ¿Qué me dices, Beth? ¿Te quedarías con

nosotros?

Ella se revolvió bajo su caricia, sonrió suavemente y musitó con voz adormilada.

—Sois mi familia, Cassidy, ¿a dónde me voy a ir? —Sus ojos claros asomaron a través de las pestañas—. Después de todo, he venido hasta aquí para encontraros, ahora lo sé. De todos modos, recuérdame cuando me despierte del todo, ¿vale, amor mío?

No sabía que le sorprendía más, si el que se hubiese vuelto a quedar dormida o que le hubiese llamado por primera vez «amor mío». Sonrió para sí y envolvió a los dos en sus brazos.

—Te lo recordaré cada día de nuestras vidas, Bethania, te lo prometo.

## CAPÍTULO 27

*Dos días después...*

—¿Cómo ha podido pasar algo así?

—Cassidy.

—¡Un niño, Prue! ¡Un cachorro de seis años ha recorrido más de cien kilómetros solo y en plena noche! ¿Cómo, Prue? ¿Dónde estaban las personas que debían cuidar de él?

Cassidy había pospuesto aquel encuentro con la propietaria del hogar de acogida un día entero, había necesitado ese espacio de tiempo para asegurarse de que Aiden y Bethania estaban bien, dándoles tiempo para descansar y recuperarse. Se había limitado a delegar todo en Chase y que fuese él quien diese las explicaciones pertinentes, su gato estaba demasiado enfadado, demasiado furioso como para poder garantizar la seguridad de cualquiera que no fuese su familia.

—Entiendo tu enfado, Cass, pero...

—No, no tienes la menor idea de cómo me siento ahora mismo. Si no fuera por mi mujer, Aiden seguiría atrapado en una grieta en plena montaña, habiendo caído casi un metro de nieve durante la jodida noche —sentenció intentando ser racional—. Haz lo que tengas que hacer, Prudence, pero Aiden se queda conmigo y es definitivo.

La mujer se llevó las manos a las caderas, al menos ella permanecía serena, conservando la tranquilidad que él había perdido ya.

—No puedes decidir algo así, Cassidy, hay procedimientos, esa familia lo ha acogido y...

—Al demonio que no puedo —gruñó, una visible amenaza que no pudo ni quiso evitar—. Es mi hijo y se queda conmigo.

Se miraron fijamente, ella le sostuvo la mirada durante unos segundos, entonces dejó escapar un profundo suspiro.

—¿No podías haberte dado cuenta de ello antes de hacerlo pasar por todo esto?

—Tú fuiste quién dijo que el niño se merecía tener una familia, que pensara en su futuro y eso fue lo que hice —bajó el tono de voz, buscando calmarse—. Me equivoqué, ambos nos equivocamos, teníamos que haberlo escuchado a él y mandar a volar la maldita burocracia.

—¿Te das cuenta de que Aiden también es culpable de lo que ha ocurrido? —le recordó—. Tiene seis años, Cass, se ha escapado de casa. La señora Colton se puso en contacto conmigo tan pronto se dio cuenta de que no estaba en su habitación, su preocupación fue genuina, están muy preocupados por él.

—Soy muy consciente de que ese niño necesita una buena charla, pero seré yo quien la tenga con él —gruñó. Era su deber y no solo porque lo quería como a un hijo, sino porque era su alfa y no solo se había puesto en peligro a sí mismo, sino a toda la comunidad al andar por ahí solo en forma felina.

—Recuerda que es un niño, Cass, no uno de tus subordinados.

—Lo sé muy bien, Prudence, fui perfectamente consciente de quién es cuando me encontré ahí fuera, en medio de la nevada y Bethany dijo su nombre —apretó los dientes, todavía temblaba al recordar el horror que había sentido dos días atrás—. Tuve que abandonar a mi compañera en pleno valle para ir en busca de nuestro hijo. Nunca he pasado tanto miedo en mi vida como en ese momento.

La hembra perdió un poco de su rigidez al tiempo que suspiraba, si no le pareciese imposible, diría que incluso sentía alivio.

—Y eso es lo que te hace humano, Cassidy, no solo nuestro alfa, sino humano —le aseguró ella—. Llevas tanto tiempo siendo el pilar de todo el mundo que nunca te has preocupado de buscar a alguien que te sostuviese a ti. Esperaba que encontrases una hembra con la que sentar la cabeza, alguien que te hiciese sentir y no solo fuese un deber. Ahora veo que la espera ha merecido la pena.

No dijo nada, aquellas eran unas palabras que solo había escuchado alguna vez de sus hombres y las que había ignorado, pero que lo dijera esa mujer, cobraba un significado totalmente distinto.

—De acuerdo, hablaré con los Colton, llevan desde ayer en el hospedaje de Hope, les gustaría ver a Aiden y ese cachorro les debe una enorme disculpa también por lo que ha hecho.

Asintió.

—Esta tarde lo llevaré a la casa de acogida para que recoja sus cosas y pueda verlos, tiene que hacerse responsable de sus propios actos y comprender lo que su fuga ha hecho a las personas que se preocupan por él.

Prue esbozó una renuente sonrisa, le palmeó el hombro y dejó la mano sobre su brazo mientras le decía.

—Serás un gran padre, solo intenta que no te coja la aguja de marear, Cass, porque ese niño ya te tiene en el bote —aseguró sin andarse con rodeos, entonces suspiró y se pasó la mano por el pelo—. Voy a ver cómo les explico a esa familia que la adopción no va a poder llevarse a cabo, seguramente lo comprenderán, sobre todo después de haber pasado esto, pero... no te garantizo que sea algo fácil.

—La responsabilidad no es solo tuya, Prudence, me haré cargo de la parte que me compete y hablaré también con ellos.

—No voy a decir que no a eso —aseguró levantando las manos—. Os quiero a los dos a las cuatro en el Hogar. Dale un beso enorme de mi parte hasta que pueda dárselo yo.

Asintió con la cabeza, Aiden se había pasado todo el día anterior durmiendo y solo se había despertado a mitad de la noche entre gritos, al final había dejado su cama para quedarse con él en el dormitorio que había sido de Luna. Bethany les había hecho compañía un rato, pero les había dejado solos, de algún modo esa mujer parecía saber en todo momento que era lo que necesitaban cada uno de ellos y actuaba en consecuencia.

Hablando de conversaciones transcendentales. Había aprovechado la oscuridad y la seguridad que le daba un lugar conocido al cachorro para hacerlo hablar y preguntarle cómo había llegado a recorrer toda esa distancia. El relato del niño le había puesto los pelos de punta, había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para no gritarle hasta dejarle sordo, pero a juzgar por la sumisión del pequeño y la cautela con la que le preguntaba si estaba muy enfadado, no había existido necesidad, pues se había dado perfecta cuenta de su estado de ánimo.

Bethany también había sido otro punto que tocar, el cachorro podía ser todavía un niño, pero se daba perfecta cuenta que su relación con la humana no tenía nada que ver con la que había mantenido con Luna.

Esperó hasta que Prudence montó en su *Scooter* y se perdió en la luminosa mañana antes de dar media vuelta y volver a casa. Bethany se giró en el momento en que cerró la puerta, su pelo rubio blanquecino estaba iluminado por la luz del fuego de la chimenea, esos ojos claros fijos en él mientras se apoyaba en el respaldo del sofá.

—¿Has podido hablar con ella?

—Hemos hablado.

—¿Y?

—Y ha metido un poco de razón y tranquilidad en mi cabeza, ya sabes, ni necesidad de coger un abrelatas ni despeinarme.

Se levantó con esa gracia femenina que lo ponía caliente, estaba vestida para salir, sabía que quería volver al hospedaje para seguir con el mural, una excusa para dejarle a solas con sus propios problemas, pero incluso eso lo agradecía.

—Es bueno saberlo, me gusta tu pelo tal y como está —aseguró apartándole con los dedos un par de mechones de la frente—. Tengo que ir al hospedaje, Landry me ha llamado hace un momento, él ha aparecido.

La mención del hombre que había estado acosando a Bethania los últimos años lo hizo gruñir.

—¿Dónde?

—En Lemoray —respondió—. No sé todos los detalles, pero, parece que lo han detenido.

Aquello era una buena noticia, aunque no suficiente, si tenía en cuenta lo que había dicho el detective; ese hombre no pasaba más que unas horas en la cárcel, pagaba una gran suma de dinero y salía como si tal cosa.

—¿Quieres que vaya contigo?

Sonrió, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y negó.

—Quédate con Aiden, él te necesita ahora mismo mucho más que yo —aseguró, se apoyó en él para besarle en los labios y se separó antes de que pudiese saborear ese contacto—. Aprovecharé para dar un paseo...

—¿Vas a bajar andando?

—Ni se te ocurra meterte con mi sentido de la orientación, este es un camino que conozco.

Se rio, ella conseguía que lo hiciera bastante últimamente.

—Iba a dejarte las llaves del jeep, a condición de que no lo estrelles contra ningún árbol.

Resopló.

—Sí, dame las llaves, llevo varias semanas sin destrozar ningún coche.

No pudo evitar carcajearse de nuevo.

—Te daré las llaves solo para que no tengas que bajar andando — aclaró, las cogió del cuenco que había junto a la entrada y se las entregó—. Le he dicho a Prue que llevaría a Aiden por la tarde al Hogar de Acogida, quiero que recoja sus cosas y también debe pedir una disculpa al matrimonio Colton. Ellos también se han llevado un buen susto.

—Y Aiden debe comprender que sus actos han hecho daño también a otras personas —resumió ella juiciosamente.

—Le he dicho a Prue que Aiden se queda con nosotros, quiero adoptarlo —aceptó finalmente en voz alta—. Es algo que debí haber hecho hace tiempo.

—Dicen que hay un momento para cada cosa y, según mi experiencia, es verdad —asintió y ladeó la cabeza para mirar hacia la escalera que llevaba al piso superior—. Este es el suyo, así que cuida de él y, por lo que más quieras, convéncelo de que no vuelva a hacer jamás de los jamases algo así, no hasta que sea mayor, por lo menos.

La atrajo a sus brazos y disfrutó del calor de su cuerpo, de su aroma, de saber que esa mujer que acunaba, era suya.

—¿Qué he hecho para merecerte?

Le acunó el rostro con ambas manos.

—Nacer, Cassidy —respondió muy seria—. Naciste para que yo pudiese encontrarte.

La besó en los labios, un beso de verdad, una declaración de todo lo que significaba para él y la dejó ir.

—No estrelles mi coche, amor, el seguro no cubre los árboles y empiezan a quedarnos pocos.

Ella le pegó de mentirijilla, dio media vuelta regalándole un buen

vistazo a ese precioso culo y salió por la puerta.

—Hola Chase, adiós Chase.

Escuchó su voz antes de ver la figura de su segundo atravesando el umbral que Bethania acababa de abandonar.

—¿Le has dado a esa loca las llaves de tu coche?

—¡Te he oído, gato! —Gritó ella y, segundos después escuchó el ronroneo del motor y las ruedas girando sobre el terreno para ponerse en marcha.

—Eres un puma suicida, *mon ami*.

Puso los ojos en blanco y lo invitó a entrar con un gesto.

—¿Cómo está el cachorro?

—Recuperándose —respondió mirando hacia el piso de arriba—. Ha sido un largo camino el que hizo y esa travesía a través del valle en plena nevada... Cada vez que pienso en ello, dios, Chase, si ella no se hubiese despertado, si no hubiese salido precipitadamente hacia el bosque... ese niño...

—Bethany te ha dado una nueva oportunidad para hacer las cosas bien, así que procura no joderla —le advirtió su compañero—. Tienes una gran mujer a tu lado y un hijo que depende de ti, no los defraudes.

Negó con la cabeza.

—No lo haré, pienso vivir por y para ellos.

—*Troi bien* —murmuró su segundo, entonces dejó escapar un profundo suspiro y prosiguió—. Necesito que me des permiso y me releves de mis deberes como tu beta.

La petición debía haberlo cogido por sorpresa, pero no fue así.

—Vas a ir a por ella.

No se molestó en negarlo, ambos sabían cuál era la verdad, una que habían compartido desde el primer momento en que compartieron a una única

mujer.

—Le prometí un año, Chase.

—Se lo prometiste tú, no yo —puntualizó—. Yo no prometí absolutamente nada.

—Necesita ese tiempo, necesita encontrarse a sí misma.

Su amigo asintió en respuesta.

—Y tendrá ese tiempo, *mon frère*, me aseguraré de que así sea.

Sabía que concederle a Chase su petición era censurar la libertad que le había dado a Luna, por otra parte, negarle la posibilidad a su amigo de encontrar a la mujer que amaba y cuidar de ella, sería privar a dos de las personas a las que quería de alcanzar la felicidad que había descubierto con Bethania.

—Un año, Chase, tienes el mismo tiempo que le di a ella —sentenció y buscó su mirada—. Os quiero a ambos de vuelta para entonces, sin excusas, o no te va a gustar un jodido pelo el cabreo que me voy a coger.

Sonrió de soslayo, ambos se conocían muy bien y se respetaban por lo mismo.

—Un año será suficiente, Cassidy.

Extendió el brazo y le tendió la mano a su compañero.

—Te deseo suerte, Chase, la vas a necesitar.

Él le estrechó la mano, asintió y, ya más liviano, abandonó su hogar.

Algo le decía que Chase iba a tener un año muy movido, pero eso ya no era asunto suyo, de hecho, el suyo estaba en el primer piso y ya era hora de hacerle frente.

## CAPÍTULO 28

—Está muerto.

Bethany se quedó con el pincel en la mano, mirando a Landry sin ser capaz de procesar lo que le estaba diciendo. Había llegado al pueblo sin incidentes, había pasado un buen rato hablando con Hope, asegurándole que Aiden estaba bien y que pronto lo vería correteando como siempre de un lado para otro.

La mujer se había enterado de lo ocurrido como todos los demás por el reporte de Chase, había sido un enorme alivio para los habitantes el saber que el niño estaba bien aún si todavía no comprendían como había llegado a la montaña ni cómo se habían dado cuenta de que estaba allí.

Después de eso se había sumergido en el trabajo, necesitaba ese pedacito de normalidad, aislarse un poco de todo lo que la rodeaba y en ello había estado hasta el momento en que entró y le dio la noticia.

—Está muerto, Bethany, forcejeó con uno de los policías que iban a detenerlo después de haberse saltado uno de los controles rutinarios de carretera al este de Lemoray —le decía—, y, todavía no saben cómo se hizo con el arma reglamentaria del agente, los amenazó y al intentar reducirlo, para quitarle el arma, se disparó a sí mismo. O esa es la versión que ha dado la policía.

Sacudió la cabeza una y otra vez.

—No, tú dijiste que lo habían arrestado...

—Fue lo que me dijeron, pero he hablado con el sheriff y me ha puesto al corriente de las noticias —le explicó—. Tenía toda su documentación, así

como... otras cosas.

Bajó lentamente el pincel y lo dejó sobre la pequeña mesa de trabajo en la que tenía el resto del material de pintura.

—¿Qué otras cosas, Landry? —preguntó con una serenidad que no sabía de dónde había salido—. Dímelo.

Vio la dicotomía en la mirada del hombre, soltó un par de improperios en voz baja y añadió.

—Le encontraron un recorte de periódico, el de las amonestaciones y una carta manuscrita, una carta de suicidio... para los dos.

El frío la envolvió, aislándola, haciendo que viese todo aquello como si no fuese con ella, como si estuviese escuchando una macabra noticia que emitían aleatoriamente en televisión.

—Iba a matarme. —Incluso su voz sonaba extraña a sus oídos—. Desde el principio, todo lo que quería hacer era matarme y comprobar si yo era lo que él pensaba. Si había renacido una vez, ¿por qué no hacerlo una segunda?

Era un pensamiento horrible, macabro, pero había acudido a su mente con tal certeza que no podía evitarlo. Lo sabía, era una realidad de la que finalmente había escapado.

Jadeó en busca de aire, todo su cuerpo acusó el momento y empezó a temblar, el frío se desvaneció y sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas y estas se derramaban por sus mejillas sin control. Sollozos, no podía dejar de llorar, apenas si podía respirar a través de los hipidos, todo el miedo, la incertidumbre, la desesperación, la agonía y el dolor en el que había vivido esos últimos años se desbordó escapando a su control.

La pesadilla ha terminado. Aquella era la realidad, el monstruo que la había atormentado por fin había desaparecido, no volvería a sentir su presencia, ni a ver su sombra planeando sobre ella, su vida volvía a ser suya de nuevo y, por encima de todo, era libre.

—¿Bethania?

Reconoció la voz de Cassidy, sus brazos envolviéndose alrededor de ella y alzándola en brazos.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? ¿Qué le has hecho?

No podía respirar, ni siquiera podía hablar, solo era consciente de que ese monstruo no volvería a colarse en sus pesadillas, de hecho había dejado de hacerlo desde el preciso momento en que encontró a ese hombre con corazón de puma, desde que encontró en ese valle el hogar que siempre había anhelado, el único en el que quería estar.

—Está muerto —escuchó decir de nuevo al detective—. James Miller está muerto.

Las palabras volvieron a resonar en su mente, una verdad pura, sin mancha, una realidad absoluta.

—Se ha acabado. —Se las ingenió para murmurar, sus labios luchaban por encontrar esa sonrisa, ese alivio, pero solo podía llorar, vaciarse de las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo—. Por fin... se ha acabado.

—Beth...

Se aferró a los brazos que la envolvieron, se apoyó en el cuerpo que reconocía tan solo con el tacto, se dejó envolver por ese aroma a bosque y hombre.

—Se ha acabado, Cassidy, al fin soy libre de esa sombra —musitó con un alivio que se llevó consigo hasta el último resquicio de oscuridad que la había perseguido—. Al fin soy libre.

Notó sus brazos ciñéndose todavía más a ella, acunándola y, ahora sí, sonrió.

No estaba segura del tiempo que permaneció en los brazos de Cassidy,

ni siquiera fue consciente de haber dejado la recepción hasta que el llanto remitió y empezó a limpiarse los ojos. Él seguía con ella en el regazo, ronroneando suavemente, casi como si fuese una nana. Levantó la cabeza y lo miró, al hombre que amaba, aquel que había conseguido hacer de su tiempo juntos un oasis en medio de un desierto de monstruosa oscuridad.

—¿Te sientes mejor?

Asintió suavemente, se sentía más ligera, más libre, tanto así que volvió a acurrucarse en su regazo, apoyando la cabeza contra su hombro.

—No había llorado en... bueno, ya no me acuerdo cuando fue la última vez que lloré por mí y solo por mí.

Los dedos fuertes y masculinos le rozaron las mejillas, llevándose los últimos rastros de humedad.

—Este era el momento para hacerlo.

Sonrió al ver como utilizaba sus propias palabras con ella.

—¿Aiden?

—Con Prudence —le apartó el pelo de la cara y se la besó—. He hablado con él antes de venir, ha comprendido que ha hecho algo malo y que tiene que pedir perdón por ello. También le he dicho que no va a volver con los Colton, que se quedará con nosotros en casa y que voy a adoptarle.

Los labios masculinos se curvaron suavemente, había en sus ojos una mirada que no había visto antes, una de tranquila felicidad.

—Tenías que haber visto su cara. —Sacudió la cabeza—. Ese granuja, que no se calla ni debajo del agua, se quedó mudo durante tanto tiempo que llegué a pensar que había metido la pata.

—Aiden te adora, Cassidy, ¿cómo ibas a meter la pata?

—Me llamó *papá*, no ha dejado de hacerlo desde que se lo dije y, dios, Beth, esa palabra es... tan aterradora como asombrosa en la boca de un cachorro —aceptó, se le veía totalmente desarmado ante el recuerdo—. Es mi

hijo, lo siento de esa manera.

—Y eso es lo que hace de ti un gran padre, gatito —le acarició el rostro y lo besó en los labios—. Sé que serás el mejor ejemplo para Aiden, porque ya lo has sido hasta ahora.

Respiró profundamente, dejó escapar el aire y centró esa mirada verde en ella.

—¿Y qué hay de ti, mi Bethania? ¿Qué tal marido sería para ti?

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Esa es tu forma de pedirme que me case contigo?

—Nadie podrá tacharme de falta de originalidad, amor mío.

Se echó a reír.

—De acuerdo, mi adorado puma, creo... —Se hizo de rogar—. Um, sí, estoy segura. Serías el mejor de los maridos para mí.

—Ah, ¿sí? —ronroneó.

Le cogió el rostro entre las manos y asintió.

—Sí —ronroneó a su manera—. No todas las esposas pueden presumir de tener un marido que es como una manta térmica en invierno, ¿sabes?

Cassidy se echó a reír, sus alegres carcajadas resonaron en la habitación, así como lo harían, durante el resto de su vida, en el corazón de Bethany.

## EPÍLOGO

*Un año después...*

Bethany estaba segura de que si seguía caminando de un lado a otro del salón durante más tiempo abriría un surco en el suelo, giró una vez más y se detuvo al escuchar el sonido de la puerta. Su marido apareció al momento sacudiéndose la nieve de los hombros de la chaqueta.

—¿Lo tienes?

Una sonrisa curvó esos sensuales labios que tanto le gustaban, agitó el sobre blanco en el aire y asintió.

—Lo tengo.

Un ramalazo de felicidad la llevó a girar sobre sus pies y alzar la voz.

—¡Aiden! ¡Papá ha traído una cosa!

Al momento se oyeron el correr de pies sobre su cabeza seguido de la voz del niño.

—¿Palmeritas de chocolate?

Hizo una mueca ante la respuesta infantil.

—Esas las hará tu madre, hijo.

Bethany se rio por lo bajo, sacudió la cabeza y lo vio precipitarse por las escaleras a toda velocidad.

—Despacio, Aiden, si te caes...

—Me llevaré un porrazo, ya lo sé, *mami*.

Se derritió al escuchar esa palabra en la boca del niño, con cada día que

pasaba entendía mejor cómo se había sentido su marido la primera vez que escuchó aquella palabra en labios del cachorro.

—Está claro que es tu hijo —murmuró volviéndose con una amplia sonrisa a Cassidy.

—¿Por qué será que cuando hace alguna trastada es mi hijo y cuando milagrosamente se porta de puta madre es el tuyo?

—Reparto equitativo, amor mío —se rio, entonces señaló con insistencia el sobre que tenía en las manos—. Venga, vamos...

—¿Qué es eso? —Siempre curioso, el joven gatito se arrimó a ella, envolviéndola con sus brazos para depositar un beso en su redondeada tripa—. Hola, Naiara.

—¿Cómo estás tan seguro de que es una niña? —La pregunta vino del padre, quién miró con dulzura su redondeada tripa, dónde se gestaba su nuevo hijo o hija.

El niño se encogió de hombros.

—No sé, mamá dice que es una niña y, afróntalo, papá, ella nunca se equivoca.

—Oh. —Abrazó al niño, apretándolo contra ella—. ¿Lo ves? Igualito que tú, Cass.

Él puso los ojos en blanco, volvió a posar toda su atención en el sobre y, tras respirar profundamente, lo abrió y extrajo un par de papeles.

—De acuerdo, hora de hacerlo oficial.

El niño lo miró, pasó esos enormes ojos sobre ella y luego volvió de nuevo a su padre.

—¿El qué, papá?

—Que desde hoy, eres oficialmente un miembro de la familia Felon, cariño. —Cassidy se agachó delante de él y giró el papel hacia el niño—. Son los papeles de adopción, Aiden, ahora llevas mi apellido.

Los ojos del niño se abrieron de par en par, emitió algo parecido a un chillido-gruñido-maullido y se lanzó a los brazos de su padre completamente emocionado.

—¡Ya soy un Felon! ¡Ya soy un Felon! ¡Ahora ya eres de verdad mi papá!

—Siempre he sido tu padre, Aiden y siempre lo seré.

El niño se abrazó a su cuello lleno de felicidad, aquel era sin duda el merecido final a un arduo camino lleno de batallas.

—¿Llegamos tarde?

La puerta de la entrada se abrió de golpe y Luna apareció jadeando, con el pelo desordenado y un muy satisfecho Chase detrás de ella.

—¡Tía Luna! ¡Tío Chase! ¡Ya soy un Felon! ¡Papá y mamá me han adoptado!

—¡Enhorabuena, cachorrillo! —chilló también la chica, que se lanzó a abrazar al niño ignorando a todos los demás.

—Felicidades, familia —añadió el recién llegado mirándolos a los dos.

—¿Tú sabes lo que significa la puntualidad? —Cassidy acompañó el comentario con un borde afilado en la voz.

Chase se limitó a enarcar una ceja y señaló a su mujer, quién se estaba comiendo a besos al niño.

—Un año, Cass, nos diste un año y aquí estamos.

Bethany no pudo sino sonreír ante la respuesta del beta de la manada felina de *Cheyenne Ridge Valley*, sencillamente, había cosas que nunca iban a cambiar y ella estaría más que feliz de asistir a cada uno de esos momentos durante el resto de su vida.